

**Émilie Frèche**

**-DE AHORA  
EN ADELANTE QUIERO  
QUE ME LLAMES «PRÍNCIPE MÍO».  
-SÍ, PRÍNCIPE MÍO. -QUIERO QUE  
SEAS SOLO MÍA.**

**-SERÉ**

**TUYA,  
ALÍ,  
CIPE**

**-NO  
QUE**

**HOMBRE**

**MANCILLE.**

**YO OS  
SALVARÉ  
A TODOS**

**SOLO**

**ABU  
PRÍN-  
MÍO.**

**QUIERO  
NINGÚN**

**TE MIRE Y TE**

**ERES MI JOYA,**

**UNA PERLA ÚNICA ENTRE LAS DEMÁS, POR  
ESO NECESITAS UN JOYERO QUE TE PROTEJA.  
A PARTIR DE HOY TE PONDRÁS EL JILBAB Y  
LLEVARÁS UN NOMBRE NUEVO EN LUGAR DEL  
QUE TE DIERON TUS PADRES. TE LLAMARÁS  
UM SUMEYA. Y SOLO NOS OBEDECERÁS A MÍ Y  
A MI DIOS. -DE ACUERDO, ABU ALÍ, PRÍNCIPE  
MÍO. EN ADELANTE SERÉ UM SUMEYA Y OS  
OBEDECERÉ A TI Y A TU DIOS.**

**NUBE DE TINTA**

**Émilie Frèche**

**-DE AHORA  
EN ADELANTE QUIERO  
QUE ME LLAMES «PRÍNCIPE MÍO».  
-SÍ, PRÍNCIPE MÍO. -QUIERO QUE  
SEAS SOLO MÍA.  
-SERÉ SOLO  
TUYA, ABU  
ALÍ, PRÍN-  
CIPE MÍO.  
-NO QUIERO  
QUE NINGÚN  
HOMBRE TE MIRE Y TE  
MANCILLE. ERES MI JOYA,  
UNA PERLA ÚNICA ENTRE LAS DEMÁS, POR  
ESO NECESITAS UN JOYERO QUE TE PROTEJA.  
A PARTIR DE HOY TE PONDRÁS EL JILBAB Y  
LLEVARÁS UN NOMBRE NUEVO EN LUGAR DEL  
QUE TE DIERON TUS PADRES. TE LLAMARÁS  
UM SUMEYA. Y SOLO NOS OBEDECERÁS A MÍ Y  
A MI DIOS. -DE ACUERDO, ABU ALÍ, PRÍNCIPE  
MÍO. EN ADELANTE SERÉ UM SUMEYA Y OS  
OBEDECERÉ A TI Y A TU DIOS.**

**NUBE DE TINTA**

ÉMILIE FRÈCHE

Yo os salvaré a todos

Traducción de **Iballa López Hernández**

NUBE **DE TINTA**

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*En memoria de Gilbert Frèche,  
fallecido en un atentado terrorista  
el 14 de enero de 1957,  
en la calle Valentin-Haüy, en El Biar (Argelia)*

Me gustaría salvar a los causantes de mi sufrimiento.

LATIFA BEN ZIATEN

(madre de Imad Ben Ziaten, uno de los tres militares a los que Mohamed Merah asesinó en Toulouse y Montauban el 11 y el 15 de marzo de 2012, respectivamente.)

Juvisy-sur-Orge,  
12 de abril de 2015

Querida hija:

Ayer, al salir de la oficina, pasé por Les Vraies Richesses, la librería de la calle mayor que te encanta. Me compré una pluma además de una preciosa libreta Moleskine. La elegí con tapas verdes, como aquella en la que escribías el año pasado. Te la regaló Marin por tus dieciséis años. ¿Acaso escogió ese color por casualidad? El verde, como bien sabes, es el color del islam, pero también de la esperanza, y quiero estar llena de esperanza para comenzar hoy, 12 de abril, el día de tu cumpleaños, este diario que espero darte algún día. Me gustaría que supieras lo que han sido estas semanas, estos meses sin ti. Ante todo, quiero poder hablarte como si aún estuvieras aquí y estar, al menos con el pensamiento, un poco a tu lado.

La idea del diario se me ocurrió cuando se acercaba tu decimoséptimo cumpleaños. Temía mucho esa fecha. Probablemente porque iba a ser la primera vez en que no soplaríamos las velas juntas, y porque no tendría ninguna fiesta que preparar. O quizá fuera Sylvia quien me dio la idea de escribir. Es posible. La conocí en un grupo de apoyo que frecuento desde hace poco para no sentirme tan sola. El prefecto de Essonne fue quien me lo

recomendó. Este grupo tiene como objetivo apoyar a los jóvenes que han intentado marcharse o que han vuelto, así como a sus respectivas familias. Lo dirige un psiquiatra llamado Kamel Malouf. No sé si esa organización, que los poderes públicos han puesto en marcha con premura, es efectiva, ni si ese hombre podrá ayudarme, pero me gustó su sonrisa, su cálido recibimiento y la gente con quien me he cruzado en esas reuniones. Sylvia es una mujer muy valiente. Tendrá mi edad, cuarenta y cinco años. Vive en Niza, es esteticista, católica, su marido es ruso, y todas las mañanas le escribe una carta a su hijo Jérémie, del que no saben nada desde hace dieciocho meses. Dieciocho meses, ¿te haces cargo...? Pero ella no dice «dieciocho meses», sino «quinientos cuarenta y siete días». Los cuenta, como si estuviera en una cárcel. Todas lo estamos. Cuando pronuncia esa cifra, oigo los sollozos en su voz. Nunca se viene abajo, y su fuerza me conmueve. Sí, tal vez fuera Sylvia quien me dio la idea. No lo sé... Como ves, ya no sé gran cosa, solo que, ahora mismo, escribirte me sienta bien. Con cada letra que despliego sobre el papel tengo la sensación de que me acerco a ti, y eso es lo único que me importa.

Han pasado semanas, y hasta hoy no me había visto con ánimos para entrar en tu cuarto. Necesitaba mirar tus cosas, tocarlas, sentirlas, y meterme en tu cama, donde sigo tumbada. No he ido a trabajar. Para serte sincera, ya no tengo fuerzas. Llevar las cuentas de una marca de prêt-à-porter ahora se me antoja vano. Casi obsceno. Sin embargo, antes me gustaba. Me tomaba mi trabajo como un juego, era una especie de pelea con las cifras, no debía equivocarme de línea bajo ningún concepto, pero ahora son ellas las que me tienden trampas, las que me embarullan. Ya no logro concentrarme, ¡hace mucho que Jean-Pierre Atlan debería haberme despedido! Si supieras qué



bien se porta conmigo... Sabe lo tuyo, por supuesto, pero no dónde estás ni por qué te has ido. En ocasiones me digo que debería explicárselo todo, pero la mera idea de ver aflorar en su rostro esa mezcla de estupefacción y pavor me disuade siempre. Me da miedo lo que pueda pensar. Me da miedo su miedo, de manera que, las mañanas en que me resulta demasiado insoportable, prefiero fingir que estoy enferma, como hoy. Lo he llamado a primera hora, he pretextado una migraña y me he metido en tu cama. Yo, que no soporto estar acostada, llevo toda la mañana en la cama, ¿te das cuenta?

Esta mañana, las paredes a mi alrededor estaban vacías, con marcas de cuadros por todas partes, y resultaba tan triste que no he podido resistir el impulso de colgar de nuevo las fotos que habías quitado. Espero que no me lo tengas en cuenta. Son unas imágenes maravillosas cuyo rasgo en común es la celebración de la vida. La mayoría son del año pasado y en todas sales con Johanna, tú la morena y ella la rubia, riéndoos a mandíbula batiente dondequiera que estéis. Varias fueron tomadas en Les Contamines, adonde fuisteis a esquiar en febrero con unos chicos de vuestra clase, ¿te acuerdas? Volvisteis encantadas. Hay otras fotos vuestras en París, en los Grandes Bulevares, y otra en la playa de Bandol. Llevas un biquini de flores que te compré en Princesse Tam-Tam. Johanna luce un bañador negro; parece salida directamente de los años cincuenta. Estáis guapas, cogidas de la cintura. Debe de ser durante las vacaciones de Pascua, a juzgar por el tiempo tan bueno y las pocas personas que se ven en segundo plano. Sea como fuere, vuestras caras tienen un aire más juvenil que en las polaroids de Instagram en las que salís haciendo el ganso en el patio del instituto. Es curioso que a vuestra edad solo unos meses basten para cambiaros... ¿Tanto habías cambiado ya el 12 de abril del año pasado? ¿Eras ya otra por dentro cuando posabas junto a la

tarta, rodeada de amigos? Se te veía tan feliz... Tu padre y yo te habíamos regalado el permiso de conducción acompañada, estabas deseando aprender a llevar un coche cuanto antes para ir a donde quisieras, para ser libre, independiente. Tal vez esos sean los dos adjetivos que mejor te han definido siempre. Ya desde niña pretendías recorrer el mundo. Nos suplicabas que te llevásemos a Groenlandia, la Patagonia, Sri Lanka, Mongolia... Esos nombres te hacían soñar y albergaban una promesa de libertad que te embriagaba. ¿Cómo ha podido pasarte algo así precisamente a ti?

A ti, que tan apegada estabas a tu libertad.

En esta foto del 12 de abril de 2014 tu carácter se refleja en todo. Por eso me gusta tanto. Por lo que trasluce. Tu cabello desenfocado te enmarca la cara y cae en cascada sobre tus hombros, formando en el halo de las velas que te dispones a soplar una aureola semejante a la melena de un león. Tus ojos son rebeldes, no temen nada; miran al objetivo igual que mirabas al futuro, de manera directa. Parece como si hubiera sido hace mil años, pero solo ha pasado uno exactamente. Saqué la foto con el iPhone, ¿te acuerdas? Me pediste que te la ampliara y cuando la traje del laboratorio fotográfico te arrojaste en mis brazos gritando: «¡Gracias, gracias! ¡Ay, mami, gracias!». Y la colgaste al instante, encima de tu cama, para meses después quitarla sin dar ninguna explicación, dejando un vacío inmenso en la pared. El que pronto dejarías en nuestras vidas; debería haber entendido la señal.

También he vuelto a colgar esa foto.

Y ahora la miro, tratando de entender.

Sí, intentando entender qué ocurrió y por qué no me di cuenta. ¿Hubo

alguna señal? ¿Momentos clave? ¿Un punto de inflexión? ¿Cómo pudiste cambiar hasta ese extremo, convertirte en tan poco tiempo en esa otra chica que renegaría hasta del nombre que te puse, el precioso nombre de la heroína de *La noche de los tiempos*, la novela de Barjavel? Éléa, sin embargo, era la historia, la memoria personificada, la única superviviente de una civilización de 900.000 años de antigüedad, cuyo recuerdo llevaba siempre consigo. Pero la primera vez que me llamaste desde allí, me dijiste:

—Ya no me llamo Éléa. Me llamo Um Sumeya. Quiero que ahora me llames así.

Creo que contesté «De acuerdo», pues tenía mucho miedo de que colgases.

No sabía a qué número podría llamarte. El que aparecía en la pantalla de mi móvil no era el tuyo, sino un número extranjero.

Ignoraba dónde estabas.

Me dijiste que en «el país de Sham», pero yo jamás había oído esa palabra y no habría sido capaz de ubicarlo en un mapa. Luego lo busqué. Miré en internet y me enteré de que se trataba de la tierra de Levante, que comprende Siria e Irak. Para los musulmanes, es la región del planeta donde se librará la batalla final antes del fin del mundo, y también aquella donde aparecerá el Mahdi, último sucesor del Profeta. El Sham es por tanto una tierra santa, sagrada. Allí habías hecho, proseguiste, tu hégira. Tu padre estaba junto a mí en ese momento; le había indicado por señas que te encontrabas al otro lado de la línea. Llevábamos cuarenta y ocho horas sin saber de ti y estábamos muertos de preocupación, por lo que vino a toda prisa desde el salón y pegó su sien a la mía para oír tu voz por el auricular. Había interferencias, posiblemente debido a la distancia que nos separaba. Tu padre fruncía el ceño, no te oía bien. Girando la muñeca varias veces, me pidió que te hiciera repetir.

—He hecho la hégira —dijiste de nuevo.

Entonces no nos cupo la menor duda. Y Samir pensó: «No estoy soñando». Pero la pesadilla apenas había empezado. Tu padre experimentó una sacudida hacia atrás, como si hubiera recibido una descarga, y algo se quebró en su mirada. No olvides que nació en Argelia y que el árabe es su lengua materna. Al instante comprendió que habías abandonado Francia por una tierra musulmana para practicar lo que vosotros consideráis un «islam puro». Salió al balcón, no precisaba oír nada más. Necesitaba aire, se ahogaba. Me quedé sola escuchando cómo me explicabas por qué te habías ido. Me eché a llorar, creo. Te traté de loca. Te dije que no te dabas cuenta, que estabas arruinando tu vida. Te pusiste hecha una furia:

—¡Cállate! —gritaste—. ¿Acaso no ves que la única loca eres tú? ¡Eres tú quien no se da cuenta de nada! Ha llegado el fin del mundo. ¡Todos moriréis, acabaréis en el infierno! Si he venido aquí ha sido para salvaros a ti y a papá, ¿entiendes? Solo el islam puede salvarnos, mami...

Ahora tú también llorabas, y el dolor de no poder abrazarte para calmarte me taladraba las entrañas. Seguiste hablando un rato más, pronunciando en árabe palabras que yo no entendía, y luego te dije con suma delicadeza:

—Bueno, Éléa, ya basta, ahora tienes que volver.

Estabas en un país en guerra y yo te hablaba como si volvieres de una juerga. Era impensable que mi hija se encontrara en un país en guerra...

Impensable.

—Deja de pedirme que vuelva, o cuelgo —replicaste con sequedad.

No te oí. No podía. Estaba conmocionada por la noticia y, como quien salmodia una plegaria, repetí:

—Te lo suplico, Éléa, vuelve a casa.

Y entonces hiciste lo que habías dicho que harías, colgaste.

Eso sucedió hace siete meses.

«Doscientos trece días», habría dicho Sylvia, y ahora estoy aquí, tumbada

en tu cama, en el silencio de la noche y de tu cuarto, esperando a que me telefonees para felicitarte en tu cumpleaños. Sí, hoy es tu cumpleaños y eres tú quien debe llamar, esta es la prueba de que el mundo no va bien, ¿verdad? Espero que tus carceleros al menos te den permiso para eso. Sobre todo, espero que en su interior una vocecita le recuerde a Um Sumeya que el 12 de abril de 2015 Élía cumple diecisiete años. Diecisiete años, Dios mío, qué rápido ha pasado todo..., la vida se nos ha ido en un suspiro... ¿Conoces el poema «Novela» de Arthur Rimbaud, que empieza así: «No puedes ser serio con diecisiete años»? Desde que esos monstruos del Dáesh te reclutaron y te fuiste a Siria para unirte a ellos, no puedo dejar de evocar ese verso. Es el que me gustaría emplear para hablar de ti.

Juvisy,  
13 de abril de 2014

Dieciséis años. ¡Dieciséis tacos, dieciséis primaveras, dieciséis veranos! Uau... Ya está, tengo dieciséis desde ayer. Y al poder escribirlo me entran ganas de llenar la libreta con emoticonos alegres. Cuánto tiempo esperando a cumplirlos... No sé por qué, pero siempre he pensado que la vida de verdad comenzaría a partir de este momento, más que a los dieciocho. Para empezar, estoy supercontenta, mis padres me han regalado lo que soñaba: ¡el carnet de conducir temporal! Eso quiere decir que con los dos años de práctica que habré acumulado cuando sea mayor de edad, debería aprobar el examen con los ojos cerrados y justo después emprender mi gran primer viaje en coche. Pienso ahorrar para comprarme un viejo Dos Caballos. Me gustaría atravesar Europa y África de punta a punta. Johanna dice que estoy loca. Tiene razón, ¡por eso me adora! Pero no soy la única que sueña con esas cosas. Un tipo de Palaiseau, el hermano de una que va a mi clase de danza, hizo el viaje con uno de sus amigos hace cinco o seis años. Al parecer fue una LO-CU-RA. Creó un blog y todos los días publicaba un texto acompañado de una fotografía, un testimonio, un mapa, un mensaje, etcétera. A la gente le gustaba tanto que logró que lo siguieran muchas más personas que las de su restringido círculo de familiares y amigos. A mí también me gustaría compartir mi experiencia. Tal vez podría llegar a abrirle los ojos a la gente,

empujarlos a descubrir otros lugares... A veces, cuando voy en el metro y veo a algunas personas durmiendo a pesar de que su jornada no ha hecho más que empezar y me digo que la escena se repite todas las mañanas de su vida; y que todas las noches de su vida hacen el camino en el sentido contrario para llegar a su casa y ocuparse de nuevo de los críos, la colada, los cacharros, tan extenuados que ni siquiera son capaces de leer dos páginas de un libro sin quedarse traspuestos; y que, aunque trabajen ocho horas al día, no pueden permitirse ir de vacaciones o solo a casa de sus padres porque es gratis, a pesar de que acaben tirándose los trastos a la cabeza desde las primeras veinticuatro horas, como le pasaba a mi madre con la suya, la verdad, me pregunto cómo lo hacen. Yo me volvería loca. No deseo una vida así. Quiero que me sucedan cosas. ¡Vivir aventuras! Ayer cumplí dieciséis años y eso fue lo que dije en el breve discurso que solté cuando mis padres me dieron el regalo. Mi padre alzó los ojos al cielo. Cree que me paso de romántica. Dice que vivo en una alfombra voladora, que la vida no es una alfombra voladora. Adoro a mi padre, pero a veces te sale con cada una... Y siempre tiene mucho miedo de lo que pueda pasarme... Me gustaría que cambiase, pero dice que el miedo va ligado al amor, que uno no se da sin el otro.

—Samir —lo pincha mi madre siempre—, tarde o temprano no te quedará más remedio que dejar que tu hija se vaya... ¡Tendrás que cortar el cordón umbilical!

—Oye, Laurence, si ya lo he cortado —contesta airado—. Fui yo quien lo cortó cuando nació, ¿o es que no te acuerdas? Si hasta estuve a punto de desmayarme de lo asqueroso que era. Todo azul, ¡puaj!

Siempre nos entra la risa, después mi padre añade enarcando las cejas, con aire derrotado:

—De todos modos, en esta casa no puedo decir nada. ¡Siempre hacéis lo que os da la gana! ¡Habéis tomado el poder! ¡Me habéis convertido en una

delicia turca!

Para guardar las formas, mi madre se hace la ofendida, pero mi padre tiene razón: el amor que siente por nosotras lo ha transformado en *jalebi*,<sup>[1]</sup> incluso en *makrut*,<sup>[2]</sup> lo cual es mucho peor respecto al riesgo de diabetes. Resultado: es incapaz de negarnos nada. Mi madre, en cambio, tiene la severidad propia de los auverneses, pero creo que me apoyaría fueran cuales fuesen las decisiones que tomase. Soy afortunada por tener una madre como ella. Siempre me anima: «Tú haz, haz todo lo que puedas, lo hecho ya no está por hacer». Estoy segura de que también a ella le hubiera encantado ver mundo en lugar de ser contable —aunque finja pasárselo pipa con los números—, pero, por desgracia, se quedó embarazada de mí muy joven y sus padres la echaron de casa. Sus padres eran unas personas horribles. Yo los aborrecía. Encima tenían pasta, podían haberla ayudado, pero no querían saber nada de mi padre porque era árabe. Lo llamaban «el Moro», como en los tiempos de la Argelia francesa. No habían aceptado lo de la independencia, y el hecho de que mi padre hubiese nacido después de los Acuerdos de Evian no cambiaba nada en absoluto: era el enemigo, *su* enemigo, y ni el amor que sentía por mi madre ni el hecho de que fuera ejecutivo en una empresa importante pudieron compensarlo.

—Pues, joder, mira que soy nada menos que un moro ejecutivo —decía mi padre desternillándose de risa.

En aquel entonces trabajaba en el departamento de Recursos Humanos de Michelin. Lo habían contratado en la sede de Clermont-Ferrand, y así fue como un 14 de julio por la tarde pudo conocer a mi madre. Ella se avergonzaba de sus padres, pero a él le daba igual que fueran racistas. Decía que su odio no era más que amargura, ignorancia y miedo. Hace dos años, cuando nos enteramos de que ambos estaban enfermos, incluso insistió para que mi madre fuera a verlos. «No tienes por qué querer a tus padres», le dijo,



«pero debes respetarlos.» Esa frase me marcó, y recuerdo que la acompañó a la casa de Clermont-Ferrand donde seguían viviendo, pues temía que ella cambiase de opinión a medio camino. Cuando sus suegros lo vieron en la puerta de la calle, me contó mi madre, les costó tragar saliva, pero terminaron invitándolo a entrar. Era la primera vez que recibían a un «moro» bajo su techo: ambos estaban viejos y enfermos, ya no podían permitirse odiar. Ahora están muertos, y me alegro de que así sea.

No sé por qué estoy hablando de ellos...

Apenas los veía, y los recuerdos que tengo son superborrosos. Pero tal vez en eso consista escribir. Marin me explicó que para él era una exhumación, y también un viento violento que lo empujaba en todas las direcciones, a pesar del cual siempre debía mantener el rumbo. Mientras me lo decía, Marin me representó con mímica la escena agarrándose con las manos a una barra imaginaria, con la cara expuesta a ese viento inventado, ¡qué gracioso! Estábamos sentados en el portal de mi edificio. A oscuras. Después de mi fiesta de cumpleaños. Fijo que se había fumado algo. Tenía los ojos pequeñísimos y una sonrisa inmensa, no paraba de hablar. En un momento dado me dijo que quería ser actor porque, junto con futbolista y cantante, era la única manera de salir adelante, de tener una vida que pareciera una vida y no una estancia en la cárcel de Fresnes. Me entró la risa. A él no. Entonces me pregunté si estaría hablando en serio, si su visión de las cosas era tan negativamente exagerada como quería hacerme creer o si solo trataba de provocarme; no logré saberlo. Después, con una voz muy profunda, me dijo:

—Por eso necesito papeles importantes, ¿entiendes?, los papeles son al actor lo que los pacientes a los cirujanos, y como no se te da mal el francés, he pensado que tú, Éléa Kidir... Sí, tú... ¡Me gustaría que me escribieses un

papel!

Tenía toda la pinta de estar quedándose conmigo y volví a reír, incómoda.

—¿Por qué te ríes? —me preguntó—. Me da pena, sabes. Te lo digo muy en serio. Bueno, ¿qué?, ¿puedes?

No contesté. Él cerró los ojos un par de segundos, echó la cabeza hacia la pared en que estábamos apoyados y, como si esperara que sus palabras se perdiesen en el silencio, murmuró bajito:

—A mí no me sale, joder. Lo intento, pero no consigo escribir más de tres líneas con sentido.

Me pareció que eso lo hacía sufrir.

Más tarde también me dijo: «Escribir es navegar», y luego: «Navega bien», y dándome un beso me regaló esta libreta Moleskine verde que llevaba en el bolsillo interior de la cazadora.

No pensaba que la fiesta fuese a terminar así.

A decir verdad, ni siquiera pensaba que Marin viniera a mi cumpleaños. No es que seamos íntimos. Lo conocí en Navidad, en Les Vraies Richesses, la librería adonde voy mucho, en el centro de Juvisy. Él se dedicaba a envolver los libros. Nunca lo había visto. Me preguntaba de dónde había salido con aquellas greñas y las camisas desabrochadas en pleno invierno; en realidad no tenía el perfil de los otros empleados con pinta de pijos que aconsejan a las viejecitas de pelo azul del barrio. Mucho después me enteré de que era el hijo de la dueña. Acababa de volver de un internado del que lo habían echado por enésima vez, y su madre, que estaba hasta la coronilla, lo había puesto a currar.

Lleva cuatro meses trabajando en la librería a la espera de que llegue septiembre para apuntarse a clases de teatro en París. No quiere hacer las

pruebas de acceso a la universidad. Dice que si es para acabar el día entero metido en una oficina y cobrar 1.200 pavos al mes, guay, pero que le deja el puesto a los demás. El otro día estuve charlando con su madre, que lo mataría si pudiera. Marin tiene un montón de posibilidades gracias al examen de francés que hizo el año pasado; sacó un 20 sobre 20 en el oral y un 18 sobre 20 en el escrito, ¡increíble! Aunque teniendo en cuenta su gran cultura literaria, no me extraña lo más mínimo. Se lo ha leído todo. ¡Absolutamente todo! La verdad es que me aconseja un montón de novelas geniales, pero es posible que esa cultura apabullante sea justo lo que le impida escribir... No sé... En fin, ese 20 y ese 18 no le servirán de nada porque no va a presentarse a los exámenes de acceso a la universidad. Lo que él quiere es actuar, estar encima de un escenario o delante de una cámara, así que ha decidido lanzarse sin red. Ante todo no guardarse las espaldas. Por descontado, los adultos piensan que es una solemne estupidez, pero a mí me parece muy valiente. En definitiva, no le queda otra que conseguir vivir de su pasión.

Llegó tarde a mi cumpleaños. Solo. Después de todo el mundo, pero, por suerte, justo antes de que sacáramos la tarta, así que sale en la foto de grupo que mi madre tomó con su iPhone cuando yo estaba a punto de soplar las velas. Como una estúpida, le pregunté si podía hacerme una ampliación. ¡Mira que soy tonta! A lo mejor el lunes por la mañana Marin ya se habrá olvidado de mí por completo. Johanna cree que sí. No lo traga. Dice que es un cabrón, que se le ve en la cara. Probablemente esté en lo cierto, pero me parece mucho menos aburrido que todos los chicos con los que he tenido algún rollo y estoy dispuesta a arriesgarme... De todas formas, qué más me da. Solo lo he besado, ni que me hubiera acostado con él.

¿Acaso lo haría con él?

Esa es la gran pregunta... Puede que dieciséis sea la edad adecuada. En el instituto casi todas las chicas lo han hecho solo por hacerlo, para no quedarse en el bando de las que aún no lo han hecho, pero la mayoría han elegido a chicos que no las querían y a los que les importaba muy poco que hubieran perdido la virginidad con ellos. A mí todo eso me parece triste. Quizá me pase de «romántica», como dice mi padre, pero no me gustaría que me sucediera lo mismo. La cuestión es ¿cómo estar segura? ¿Cómo tener la certeza de que el otro no miente? ¿Acaso Marin podría mentirme? Por ahora el pobre no me ha pedido nada. ¿Por qué estoy condenándolo? Solo me ha pedido que escriba.

Clínica de L'Abbaye, Viry-Châtillon,  
15 de octubre de 2014

Le he pedido papel y bolígrafo a la enfermera para escribirle al presidente. También me gustaría mandarle una carta al primer ministro. Al ministro del Interior. Al de Educación. Al prefecto de Essonne. Al jefe de la comisaría de Juvisy. Al consejero de Educación de Versailles. Al director del Instituto Marcel-Pagnol de Athis-Mons, donde está matriculada Éléa. Sí, me gustaría escribir a todas esas personas, A TODAS Y CADA UNA DE ELLAS, pero también al imán de la mezquita de Vigneux, al presidente del Consejo Francés del Culto Musulmán, así como al de la Unión de Organizaciones Islámicas de Francia, Amar Lasfar, que así se llama ese. ¡Y que nadie crea que porque mi mujer me haya ingresado en este hospital y me tengan hasta arriba de calmantes no voy a hacerlo! Quiero que Amar Lasfar me conteste. Quiero que me diga claramente si aprueba las palabras de su amigo sirio Al Nabulsi, ese sabio de la sharia al que a Lasfar le gusta invitar a sus coloquios para que hable en Le Bourget o en Lille delante de ocho mil franceses de confesión musulmana,<sup>[3]</sup> y que afirma que la homosexualidad debe castigarse con la pena de muerte. ¿Piensa lo mismo el presidente de la UOIF? ¿Considera ese alto responsable del culto musulmán que una Francia ilustrada, humana y feliz sería similar a Arabia Saudí e Irán, en la que quienes elijan vivir su sexualidad libremente acabarían lapidados, decapitados; donde

todos los descendientes de Mahoma deberían combatir contra los judíos? Al Nabulsi, como muchos otros predicadores que se valen del islam y se basan en los versículos del Corán para elaborar sus tesis mortíferas, así lo explica en su página web, a la que cualquiera puede acceder; por lo que ahora que mi hija se ha ido, ahora que me la han arrebatado por medio del Corán, que no vengan a decirme con una sonrisa pánfila y tan de biempensante que no hay que meter a todo el mundo en el mismo saco, que el islamismo radical no tiene nada que ver con el islam. Al contrario, por supuesto que tiene que ver. En efecto, el de verdad es otro, que cada cual llamará como quiera, un islam pacífico o ilustrado que brilla en el corazón y los hogares de miles de musulmanes, incluido el mío, pero el que asesina, degüella, lapida, el que convierte a la mujer en propiedad del marido, a las minorías en seres carentes de condición humana y a los librepensadores en apóstatas, también existe, y ese islam no es una secta, y sus adeptos no son simplemente unos tarados; no, en absoluto, son fanáticos que quieren que se aplique el Corán al pie de la letra, sí, al pie de la letra, como en tiempos del Profeta, ese es el problema, lo sé porque he tenido ocasión de conocer a esos creyentes, los he visto manos a la obra en mi país, sí, he visto lo que fueron capaces de hacer en Argelia en nombre de Alá: doscientos mil muertos, y aún tengo en la garganta el regusto amargo de nuestra sangre derramada. Hoy en día oigo decir por todas partes «Esa gente no son musulmanes, son monstruos», pero ¿acaso no aparece la *shahada*<sup>[4]</sup> en la bandera del Dáesh? ¿No es nuestra profesión de fe, «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su Profeta», a la que también ellos han jurado lealtad, lo que les sirve de emblema? Tenemos el mismo texto, los mismos versículos, de modo que diría —y es lo que me parece más terrible— que tal vez el Corán sea lo único que me una a esa basura, pero abstenerme de decirlo se me antojaría tan estúpido y peligroso como afirmar que las cruzadas no tenían nada que ver con el cristianismo. Estamos ante una forma

de totalitarismo. Los islamistas radicales son los nuevos cruzados. Y al igual que aquellos de antaño, que querían evangelizar la tierra, ellos quieren islamizar el mundo porque han leído en el Corán que debían hacer eso, la yihad. Yo también lo leí de niño. Sí, leí azoras que rezaban así: «La recompensa de quienes combaten a Dios y a su Enviado [...] consistirá en ser matados o crucificados, o en el corte de sus manos y pies opuestos, o en la expulsión de la tierra que habitan»,<sup>[5]</sup> porque en este texto sagrado, al igual que en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, hay mucha violencia, pero alguien me habrá dicho que no lo interpretara todo al pie de la letra. Quizá mi padre. O un profesor... No me acuerdo, eso carece de importancia. Lo que cuenta es que oí esa voz y me quedé con que, por un lado, estaba el sentido estricto del texto y, por el otro, su interpretación. Así pues, en esencia es esto lo que me separa de los musulmanes que me han robado a mi hija: la lectura. Es decir, lo que hacemos consciente y responsablemente con la palabra divina que nos ha sido revelada.

El viernes pasado, día de oración, decidí ir a la mezquita de Vigneux. Elegí la de Vigneux porque es la que queda más cerca de casa. Laurence insistió en acompañarme. Pobre, si hubiera sabido... Seguramente creía que debido a nuestra inmensa desazón necesitaba implorar misericordia a Alá y suplicarle que nos devolviera a nuestra querida hija. Pues bien, mi mujer se equivocaba. Solo pretendía hallar al culpable. Era lo único que me importaba. Que me obsesionaba. Echarle el guante al barbudo que le había metido a mi hija toda esa porquería en la cabeza y en el corazón. No obstante, el día anterior, en la sede de la DGSJ (Dirección General de la Seguridad Interior), un poli me había dicho que probablemente Éléea jamás había puesto un pie en una mezquita y que para la mayoría de los jóvenes en su situación, ahora todo

sucedía a través de internet, sin que hubiera ningún contacto físico, lo que los especialistas en la materia denominan «radicalización exprés». Pero ¿cómo admitirlo? ¿Cómo aceptar que, sin salir de su cuarto, Éléa haya podido cambiar de nombre y ponerse el velo integral, como demuestra su segunda cuenta de Facebook? Eso significaría que todo ocurrió bajo mi techo, ante mis ojos. ¡No! ¡No es posible! ¡No puedo aceptarlo! El «príncipe» que la reclutó sin duda debía de estar allí, agazapado en algún rincón, y me había propuesto desenmascararlo. Laurence me dejó delante de la mezquita. Me colé dentro. Me uní a la comunidad de fieles, recé con ellos y luego, al igual que ellos, escuché el sermón del imán, del que no recuerdo nada. Solo me acuerdo de que me temblaban las piernas y que estaba impaciente por tomar la palabra. Aun así, esperé a que terminara y a continuación me levanté, estaba en medio de una multitud, y dije muy alto: «Queridos hermanos, hace varios días mi mujer y yo recibimos una llamada de nuestra única hija. Nos comunicó que se había marchado a Siria y que no regresaría». Un rumor recorrió la sala. «Nos dijo que se sentía feliz por hacer la hégira, que ya no quería vivir en Francia, ¡que odiaba Francia!» Entonces el rumor fue en aumento, creo que alguien dijo: «Salga de aquí, sacadlo de aquí...», pero ya nada podía detenerme. Saqué del bolsillo un retrato de Éléa y lo blandí delante de las narices de todo el mundo. «¿La reconocéis?», pregunté. «¡Es mi hija! ¿Venía aquí a rezar? ¡Decídmelo! ¿Fue aquí donde conoció mi hija a su príncipe, donde se le endureció el corazón, donde interiorizó todo ese odio?» Me habían agarrado de las muñecas y ahora me arrastraban hacia la salida entre un gran alboroto, pero yo seguía gritando mi rabia, que no era más que dolor. Al cabo me encontré fuera, me sujetaban por la cintura. Tenía a varios individuos encima. Intentaban neutralizarme, y recuerdo que me alegré de poder pelearme con alguien. Peleaba contra la nada. ¡Contra el aire! Luego llegaron los polis. Y los bomberos. No tengo ni idea de cuánto tiempo



duró aquello, pero Laurence estaba allí, en el furgón, sosteniéndome la mano. Me decía: «No te preocupes, todo saldrá bien». Acababan de inyectarme un calmante. Estaba atado. No podía hablar ni moverme, así que me puse a mirar la carretera que dejábamos atrás, que desfilaba por la ventanilla de la portezuela trasera situada frente a mí. Dieciséis años después de su nacimiento. Dieciséis años de amor, ternura, escucha, aprendizaje, de errores también, sin duda, pero siempre con la voluntad de estar presente y hacer las cosas lo mejor posible, ¿para terminar con ese vacío enorme, ese silencio abismal? No imaginaba que un hijo pudiera abandonar a un padre. Y, sin embargo, es lo que ha hecho mi hija. Sí, nos ha abandonado a su madre y a mí, como se abandona a un bebé en un orfanato, a un perro en la autopista, rumbo a las vacaciones, y desde hace quince días, aquí estamos, errantes, huérfanos de ella, en los confines de la locura. Éléea no había cumplido los diecisiete.

Juvisy,  
17 de abril de 2015

De modo que cumpliste diecisiete años, pero no me llamaste el día de tu cumpleaños.

Estuve esperando toda la noche.

Probé incluso a llamarme a mí misma varias veces, del teléfono fijo al móvil y del móvil al fijo, para cerciorarme de que funcionaban. Funcionaban. El teléfono no sonó una sola vez, y tu silencio me produjo el mismo efecto que un tsunami. Estuve tres días sin poder probar bocado. Tampoco pude poner un pie fuera de tu cama. Era como si me hubiese venido abajo por todas las veces que me había quedado en vela. Por ti; luego por tu padre. Tuvieron que venir Johanna y su madre a llamar a nuestra puerta para que me levantara de una vez. Me habían dejado varios mensajes, estaban preocupadas porque no les había contestado. Tenían razón, yo no estaba en un buen momento, y mi aspecto debió de asustarlas, porque enseguida avisaron a un médico, que quiso hospitalizarme. Había perdido demasiadas fuerzas, decía él, no podían dejarme en ese estado, pero me angustiaba que me atiborrara de medicamentos como habían hecho en octubre, justo después de que te fueras, con tu padre en aquella clínica psiquiátrica de Viry-Châtillon donde estaba internado (me ha quedado un recuerdo espantoso de todo aquello...), así que dije que era imposible, no podía abandonar nuestro

domicilio, ¿y si volvías? Nadie se atrevió a replicar. Todos me miraban con esa pena que se siente por un retrasado que sigue creyendo en Papá Noel, y sonreí por no llorar, pensando que así comenzaba la locura, a partir de ese súbito abismo entre los demás y uno mismo. Es una de las cosas que he aprendido a raíz de tu desaparición: el dolor nos conduce a la locura.

Johanna se quedó a dormir conmigo. Yo no lo pretendía, pero ella insistió. Es una chica estupenda, ¿sabes? Sigue refiriéndose a ti como a su mejor amiga. Dice: «Cuando regrese», «Cuando terminemos la carrera», «Cuando nos casemos», como si no quisiera dar a la desgracia la más mínima posibilidad de ocupar un lugar aún mayor en nuestras vidas, y su optimismo quizá sea lo único que me siente bien. Sus padres también son muy amables. Suelen invitarme a almorzar los domingos para que no esté sola, sobre todo desde que papá se fue, en enero. Hasta me han propuesto que vaya a pasar las vacaciones de Pascua con ellos en su casa de Bandol. Está claro que me habría venido bien salir un poco de Juvisy, pero decliné el ofrecimiento porque habías ido varias veces, y todos los lugares que llevan tu huella, salvo tu habitación, donde nada se ha movido de su sitio, me resultan físicamente insoportables. Los padres de Johanna no insistieron. Creo que comprendieron que pasar varios días con su hija no haría sino volver aún más horrible tu ausencia. En el fondo, debo de darles una pena infinita, pero tienen la delicadeza de no dejarlo traslucir. Con ellos no me siento juzgada, y te aseguro que eso es inusual. Si supieras la de gente del barrio que ahora me mira como si tuviera sarna... Sí, te lo juro, «sarna». ¡O la lepra! Casi me dan ganas de reír cuando veo a esas familias cambiar de acera al cruzarse conmigo en el mercado o la calle, como si la radicalización fuese una enfermedad contagiosa, un virus que sus hijos podrían contraer si se me

acercaran más de la cuenta. Eso me duele, pero mantengo la cabeza bien alta. Y me digo que no debo guardarles rencor porque ellos no saben. No, no saben nada del plan maquiavélico que despliegan los reclutadores del Dáesh para arrancaros de nuestro lado. Ignoran el proceso, lo de los falsos perfiles de Facebook con nombres pacíficos de los que es imposible que desconfiéis, sus primeros mensajes fraternales, para que mordáis el anzuelo, la dependencia afectiva que a continuación van creando en vosotros, un mensajito todos los días, como quien no quiere la cosa, luego dos, luego tres, luego diez, luego cientos de ellos, y los vídeos con los que os inundan e hipnotizan, os arrancan las lágrimas, os manipulan. Entonces os cuentan que el mundo no es lo que pensáis y les creéis; que hay un complot generalizado, que en todas partes han adormecido a la gente, adormecido, adormecido, ¿acaso no veis las estelas blancas que dejan los aviones en el cielo?, pues se trata de un producto para anestesiaros, y ellos os dicen «*Wake up!*». Y ya está, gracias a ellos abrí por fin los ojos; es una suerte, tenéis que ser conscientes de ello; es el signo de que habéis sido «elegidos» gracias a vuestro corazón puro. Así que ahora sabéis que ha llegado el fin de los tiempos, lo cual significa que todas las personas a quienes amáis arderán en el infierno, todas arderán por sus pecados, vuestro padre, vuestra madre, vuestros hermanos, vuestros amigos. ¿Y BIEN? ¿ACASO QUERÉIS VER CÓMO SE QUEMAN O QUERÉIS SALVARLOS? Si deseáis salvarlos, os dicen, es muy sencillo, basta con abandonar cuanto antes este país de infieles. Basta con venir a vivir a la Tierra del Islam, al país de Sham, porque solo el islam podrá salvaros, *su islam*.

¿Cómo explicarles todo esto a nuestros vecinos, a nuestros amigos, a tus profesores, a tu pediatra, a la panadera? ¿Cómo decirles, a ellos, que ahora

me ven como la madre de una terrorista, que te manipularon y que, al igual que los aproximadamente 1.800 franceses que han salido del país para unirse al Estado Islámico, tú también eres una víctima? El otro día, Kamel, el que lleva los grupos de apoyo, pronunció esta palabra. Era la primera vez que la oía y me sentó muy bien. Se dirigía a Vanessa, una chica de Saint-Étienne que, como tú, deseaba hacer la hégira, pero a la que localizaron y detuvieron hace tres meses en la frontera turca. Por desgracia, no corraste su misma suerte y conseguiste pasar. Fue antes de los atentados contra *Charlie Hebdo* y el supermercado judío Hyper Cacher, antes también de que el Gobierno adoptase el plan de lucha contra la radicalización, y la policía de fronteras sin duda se hallaba menos alerta. Por cierto, ¿por dónde pasaste? ¿Por Turquía, como los demás? ¿Cogiste un avión para llegar allí? ¿Un coche? ¿Autobuses, autocares, trenes? ¿Hiciste ese largo trayecto sola o con otras «hermanas», como os llamáis entre vosotras? No lo sé. No sé nada sobre la manera como te fuiste, Éléa, pero al margen de todas estas preguntas sin respuesta, saber que a partir del 1 de enero de 2013 no hacía falta autorización para que los menores salieran del territorio me pone enferma, porque eso significa que con trece, catorce, quince o dieciséis años, basta con presentar el pasaporte o simplemente el carnet de identidad y puedes llegar a Turquía, que, como todo el mundo sabe, es la principal puerta de entrada al EI. Es escandaloso. Sylvia, la madre de Jérémie, ha presentado una denuncia contra el Estado francés alegando que la policía, al no haber impedido que su hijo se fuese, ha incurrido en «una falta grave y una falta de discernimiento, dado que se trataba de un menor que viajaba a Turquía solo y sin billete de vuelta ni equipaje».

También le ha pedido a la Fiscalía que abra una investigación por «raptó de menor», teniendo en cuenta que Jérémie no era ningún terrorista, sino la víctima de una red cuyos reclutadores eran especialistas en la manipulación

psicológica. Reclama 110.000 euros por daños y perjuicios.[6] Kamel dice que si por suerte ganase, supondría una gran victoria para nuestra lucha. Sin mayor dificultad, conseguiríamos que se restableciera la autorización para la salida de menores del territorio, nuestro principal objetivo. Además, es evidente que con una decisión judicial de ese tipo la opinión pública dejaría de veros como monstruos y a nosotros, como padres culpables. Algunos piensan que solo queremos alcanzar tal objetivo para eludir nuestra culpa. Incluso se lo he oído decir a un dirigente político del sur de Francia, ¡menudo disparate! Me habría gustado que esa gente conociese a tu padre... Como es obvio, nos lo reprocharemos toda nuestra vida. Pero lo que hoy deseamos es sensibilizar a los padres para que no crean que por haber hecho las cosas como debían se encuentran a salvo. Nadie lo está. Judíos, católicos, ateos, musulmanes, ricos, pobres, habitantes de los barrios marginales o de los acomodados, de padres divorciados o, por el contrario, aún casados, nuestros hijos son todos objetivos potenciales. Todos, sin excepción. Y lo que nos tiene atónitos es semejante disparidad, porque no existe un perfil arquetípico. Por tanto, a la larga lista de cosas que nos hacen temer por nuestros hijos, como el alcohol, las drogas, la anorexia, los abusos sexuales, el juego, las malas amistades y qué sé yo qué más, ahora debemos añadir el islamismo radical.

Kamel vino a verme al término de la última reunión.

Sabía que yo esperaba el día de tu cumpleaños y tu llamada con ansiedad. También se imaginaba, por mi cara, que no habías telefoneado.

—Laurence, me gustaría proponerte algo —me dijo—: ¿aceptarías involucrarte más en nuestro grupo? Me refiero a ser testimonio ante los jóvenes, a acompañarme de ciudad en ciudad para contar cómo ocurrió todo

en el caso de Élía. Mira, es importante que nuestros jóvenes escuchen la voz de una madre. Estoy seguro de que la tuya les ayudará muchísimo.

Al hacerme semejante proposición, ¿acaso era yo quien de veras podía ayudarlos o Kamel quien me ayudaba a mí? No lo sé, pero contesté enseguida que sí, sin vacilar, como quien se aferra a la primera mano que le tienden tras caer por un precipicio.

Nada había cambiado entre el 12 y el 17 de abril. Seguías sin llamarme, pero me despedí de Kamel sintiendo que nacía una leve esperanza, pensando que, a fin de cuentas, tal vez fuese preferible tu silencio: uno de los padres que solían asistir a los grupos de apoyo acababa de recibir noticias de su hijo. Un combatiente del EI lo había llamado para felicitarlo: Pierre había muerto mártir en algún lugar a las afueras de Raqa. Tenía diecinueve años. Ese padre nunca recuperaría el cuerpo de su hijo, ni tendría una tumba que visitar. Como carecía de pruebas, el Estado francés ni siquiera podría entregarle el acta de defunción. Durante semanas había albergado la esperanza de que me llamaras y aguardaba ansiosa la aparición de un número extranjero en la pantalla del móvil, pero ahora era lo que más temía. Temerosa de que sonara, ya ni siquiera me atrevía a llevarme el teléfono conmigo; era como la heroína de esa novela de David Grossman que tanto me había gustado, la mujer que rehuía la noticia de *La vida entera*.

En el tren hacia Bandol,  
21 de abril de 2014

Huir de la Isla de Francia.

Huir de sus días grises, sus bloques de pisos, sus atascos, huir de sus zonas comerciales y de sus habitantes rezongones para hallar poco a poco, a medida que el tren se aleja, el cielo claro de la campiña y sus tierras aradas. ¡Qué felicidad! ¡Qué gusto disponer al fin de un poco de tiempo para abrir la libreta que me ha regalado Marin! Le he prometido que escribiría a diario porque, en su opinión, las ideas vienen cuando te pones a escribir, así que vergüenza debería darme el no haberla tocado, pero ¿de dónde iba a sacar tiempo antes de irme? Desde mi cumpleaños no nos hemos separado ni un instante. Marin ha venido a buscarme todos los días a la salida de clase, el miércoles me esperó incluso delante de la academia de danza, y no me gustaba mucho que hubiera llamado a Johanna para sonsacarle mis horarios. Estaba sudada, me había recogido el pelo de cualquier manera, la malla de licra estaba asquerosa, ¡iba «hecha un asco»!

—Chunasco, ¿eso qué es? —preguntó Marin encendiendo un cigarrillo—. ¿El nombre de un nuevo grupo? Bueno, ¿qué, cómo llevas lo del papel? ¿Avanza la cosa? ¿Estás escribiéndolo?

Lo besé en la boca a modo de respuesta y fuimos a sentarnos a orillas del estanque de Laveyssière, al otro lado del Sena, más allá del puerto deportivo.



Marin le había dicho a su madre que tenía audiciones toda la semana para poder salir antes de la librería. Como es obvio, la pobre lo creyó. Pero ¡qué semana más genial! A principios de abril todavía helaba, igual que si fuera noviembre, y ahora, de repente, parecía que estuviésemos en pleno verano, como si el sol hubiera decidido brillar para nosotros. La semana pasada nos tiramos todas las tardes tumbados en la hierba, bajo un árbol, hablando sin parar, escuchando música, comiendo gominolas en forma de cocodrilos y botellas de cola —que son mi debilidad en este mundo— y besándonos. Por la noche, cuando volvíamos a nuestras respectivas casas, despachábamos la cena en un pispás para ir a encerrarnos en nuestro cuarto y hablar por FaceTime hasta al menos la una de la madrugada. Una noche nos quedamos dormidos juntos... Marin no se parece a nadie, por eso lo quiero. ¿Lo quiero?! No... Bueno, no lo sé. Es todo tan nuevo, tan inesperado... Solo sé que me siento completamente compenetrada con él y que me gustaría que estuviese aquí en el tren, con nosotras. Esta mañana he salido para Bandol con Johanna y su madre. Pasaremos allí una semana. Tienen un apartamento que da a la playa. Me encanta el lugar, es la tercera vez que voy, pero este año no me habría importado quedarme en Juvisy. Marin habría asistido a su cursillo de arte dramático durante el día, como estaba previsto, y por la tarde podríamos habernos visto y estar al fin solos. En el estanque había muchísima gente. En cuanto empiezan los días de calor, todo Pagnol acude allí, y aunque nos las ingeniamos para alejarnos de los grupitos, nunca estábamos a nuestras anchas. A Marin le hubiera gustado que fuéramos a su casa, pero vive encima de la librería, así que era imposible: su madre nos habría visto, se habría percatado de que lo de las audiciones era un cuento chino y habría agarrado a su hijo por el pescuezo y lo habría conducido de vuelta a su puesto de trabajo, entre las estanterías de libros. Marin me propuso varias veces que fuéramos a mi casa. Se dio cuenta de que la idea no me hacía mucha gracia. El tercer día

me dijo:

—¿Por qué no quieres? ¿Qué pasa contigo? Que yo sepa, no tienes ni hermano ni hermana, y tus padres están currando, así que seguro que nadie nos molestará hasta esta tarde, ¿no? A no ser que no te apetezca que estemos los dos tranquilos. No quieres, ¿es eso?

Me miraba con expresión traviesa, se percataba muy bien de que la sola idea de estar en una cama con él me ponía un poco nerviosa, pero, al contrario de lo que él creía, esa no era la razón por la que me negaba a que fuéramos a mi casa. Estaba lista. Y si quería hacerlo con alguien, era con Marin. Pero no tenía la certeza de que estuviéramos solos. Igual mi padre se encontraba en casa o podía llegar en cualquier momento, pues desde hacía dos meses no tenía...

trabajo.

Ya está, lo he escrito.

No era para tanto.

Podría habérselo dicho a Marin. Sí, simplemente podría haberle explicado que, a principios de año, la empresa de climatización para la que mi padre llevaba trece años trabajando fue objeto de un expediente de regulación de empleo drástico que redujo la plantilla a la mitad y, con la nueva configuración, los directivos consideraron que ya no necesitaban un director de Recursos Humanos en nómina —les costaba demasiado dinero—. Así que también echaron a mi padre.

Cuando nos comunicó la noticia, reconozco que mi madre y yo nos vinimos un poco abajo, y él se enfureció.

—¡Bueno, ya basta! —exclamó—. La palabra «paro», al igual que la palabra «cáncer», no significa inevitablemente «muerto y enterrado», ¡no hay

que verlo así! Mi despido no puede llegar en mejor momento. Estaba hasta la coronilla de trabajar en Recursos Humanos, de gestionar los problemas de los demás todo el santo día. Por no hablar de que La Défense está en el quinto pino. ¡Como mínimo dos horas de trayecto diario, ya no podía soportarlo! Me gustaría algo que estuviese más cerca. —Se quedó callado unos segundos y luego, como para terminar de convencernos, añadió—: No, en serio, estoy contento. Muy, pero que muy contento de que me hayan despedido. Venga, brindemos por mi despido. ¡Chinchín!

Con mi padre todo acaba bien siempre, es lo que me encanta de él. Mi madre, claro está, se tronchó de risa, así que yo también, y bebimos, como Samir deseaba, por el final de su carrera en los aires acondicionados.

De eso hace ya dos meses.

Desde entonces ha contestado sin éxito a más de una docena de ofertas de empleo, lo cual ha enturbiado un poco el ambiente en casa. Hay una atmósfera de inquietud a la que no estoy acostumbrada, y aunque sé que la cosa no va para largo —conozco a mi padre, pronto encontrará otro trabajo—, me alegra escaparme algunos días. La sola idea de pasar con Johanna una semana entera, de ver el mar, de caminar descalza por la arena, de notar el calor del sol en el cuerpo después de estos largos meses de invierno y de regresar a casa guapa y bronceada para verme de nuevo con Marin me llena de felicidad... Ya está, hemos dejado atrás los centros urbanos y sus grandes naves industriales semejantes a piezas de Lego. En el recuadro de la ventanilla apaisada, los campos de colza, de un amarillo irreal, desfilan a toda velocidad mientras el sol, en líneas oblicuas, incendia el recuadro que ocupamos. Johanna me mira, me sonrío. Me alarga uno de sus auriculares, me lo llevo al oído y la voz mágica de Adele, que canta «Love Song», me transporta. Me gustaría que mi vida siempre tuviese la belleza de este instante.

Clínica de L'Abbaye,  
17 de octubre de 2014

Tal vez mi vida era demasiado perfecta. Demasiado idílica, y Dios al examinarla considerara que no la merecía. ¿Por qué, si no, infligirme este martirio? Laurence no soporta que diga esas cosas. Me pide que no meta a Dios en esto, pero cuando vuelvo a evocar las semanas que precedieron a la marcha de Élée, no puedo por menos de pensarlo: acababa de encontrar un trabajo tras seis meses en el paro, un puesto de desarrollo en una joven empresa de informática, que, encima, estaba justo al lado de casa, en Évry: con el cercanías solo tardaba veinte minutos en llegar; era un hombre tan feliz... Volví a tener un empleo, compañeros de trabajo, un correo con el nombre de mi empresa, un lugar donde almorzar a mediodía y cosas que contar por la noche. Soy consciente de que a quienes nunca hayan estado en el paro estas cosas les parecerán de lo más normal, pero después de haberme pasado medio año mandando currículums y sometiéndome a entrevistas de trabajo, desde septiembre me levantaba todas las mañanas con la sensación de haber ganado la lotería: no solo había vuelto a la vida activa, sino a la vida, sin más. De modo que estaba seguro de que las cosas con Élée solo podían mejorar. Nuestras relaciones se habían deteriorado bastante de un tiempo a esa parte, pero yo lo había achacado a mi situación profesional. Pensaba que se sentía humillada por ello, que me reprochaba no haber

encontrado un trabajo, y no hace ni tres semanas, mientras almorzaba con mi amigo Jean-Pierre, que había tenido la bondad de contratarme en su restaurante durante esos meses tan difíciles, le contaba lo aliviado que me sentía por mi hija al volver a la vida activa. Y resulta que ahora estoy con los locos.

Encerrado en este hospital psiquiátrico sin saber cuándo saldré. «Cuando estés mejor», dice Laurence. Ignoro qué significa. Tampoco creo que con lo que está sucediéndonos sea posible. Es más, ¿me apetece estar mejor? Hoy por hoy, lo único que quiero es que me devuelvan a mi hija, y con todos los medicamentos que me dan aquí, ya no puedo gritarlo como las primeras noches. No me siento con fuerzas. El cuerpo me pesa, tengo la boca pastosa y las ideas en una neblina que la mayor parte del tiempo me deja inerte, apenas capaz de observar el trasiego de automóviles en el aparcamiento que se divisa desde mi habitación. Es una sensación terrible que me trae a la mente la película *La escafandra y la mariposa*. En ella Mathieu Amalric interpreta a un hombre aquejado del síndrome de enclaustramiento. La tragedia se produce a raíz de un ataque cerebral que lo deja con todas sus facultades intelectuales intactas pero con un solo párpado, como un aleteo, para expresarse. Hoy tengo la impresión de ser un poco como él... De que guardo intacta la rabia, encerrada en mí, y me veo físicamente impedido de manifestarla pese a que, hora tras hora, noto que me consume el alma.

Me avergüenzo de lo que hice el viernes en la mezquita. De la penosa imagen que le di a mi mujer. Me gustaría ser un hombre fuerte, digno, pero no soy más que un pobre infeliz aterrorizado que querría gritar y que ya ni siquiera es capaz de ello.

Es de noche.

Tengo miedo. Estoy solo. Y todo es silencio. Los locos duermen, cada cual en su habitación, pero yo permanezco con los ojos muy abiertos. Al acecho. Nos lo han advertido claramente, pueden llegar en cualquier momento. En cualquier sitio. Así que debemos mantenernos en guardia. Todo el tiempo. Tenemos que ser prudentes, evitar usar el coche después del anochecer, no caminar solos por las calles y desconfiar de las falsas trifulcas. También debemos cerrar la puerta con doble vuelta de llave porque entran en las casas y degüellan a la gente. Sí, es verdad, lo leí en el periódico, y unos amigos de unos amigos de unos amigos míos murieron así en Bordj El Kiffan. Los sorprendieron mientras dormían y los sangraron como a corderos del Aid.<sup>[7]</sup> Ayer, al amanecer, creí que uno de ellos había entrado en mi habitación. Llevaba una bata blanca y su nombre prendido en el pecho, DOCTOR PIERRE MARTIN, que me repitió varias veces procurando tranquilizarme. Sé que era un médico de verdad, el jefe de psiquiatría de la clínica, pero en ese momento no quise creerlo. No me inspiraba confianza. Me decía a mí mismo: «¿Por qué habría de confiar en él?». ¿Por la bata blanca? Los combatientes del Grupo Islámico Armado de Argelia (GIA) se disfrazan de polis a diario para apuñalar a inocentes en pleno centro de la Casba, así que ¿por qué no de médicos? «Cálmese, señor Kidir», me decía el doctor Martin, «ya no está en Argelia. Ahora está usted en Francia. Nadie va a venir a degollarlo.» Y yo le respondía a gritos: «¡No me tome por un imbécil! Conozco Francia, y no es así. Francia es el país de los derechos humanos, la libertad, la igualdad, es el país de Rousseau, de Voltaire, de los cafés, las librerías, los cines, los restaurantes. Francia es esa inimitable elegancia de las mujeres, a cuyo paso uno no puede evitar volverse, pero lo que no es, desde luego, es el país donde los salafistas empiezan a tener influencia, donde va poniéndose en marcha su proyecto de revolución islámica mundial y donde, para ello, fomentan atentados y secuestran a inocentes como han hecho con mi hija. Ese país,

doctor, ese país presa constante del terror se llama Argelia. He vuelto allí, ¿verdad? ¿He vuelto a los años de plomo?[8] Puede decírmelo. Dígame la verdad, por favor... Al menos, dígame el número de muertos que nos espera, porque lo peor es imaginarlo».

Allí estaba yo, sollozando como un crío, y aquel puñetero doctor Martin no sabía qué hacer, solo asentir con servilismo. Sin embargo, parecía comprenderme, e incluso estar de acuerdo conmigo. Al cabo, me dio una pastilla.

Lille,  
27 de abril de 2015

Lo he dejado todo. El Lexatin, los somníferos, los remedios a base de plantas, y ayer le mandé la baja a mi jefe, el señor Atlan. Hasta ahora la tenía en el cajón de la mesilla de noche. No quería quedarme el día entero metida en casa hablando con las paredes y volviéndome loca, como tu padre. ¡No, gracias! Pero ahora que Kamel me ha propuesto participar en su grupo es distinto. No hablaré con las paredes, sino con jóvenes que se parecen a ti, y tal vez así tenga la posibilidad de salvarlos. Para ello, he de disponer libremente de mi tiempo e ir a donde Kamel me pida.

Hoy lo he acompañado a Lille por primera vez. Quedamos al amanecer en el centro de París. Como de costumbre, iba con sus tres guardaespaldas y, por precaución, no cogimos el tren, sino el coche. De hecho, hasta antes de ayer no supe adónde nos dirigíamos. En cuanto al lugar exacto en que se celebraría la reunión, solo se comunicó a las familias ayer por la tarde. Siempre siguen el mismo procedimiento: el lugar, la fecha y el horario de las reuniones únicamente se notifican en el último momento, a fin de evitar que puedan localizar a Kamel. Su papel en el proceso de desradicalización de jóvenes emprendido por el Gobierno —la mayoría de los individuos



sospechosos de haber intentado viajar a Siria o de estar vinculados a una organización terrorista islámica ha pasado por sus manos— le exige suma prudencia. Los soldados del EI han puesto precio a su cabeza. De ahí que el dispositivo de seguridad que lo rodea sea impresionante. Esta misma mañana, por ejemplo, al llegar a Lille, al pie del edificio al que íbamos, dos de sus guardaespaldas salieron primero del coche y se colocaron de inmediato en posición de disparo, uno delante del vehículo; el otro, detrás. Estábamos en pleno centro de la ciudad, en un barrio civilizado, con gente y niños en las calles, y de pronto, la irrupción en el paisaje de aquellos dos hombres armados, dispuestos a disparar, producía la sensación de estar en una zona bélica o un videojuego, como si el atacante pudiese aparecer de un momento a otro.

—De hecho puede —me dijo Kamel.

Entonces me di cuenta de cómo era su vida cotidiana, de la falsa libertad de que gozaba, de lo que implicaba llevar escolta las veinticuatro horas del día, no poder bajar solo a comprar el pan, caminar por la calle, tomar un café en una terraza. En definitiva, no poder hacer cuanto a nosotros se nos antoja tan normal, y sentí una inmensa gratitud hacia él: en el fondo, nada lo obligaba a infligirse aquel calvario, excepto la voluntad de salvar a nuestros hijos.

En la reunión de hoy eran cuatro.

Solo chicas. Dos iban con el pelo suelto, otra llevaba un simple pañuelo y la última, un *jilbab*. Esta era la más joven, tenía catorce años. Se llamaba Solenn, era de Arras, y esa tela enorme y negra le cubría todo el cuerpo, el pelo, así como la frente. Me impresionó muchísimo. Por una fracción de segundo incluso creí, pobre loca, que habías vuelto. Sí, creí que eras tú, esa chica vestida de negro, ese fantasma macabro cuyo recuerdo me atormenta desde que te vi vestida de esa guisa. Exactamente cuatro días después de que

te fueras...

Ya me habías llamado desde Siria, de lo que había informado de inmediato a la comisaría de Juvisy, donde tu padre y yo habíamos acudido dos días antes para denunciar tu desaparición y en la que nos habían dicho que con toda probabilidad te habías fugado de casa.

—No —replicó Samir—, conozco a mi hija. Nunca nos haría eso. Si hubiera tenido un problema, nos lo habría dicho.

«Conozco a mi hija.» Los policías podrían haberse desternillado al oírlo —¿no es la cantinela habitual de todos los padres?—, pero de puro hastío lo habían dejado correr y, para guardar las formas, se habían limitado a pedirnos que volviéramos el fin de semana si por casualidad no recibíamos noticias tuyas. No podían ni imaginarse que cuarenta y ocho horas después me verían aparecer de nuevo para anunciarles que nos habías llamado desde Siria. Me acordaré toda la vida de la cara que se les puso. Del terrible efecto de la palabra en su cerebro. En cuanto la oyeron, dejaron de sentirse autorizados a formularnos las más mínima pregunta; nuestro caso ya no era de su competencia. Ahora correspondía a la DGSI ocuparse de ello; de hecho, nos esperaban en sus oficinas de Levallois-Perret con la mayor brevedad posible.

Creo que fue al oír esa sigla, que para mí solo existía en las novelas policíacas, cuando de repente comprendí que habíamos cambiado radicalmente de mundo. Lo extraño es que no logro recordar cómo llegamos hasta aquellas oficinas parecidas a un inmenso paquebote blanco, ni si fue el mismo día de tu llamada o al siguiente. Tampoco sé si tu padre estaba conmigo. Supongo que sí, pero no estoy segura. En mi cabeza, todo está borroso, neblinoso como un día de noviembre en pleno campo. Lo único que sé es que me encuentro en la DGSI y que en un momento determinado oigo la

voz del investigador a mi lado, circunspecto, que señalando la pantalla del ordenador que acaba de encender me dice:

—Mire, ese es su perfil de Facebook «de tapadera», el que usted conoce.

Naturalmente, te reconozco en la foto que has elegido para el perfil: ahí está tu cara de muñeca pepona, tus tupidas cejas, tus ojos color carbón, tu inmensa sonrisa, bajo la cual resplandece la blancura de tus dientes, y tu melena, por supuesto, la increíble mata de pelo que hacía soñar a cualquiera.

—Y este es el segundo perfil —prosigue el investigador—, el que Éléea se creó un par de semanas antes de irse y en el que se hace llamar Um Sumeya. *Um* significa «madre» en árabe. Los que las reclutan las bautizan a todas de ese modo para fortalecer el sentimiento de pertenencia al grupo, para crear en ellas la ilusión de una fraternidad.

En la pantalla ha aparecido otra página azul. En la foto sales de nuevo, me asegura el investigador, pero ahora con un *jilbab* negro, como la joven Solenn, y es tal la conmoción que pierdo el conocimiento.

He contado todo eso esta mañana en Lille.

Hasta ahora no lo había contado.

A nadie.

Creo que me ha sentado bien.

Pude expresar la angustia, la tristeza, también la cólera que experimento al ver a mi propia hija con el velo integral, mientras que en los países en que es obligatorio, como en Irán, las mujeres se atreven a librarse de él poniendo en peligro su vida. Le expliqué a esas chicas que el Consejo Constitucional<sup>[9]</sup> consideraba el velo integral un atentado contra el orden público; y el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, un elemento que puede dificultar «la vida en comunidad»,<sup>[10]</sup> y que llevarlo no me parecía digno del combate que habían

librado nuestras predecesoras para que nosotras, mujeres de la década de 2010, pudiéramos gozar plenamente de nuestros derechos y nuestra libertad. Seguramente no entendieron nada, pero qué le vamos a hacer. Les hablé, como te habría hablado a ti si hubieras estado allí, de Simone de Beauvoir, de *El segundo sexo*, del «Manifiesto de las 343», que Duras, Sagan e incluso Deneuve habían firmado con valentía; de la Ley Veil sobre el aborto, de la Ley Neuwirth sobre la píldora, del derecho al voto, del divorcio por consentimiento mutuo, de la igualdad salarial entre hombres y mujeres por desempeñar un mismo trabajo y, por supuesto, de ese movimiento que es el «feminismo» y que en los años sesenta liberó a miles de mujeres del yugo del patriarcado al que estaban sometidas. La palabra «aborto» indignó a todas ellas. Empezaron a protestar, a decir que era *haram*, que las que lo hacían arderían en el infierno. Kamel dejó que se desahogasen y luego les preguntó:

—Y los del Dáesh, que matan a niños en los atentados, a adultos, a ancianos, ¿también irán al infierno?

—No es lo mismo —contestó la chica que llevaba un pañuelo de flores.

—¿Cuál es la diferencia? ¿Una vida no vale lo mismo que otra?

—Sí, pero...

—Pero ¿qué? Sabéis que el Corán nos impone un rito sacrificial para la carne a fin de que no matemos animales por crueldad, sino solo por necesidad, para alimentarnos, esa es la razón por la que comemos productos *halal*; entonces, ¿creéis que Dios, que tomó tantas precauciones por unos animales, aceptaría que exterminásemos a hombres, mujeres y niños?

Tú también comías alimentos *halal*.

Desde los catorce.

Lo habías decidido sola, y a tu padre, que se limitaba a no tomar carne de cerdo, le había llamado la atención. Él y yo pertenecemos a una generación a la que, cuando tenía vuestra edad, le importaba muy poco la religión. La

verdad es que, cuando llegó a Francia a principios de los ochenta, Samir se sentía más árabe que musulmán. Le habían concedido un visado de estudiante y asistía a clases de economía en la Universidad Dauphine, pero nadie lo habría imaginado de buenas a primeras. Cuando conocía a una chica, charlaba con un comerciante o se quedaba en ese hotel de la bahía de Somme que tanto le gustaba, y que me hizo descubrir el verano en que me quedé embarazada de ti, la gente no podía evitar pensar que era obrero de Renault o de la construcción y que vivía en uno de esos barrios de chabolas cuyo símbolo había sido Nanterre veinte años atrás. ¡Como si un inmigrante argelino tuviera que trabajar forzosa y necesariamente en una fábrica! Ese cliché lo sacaba de sus casillas, sobre todo porque hablaba un francés de doctorando y siempre se esforzaba por ir bien vestido. Por entonces aún no nos conocíamos, pero he visto algunas fotos. Le gustaba vestirse a la última moda, llevaba vaqueros oscuros y, al margen de la época del año, aquella chupa ligera muy entallada, con la mano amarilla de SOS Racismo prendida en el pecho. Había participado en la Marcha de los *beurs*, como se llamaba a los jóvenes franceses con ascendencia magrebí, la marcha por la igualdad. Solía hablarme de aquella como de una época dorada, la de las grandes esperanzas. Me habría gustado compartirla con él, pero nos conocimos más tarde. En julio de 1998. Entretanto, regresó a Argelia. Amaba a su país. Le habría gustado encontrar trabajo allí e incluso a una mujer para fundar una familia en la tierra que lo había visto nacer, pero los islamistas tenían otros planes. Reunidos bajo el nombre de Grupo Islámico Armado (GIA), cuyo lema era «Sangre, sangre, destrucción, destrucción. ¡Ni tregua, ni diálogo, ni reconciliación!», aquellos fanáticos de Alá querían derrocar al Gobierno de turno e instaurar la sharia. Todas las semanas cometían atropellos contra los civiles. En el país reinaba un clima de terror atroz. La noche del 22 al 23 de septiembre de 1997, alrededor de las siete de la tarde, entraron en el pueblo

de Bentalha, a quince kilómetros al sur de Argel. Volaron las puertas de las casas con bombonas de gas, luego ordenaron que les sirvieran de comer y a continuación mataron a la gente que los había acogido. Les cercenaron un brazo, un dedo, una pierna. Los desangraron por completo. Tranquilamente. Metódicamente. La tía de Samir vivía en aquel pueblo del «cinturón verde»<sup>[11]</sup> con su marido y sus dos hijos. Cuando los hallaron al día siguiente abrazados unos a otros sobre la alfombra de su salón, ninguno tenía cabeza. Tu abuela nunca se repuso de la impresión, se volvió completamente loca. Un mes después, tu padre la enterraba y pedía asilo en Francia. Jamás quiso contarte esa historia por temor a traumatizarte, pero ahora pienso que debería haberlo hecho.

Nos conocimos al verano siguiente.

Yo acababa de salir de la facultad, a él lo había contratado Michelin en Clermont-Ferrand. Siempre se mostraba muy alegre, como si fuera algo decidido por él, pero en ocasiones de repente se le ensombrecía la mirada, y entonces me daba la impresión de que no regresaría jamás del lugar donde había zozobrado, nunca volvería a emerger. Era el único signo del desastre que llevaba a cuestas, y quizá también de su odio por los clérigos, si se puede decir. Dios mío, ¡cuánto los detestaba! La cólera que despertaban en él era tremenda, y es posible que ese fuera el motivo por el que nunca deseó alardear de su religión. Para tu padre se trataba de un asunto privado. Un asunto entre él y Dios. En su vida cotidiana su única preocupación era la igualdad de derechos. Solo pedía una cosa: que lo trataran como a los demás, «como a cualquier francés». Y es extraño, porque me da la impresión de que tu generación exige todo lo contrario: fragmentada en tantas comunidades como tiene el país, no desea la igualdad, sino que reclama el derecho a la diferencia. Quiere comer productos *halal* o *kósher*, llevar velo, disfrutar de horarios especiales en la piscina y no duda en denunciar el racismo, contra el

cual tanto hemos luchado nosotros, si no se le conceden tales excepciones a la laicidad. Suele decirse que los niños se forman contra sus padres, que es algo sano y natural; sin embargo, tengo la sensación de que toda vuestra generación se ha formado contra esa palabra, la palabra «laicidad». Y no obstante, es la única garantía de la libertad de culto.

Recuerdo una anécdota muy reveladora al respecto, con un grupito de amigos tuyos del colegio. Debíais de estar en segundo de secundaria, yo os había acompañado a una excursión al Jardin des Plantes, y cuando llegó la hora del pícnic, todos en vuestro grupito, compuesto exclusivamente por musulmanes (me percaté en ese momento), os escandalizasteis porque os habían ofrecido un bocata de jamón y queso emmental. Incluso tú. Sí, lo recuerdo, montaste en cólera y fuisteis a hablar con la profe como un enjambre de abejas: «Eh, seño, eso no se hace, sabe de sobra que no comemos comida *haluf*. ¡No es respetuoso! ¡Está feo!». El resto de la clase os dio la razón. No eran musulmanes, pero añadieron a coro: «¡Sí, es verdad, seño! ¡Un poco de respeto!». Y me desconcertó veros tan seguros de vosotros mismos, tan desenvueltos. Pensé que en mis tiempos no habríais armado tanto revuelo; simplemente habríais quitado la loncha de jamón del bocadillo y os lo habríais comido con el emmental, como hacía tu padre, con discreción, sin imponer su práctica religiosa a los demás. ¿Acaso echo de menos aquella época? Está claro que ahora sí, pero el día de esa salida con el instituto no había cobrado conciencia de lo nefasta que podía resultar esa reivindicación comunitaria. Me sentía incluso impresionada, me parecíais osados para vuestra edad, no estabais dispuestos a dejaros pisotear.

Hoy lo veo de otra manera. Soy consciente de que la decisión de comer productos *halal* con trece años no tenía nada que ver con motivaciones

espirituales. Solo deseabas pertenecer «al grupo», sentarte en el comedor a la mesa de aquellos con quienes compartías orígenes, lo cual me resulta comprensible, y me digo que aún no estabas radicalizada, por supuesto que no, pero ya llevabas en ti ese deseo de formar parte de una familia. Tu padre y yo te habíamos inculcado valores como la amplitud de miras, la libertad de elección, la diversidad, pero no era suficiente. Tendríamos que haberte integrado en una historia, una tradición, decirte de dónde venías en realidad. No lo hicimos porque creímos que la libertad era lo único importante y que si te convertías en una mujer libre, aunque no tuvieras una vida exitosa, al menos sería la que habrías elegido. Eso nos parecía esencial, pero la libertad no es necesariamente una experiencia feliz. Puede ser sufrimiento, sinónimo de vacío, de vértigo, de soledad, y tengo la sensación de que justo luchaste contra todo eso. No querías seguir estando sola. Querías semejantes, congéneres. Al fin y al cabo, te habíamos prometido esa libertad al incluirla en nuestro lema republicano, pero como solo la encontrabas en los frontispicios de los edificios públicos, fueron los del Dáesh quienes, con su discurso perverso y falaz, te la sirvieron en bandeja de plata. Pero ¿cómo es que no fui capaz de verlo venir? ¿Por qué no entendí lo que estaba ocurriendo ante mis propias narices? Esas preguntas, a las cuales no hallo respuesta, me desquician.

—Yo lo que no entiendo —continuó Kamel, dirigiéndose a las chicas igual que si fuera un eco de mi propia voz— es cómo el Dáesh ha logrado convenceros de que para ser un buen musulmán hay que matar a gente. ¿Cómo han conseguido que os creáis algo semejante, cuando en el islam no hay nada más sagrado que la vida?

—Decían que había que purificar el mundo de sus *kafir* —explicó la chica



del pañuelo—. Decían que no había opción, que era el único medio de salvar a la humanidad, porque si no, sería su final, pero cuando el mundo se regenerase, el «verdadero islam» se profesaría en toda la superficie del planeta y viviríamos en paz, *bismillah*.

—¿Tú también lo creías? —le preguntó Kamel a Solenn.

La muchacha del *jilbab* asintió tímidamente con la cabeza. Kamel aguardó unos segundos. Esperaba que dijera algo más, pero ella era como un muro, una fortaleza. Con toda la delicadeza de que era capaz, a continuación le preguntó:

—¿Por qué has vuelto a ponerte el *jilbab*, Solenn? En el centro no lo llevas, ¿verdad?

Así que Solenn estaba en un centro de internamiento... ¿Sería el juez quien la había internado allí, sin dejar elección a sus padres, o los propios padres, al no haberse sentido con ánimos de volver a tenerla en casa después de que la detuvieran en la frontera turca? Era tan joven...

—¿Puedes decirme por qué vuelves a llevarlo? —insistió Kamel.

—Porque está escrito en el Corán —respondió la muchacha mordisqueándose las uñas—. En la azora 24, 30 se lee: «Di a las creyentes que cubran su seno con el velo». Y un poco más adelante: «¡Profeta! Di a tus esposas, a tus hijas, a las mujeres creyentes que se ciñan los mantos».

—Pero «manto» no significa «velo»... —le hizo observar Kamel. Dejó pasar varios segundos para que ella pudiera reaccionar. Solenn no acertó a responder y él prosiguió, dirigiéndose a todas las chicas—: Ante el texto siempre pueden adoptarse dos actitudes: la primera, consiste en tomarlo al pie de la letra, como una obligación absoluta. Es lo que hacen los salafistas, como su nombre indica, pues *salaf* significa «puro», lo cual no implica que ellos lo sean, sino que la lectura que preconizan del Corán se halla despojada de cualquier interpretación, como si siguiéramos en los tiempos de los

primeros musulmanes, es decir, en el siglo VII de nuestra era. Sin embargo, no me negaréis que algunas cosas han cambiado... La segunda actitud, la cual os convierte en seres dotados de inteligencia y agudeza, pretende en cambio reflexionar sobre esos versículos teniendo en cuenta las circunstancias en que se redactaron. Por tanto, debemos situarnos en el contexto de Medina en el siglo VII y tomar conciencia de lo conflictivas que eran las relaciones interconfesionales. En realidad, en aquella época el velo constituía un medio, no tanto para ocultar los encantos de las mujeres musulmanas, como para protegerlas de posibles ataques. Sí, es cierto, el Corán menciona el velo en varias ocasiones, pero a diferencia del ramadán o de las cinco oraciones diarias, no se trata de una obligación canónica. No está escrito en ningún lugar que las mujeres «deban» llevarlo. Y aun así, no es una particularidad musulmana. Ese complemento femenino se encuentra muy arraigado en la cultura mediterránea desde la más remota Antigüedad, así como en la tradición cristiana. Basta leer lo que decía de él san Pablo para comprobarlo... También debéis entender lo siguiente porque es importantísimo: a partir del siglo XIX, con la llegada de los países occidentales a la Tierra del Islam y las repercusiones de la colonización, el velo se convirtió en un símbolo más político que religioso. En numerosos países árabes se obligó a las mujeres a usarlo para manifestar oposición a los valores de Occidente; y a la inversa, en los países musulmanes considerados «modernistas», como la Turquía de Ataturk o el Túnez de Bourguiba, se celebraron grandes ceremonias públicas en que las mujeres se lo quitaban para que los gobiernos pudiesen mostrar al resto del mundo que habían acabado con cierta forma de arcaísmo. Bueno, resumiendo, lo que trato de deciros es que siempre se ha utilizado el cuerpo de la mujer con fines políticos. Y a día de hoy el proselitismo wahabita sigue haciéndolo al incitaros a cubriros de nuevo con el velo, como si vuestra salvación

dependiera de ello. ¡De eso! Un triste pedazo de tela... Si de verdad queréis respetar el Corán, seguid el ejemplo de la esposa del Profeta. Tened siempre presente que trabajaba. Era libre, independiente, una mujer muy fuerte. Ahora bien, los que pretenden que llevéis el *jilbab* o el burka no desean que seáis fuertes. Quieren someteros. Quieren borrar los contornos de vuestra identidad para negaros como individuos y que solo existáis como miembros del grupo. Es el principio del fascismo y no tiene nada que ver con la religión.

La muchacha asintió y empezaron a correrle lágrimas por las mejillas, si bien su semblante continuaba imperturbable, inexpresivo.

—Sí, lo entiendo —dijo entonces—, pero no sé cómo separarme de él. Para mí el velo es como un oso de peluche.

«¿Un peluche?». Al oírlo, ¡casi me da algo! Cuánto me había alegrado cuando te había visto tirar el tuyo. De hecho, me tranquilizó que con dieciséis años pudieses al fin deshacerte de él. Por entonces ignoraba que habías encontrado un sustituto en aquel velo negro, el cual haría añicos nuestra vida.

Bandol,  
26 de abril de 2014

Será la historia de un tipo que echa su vida por la borda. Una especie de escalada hacia lo peor, un descenso a los infiernos. El papel le va que ni pintado a Marin. Lo interpretará de maravilla, estoy segura. Ya me he puesto a escribir y he avanzado bastante. En cualquier caso, tengo toda la historia en la cabeza: empieza el día en que el personaje sale de su casa. No tiene nada. Ni familia ni dinero ni título académico, así que se inventa una vida para entablar relación con la gente a la que va conociendo, y cuanto más miente, más consciente es de su poder de seducción. Es un fabulador genial, no tarda en hacerse amigo de las personas más importantes y consigue papeles en varias películas, hasta que lo desenmascaran; termina en chirona por estafa, pobre y solo, igual que cuando salió de Niort —¡creo que Niort suena bien!

La idea se me ocurrió la primera noche en Bandol, mientras Johanna, su madre y yo veíamos un reportaje sobre Christophe Rocancourt, un francés que se fue a Los Ángeles en busca de fortuna y en un par de semanas se hizo amigo íntimo de la flor y nata de Hollywood, pero al final resultó ser un embaucador de primera. ¿Cómo se las arregló para timar a todo el mundo de esa manera? ¡Las tres alucinábamos delante de la tele! Hasta la madre de

Johanna estaba impresionada con ese genio del encubrimiento. Al parecer, Rocancourt ha publicado una autobiografía cuyos derechos de adaptación se han vendido por un millón de euros; le diré a Marin que me la pida en la librería. Qué raro, hoy no he sabido nada de él. Le mandé un mensaje esta mañana y otro esta tarde, pero no me ha contestado. Ayer apenas hablamos; lo oí un momento, cuando él estaba saliendo del metro, llegaba tarde a su cursillo de teatro, luego se quedó sin cobertura y no paraba de saltarme el buzón de voz. Ahora que lo pienso, me pareció frío...

—¡Pues con más razón para que no te cortes! —me dijo Johanna cuando regresábamos de la playa esta tarde.

A Johanna le gustaría que saliese con Lucas. Está hasta el gorro de que tanto Lucas como yo vayamos de carabinas mientras ella y Benjamin se besan. Conocimos a Lucas y a Benjamin cuando fuimos a la farmacia el primer día. Son primos. Uno es de Rennes, el otro de París (aunque no sé cuál de los dos, ya veis lo mucho que me interesa...), y están solos en Sanary, en una casa que pertenece a sus abuelos. Ayer por la tarde fuimos, nos llevaron en sus motos. ¡Si se entera la madre de Johanna, nos mata! Era una finca bonita, había un jardín enorme con piscina, por desgracia sucia y un pelín fría, así que Lucas y yo estuvimos jugando al ping-pong mientras Johanna y Benjamin se dedicaban a lo suyo en una habitación. Al final era un poco incómodo. Si Jo quiere volver mañana, que vaya sola. Aprovecharé para escribir. Me gustaría tener listas algunas páginas para leérselas a Marin cuando volvamos.

Por lo demás, mamá me ha llamado antes.

Me ha dicho que había ido a Les Vraies Richesses, y también al laboratorio fotográfico para recoger mi ampliación. A lo mejor ha visto a Marin, quién sabe. No me he atrevido a preguntárselo. Suelo contárselo todo, pero en lo que respecta a este tema, prefiero ser discreta. La conozco bien, no podrá

evitar ir con el chisme a mi padre y mi padre dirá: «¿Qué, el hijo de la librería? ¿El flacucho ese que ha dejado los estudios? Bah, no es para ti, hija mía, ¡pasa de él!». Al parecer, esta semana mi padre está echándole una mano a su amigo Jean-Pierre, que acaba de abrir un bistró cerca de Bastilla. Mi padre de camarero en un restaurante, qué raro me resulta. No sé por qué, pero no acabo de imaginármelo... Mi madre dice que a él le gusta, que así se entretiene mientras trata de conseguir un trabajo mejor. De todas formas, es verdad que se iba a volver majara si seguía todo el día encerrado en casa, pero aun así me gustaría que encontrase pronto algo a la altura de su cualificación. Tenía el perfil ideal y experiencia de sobra para todas las ofertas a las que respondió, no entiendo por qué no lo cogieron. Mi madre dice que es por la edad, que con cincuenta y cinco años es normal, uno no encuentra trabajo con la misma facilidad que a los treinta. Me parece injusto. ¿Por qué? Con cincuenta y cinco años todavía estás vivito y coleando. ¡Sobre todo mi padre! Siempre anda metido en algo. En casa lo apodamos «el Hiperactivo». En fin, a ver qué sucede. De todas maneras la estancia en Bandol ha pasado en un abrir y cerrar de ojos. Dentro de dos días estaremos de vuelta en París. Me muero de ganas. A Johanna, en cambio, le gustaría quedarse un poco más: sabe que los rollos de verano siempre acaban con el final de las vacaciones. Está llamándome. Seguro que la cena está lista, me llega el olorillo de la lasaña que su madre nos ha preparado. ¡Menuda cocinera es! Tengo que aprovechar, dentro de dos días estaré en casa.

Juvisy,  
1 de mayo de 2015

Día sin muguete.

Antes siempre me regalaban dos ramilletes.

Uno tú y otro tu padre. Ahora soy yo quien debería llevarle uno, pero no tengo ánimos.

Kamel me ha llamado esta mañana para decirme que *Le Nouvel Observateur* ha publicado un extenso artículo sobre Sylvia y Jérémie. Además, le dedican un encarte a nuestras reuniones así como al dispositivo de prevención «Stop yihadismo», puesto en marcha el Ministerio del Interior. En él, Kamel explica cuál es el cometido de este y facilita las últimas cifras, que son, cuando menos, alarmantes: 200 salidas solo en abril; el 40 por ciento son chicas, y el 60, chicos, todos de edades comprendidas entre los catorce y los veintisiete años, y hay casi tantos conversos como musulmanes. Pero es bueno que los periodistas nos den la palabra: a fuerza de realizar declaraciones, tal vez consigamos concienciar a algunos. Kamel me ha dicho que mañana irá al programa de Ruth Elkrief, en BFM TV, a hablar del permiso para salida de menores al extranjero. Quiere que yo también hable en los medios de comunicación, junto con otros padres. Dice que debemos darle al asunto la mayor repercusión posible antes del verano. Salen jóvenes del país a diario. Es una auténtica hemorragia. Somos conscientes de que no

obtendremos nada de aquí a las vacaciones, pero Kamel cree que con un poco de suerte las cosas podrían moverse cuando se reanude la temporada parlamentaria. En estos momentos, está reuniéndose con numerosos diputados, moviendo cielo y tierra para incitarlos a presentar una enmienda que restablezca la prohibición de salir del territorio a los menores sin el consentimiento expreso de los padres. Su energía me impresiona tanto como me conmueve. Le dije que estaba de acuerdo en ir a la radio, pero no a la tele. No quiero que me vean. No había pasado ni media hora cuando volvió a llamarme: ya lo habían invitado en dos radios, la semana que viene: en France Inter y Europe 1.

Pero eso no es hasta la próxima semana.

Y mientras tanto, ¿qué hago?

Voy de un lado para otro.

Me pregunto dónde estás.

Dónde vives.

Con quién.

A menudo te busco en internet, ¿sabes? Tecleo «Éléa Kidir» en el buscador. «Um Sumeya», «jóvenes reclutadas», «chica Juvisy Dáesh», depende del día.

En la época en que todavía estabas en casa, cuando me aburría, me metía en la página de La Redoute. Ahora casi no consulto más que la de Mappy. Me dirás que así ahorro. Localizo Siria, luego hago zoom al máximo e igual que un buitre, sobrevuelo la zona. Entonces descubro ciudades como Raqa, Palmira o Mosul, trazadas en cuadrícula, a la estadounidense, con los mismos edificios, las mismas calles perfectamente alineadas que, vistas desde el cielo, parecen tan tranquilas, tan normales... ¿Por qué no podría ir allí? Cuando ves las imágenes de propaganda del Dáesh, con esos rabiosos combatientes de pie



en su vehículo, todos vestidos de negro, armados hasta los dientes, imaginas el territorio donde reinan como un universo ocre y polvoriento, machacado por el calor, igual que las pistas por las que circulan a tumba abierta, con el pelo ondeando al viento mientras gritan «*Allah akbar!*». Pero no. También hay ciudades donde la gente vive, come, duerme, va a la compra, y tú formas parte de ello.

Sara, una de las pocas chicas que consiguió regresar del infierno islámico de milagro, nos contó cómo es vuestra vida cotidiana allí. Nos habló de la pesadilla de los *maqqars*, esas casas para mujeres donde os hacían como si fuerais ganado, a veces a cincuenta, sesenta, ochenta chicas, en unas condiciones de higiene espantosas, y de las cuales no podéis salir a no ser que os caséis. Os casáis enseguida. Sara contrajo matrimonio con un combatiente francés, un chico de Montpellier de solo diecinueve años que murió en combate dos días después de su unión. Ella tuvo que regresar al *maqqar*. Volvió a llorar al contárnoslo. El recuerdo de la guardiana se le hacía insoportable, peor aún que el de aquel desconocido que un día se había convertido en su esposo y le había arrebatado la virginidad. Al escucharla me vinieron a la mente los relatos de las deportadas en los campos de concentración nazis. Casi todas las que estuvieron recluidas en Dachau, Auschwitz, Treblinka, Mauthausen, etcétera, y que relataron su experiencia, cuentan con una anécdota acerca de una horrible guardiana de *lager*, así que me dije que el Dáesh podía basarse en el islam para conquistar el mundo, pero en el fondo no tenía nada que envidiar a los métodos hitlerianos: su islamismo es un totalitarismo como otro cualquiera.

«Sí, aquella mujer era un monstruo», nos contó Sara. «Nos pegaba para que nos laváramos más deprisa, para que nos calláramos, para que durmiéramos; no paraba de inventar nuevas reglas, y si no le gustaba tu cara, te denunciaba al emir. Por lo general, lo hacía con las más débiles, las que lloraban por las noches. Así que al alba, cuando el emir venía de visita, este pedía a la chica en cuestión que saliera al patio e inmediatamente después oíamos el silbido de una bala: sabíamos que la muchacha había caído de bruces contra el suelo, con un agujero en la nuca.»

¿Estás entre las más débiles?

¿Tú también has estado en el *maqqa*?

¿Te has casado?

Trato de imaginar ese momento, que, de haberse producido, no habrá sido más que una siniestra formalidad. Probablemente estarías escondida bajo un velo integral de negro y él llevaría un kaláshnikov en bandolera. El horror absoluto. Aun así, no logro verte distinta de como te imaginabas a ti misma de pequeña cuando hablabas de ese acontecimiento futuro: con un immaculado vestido de princesa, un velo de tul sobre el rostro y joyas con motivos florales en el pelo, rodeada de tus seres queridos para compartir tu dicha. ¿Lo viviremos algún día? Tu padre solía decir que eras romántica, «demasiado romántica». Llevaba razón, y sin duda yo también lo soy, por la forma en que me aferro a imágenes como esa... Siento que hayas heredado ese rasgo de mí. Eras demasiado soñadora, demasiado idealista. Me hubiera gustado que fueras más prosaica. Te habrían afectado menos las pequeñas decepciones de la vida, y la palabrería de esos fanáticos de Alá no habría resonado con tanta fuerza en ti. Pese a todo, me pregunto qué pudieron decirte o prometerte que resultara tan reconfortante y que tu vida aquí no

podiera ofrecerte. Kamel dice: «Otro modelo de sociedad. Una existencia supuestamente espiritual, alejada del materialismo excesivo que nos gobierna a la vez que nos frustra. También la ilusión de mayor justicia para los desfavorecidos, los débiles, los marginados, más sinceridad y pureza en las relaciones». Pero nuestras relaciones eran buenas, ¿no? Tengo la impresión de que a muchos les gustaría oír que eras una adolescente problemática, que nos llevábamos a matar, que estábamos enfrentados y nuestra relación se había roto, como si eso pudiera tranquilizarlos con respecto a sus felices y satisfechos hijos, de los que creían, como yo misma creía, saberlo todo. Pues no es así, lo siento. No eras una adolescente problemática. Sacabas buenas notas, ibas a danza, te encantaba escribir, tenías una mejor amiga maravillosa, muchos amigos y el sueño algo descabellado de cruzar África en coche. No creo que supieras exactamente lo que querías hacer, pero te atraía la idea de ser reportera, pues aunaba tus dos pasiones: escribir y viajar. No, no tenías ningún problema, mi querida Élée. Ni siquiera fumabas cigarrillos ni bebías alcohol. Tu padre y yo éramos afortunados. Teníamos plena conciencia de ello y a diario dábamos gracias al cielo. ¿Puede hoy el cielo decirme qué pasó? ¿Acaso alguien en esta tierra puede explicarme el drama o simplemente ese palo en la rueda que hizo que cambiases radicalmente? Ojalá alguien pudiera...

Juvisy,  
11 de mayo de 2014

Lo mío con Marin se ha acabado.

Pero no estoy triste.

Me importa un bledo.

Teniendo en cuenta la manera como se comportó, diría incluso que me alegro de que no me haya engañado durante más tiempo. Y sobre todo de no haberme acostado con él: habría sido el primero y me habría acordado toda la vida, ¡socorro!

Volví de Bandol, pero solo lo vi una semana después. Cada vez que lo llamaba por teléfono estaba ocupado; siempre tenía otra cosa que hacer —esa otra cosa era actriz, se llamaba Jessica y usaba la talla 95 C de sujetador, de lo cual me enteré luego—, aun así, seguía enviándome un mensajito por aquí y otro por allá para decirme que pensaba en mí. El lunes siguiente me harté. Mi madre estaba en la oficina y mi padre en el restaurante de su amigo, así que le dije que viniera a casa. Sabía de sobra que a casa sí vendría. Nos metimos en mi cuarto. Como era de esperar, enseguida vio la ampliación de la foto del cumpleaños sobre la cabecera de mi cama y con un tono que pretendía ser gracioso, dijo:

—¿Tanto me quieres ya? Pobrecilla, vas a sufrir.

Me eché a reír, ¿qué otra cosa podía hacer?

Entonces se acercó y empezó a desabrocharme la blusa, luego la retiró para observarme los pechos; yo tenía la impresión de que estaba juzgándolos. Todavía no me había besado. A continuación soltó el corchete del sujetador, que vi caer a mis pies, y me indicó que me quitara el resto. Él aún llevaba la cazadora.

—¡Vamos, quítatelo! —repitió.

Se había tumbado en la cama. Me miraba. Y esperaba. Pero yo me sentía incapaz de hacer el más mínimo gesto. Resultaba demasiado humillante actuar como me pedía, eso habría equivalido a obedecerlo.

—Bah... Eres una auténtica cría —dijo al cabo de un rato.

Entonces noté que los ojos se me llenaban de lágrimas y, en un acceso de rabia, me desnudé por completo.

—¡Ya está! ¿Contento? —Y me tendí a su lado, no porque tuviera ganas, sino para acortar la distancia que le permitía evaluarme.

—¿Ves como cuando quieres...? —dijo y me acarició amablemente, un par de minutos, antes de preguntarme si lo había hecho alguna vez.

—¿Por qué? —contesté.

—¡Porque verte tan torpe me hace dudar!

Me entraron ganas de mandarlo a la porra, y debería haberlo hecho, pero volvieron a saltárseme las lágrimas y luchaba con todas mis fuerzas por tragármelas.

—No, en serio. —Se puso pesado—. No me digas que eres virgen y que vas a sangrar. No soporto la sangre, le tengo fobia. ¿De verdad que sigues siéndolo? ¿Con dieciséis años? Joder, pero ¿en qué mundo vives?

En ese momento oímos las llaves en la cerradura y, acto seguido, la voz de mi padre, que preguntaba:

—Éléa, cariño, ¿estás ahí?

—¡Sí! —contesté saltando de la cama y me vestí a toda velocidad; menos mal que Marin no se había quitado la cazadora. Me apresuré a coger la libreta Moleskine, arranqué la decena de páginas que había escrito para aquel cerdo, me planté en el salón y le dije a mi padre—: Hola. Este es Marin, un compañero. Ha venido a recoger un texto para sus clases de teatro. Ya se iba.

—¿Ya?

—Sí, ya.

Y sin darles siquiera tiempo a que intercambiasen un «Buenos días», acompañé a aquel imbécil a la puerta y luego volví a mi habitación. No podía soportar la mirada de mi padre. Me subía por las paredes. Poco después, llamó a mi puerta y se sentó en el borde de mi cama. Vi que su mirada se demoró medio segundo en la foto de mi cumpleaños. Había reconocido a Marin, pero no hizo comentarios. Solo me dijo:

—Acabo de hablar con tu madre. Tiene trabajo atrasado en la oficina, dice que no la esperamos a cenar. ¿Te apetece que salgamos a tomar algo?

Debí de hacer una mueca poco convincente, porque el payaso de mi padre fingió aflicción:

—¡¿Cómo?! ¿Que mi hija no quiere que la lleve a cenar por ahí? ¡Mi hija, a la que tanto quiero! Pero ¿por qué?, ¿por qué a Éléa no le apetece ir a un restaurante con su padre que tanto la quiere?

El muy tonto se puso de rodillas, con las manos unidas igual que si fuera un caballero suplicando bajo la ventana de una princesa, pero yo no estaba de humor para bromas y le dije:

—Papá, por favor... Para.

—¿Qué? No me digas que estás triste por culpa del hijo de la librera. Ese flacucho que ha dejado los estudios, bah, no es para ti, hija, ¡pasa de él!

Me dio la risa, qué bien conocía a mi padre...

—Hala —prosiguió—, abróchate bien la blusa, que la llevas toda torcida, y vámonos. Me muero de hambre.

Esa noche me sentí como si volviera a tener cinco años y mi padre me consolara igual que cuando me caía de la bici y me rasguñaba las rodillas. Con él todo se me pasaba, y es cierto que después de la cena, mientras paseábamos por los Campos Elíseos, a donde se había empeñado en llevarme, ya no me sentía tan triste. Hacía una noche agradable, mi padre y yo caminábamos por la avenida más hermosa del mundo y, delante de nosotros, la Gran Noria iluminaba el cielo nocturno de un azul fosforescente. ¿Qué podía hacer Marin, con quien solo había salido una semana antes de irme a Bandol, contra todo aquello?

Llegamos a la plaza de la Concordia y recorrimos los muelles hasta Notre Dame. La gente hacía cola delante de la catedral, donde había una proyección nocturna.

Mi padre alzó la cabeza y se mostró fascinado ante lo que los hombres eran capaces de construir gracias a su fe.

—¿Subimos? —preguntó.

¿Había oído bien? Le había pedido miles de veces que subiéramos a lo alto de la torre Eiffel o de la torre Montparnasse, pero siempre respondía que no: mi padre padecía vértigo, no soportaba estar a más de tres metros del suelo. Sin embargo, esa noche allí estábamos, a unos noventa metros, en el último balcón de la torre sur, y recuerdo que, rodeada de las gárgolas, que tanto me hacían pensar en la novela de Víctor Hugo, ante el espectáculo de ensueño que me ofrecía París, me juré que jamás volvería a perder el tiempo con gente que no valía la pena. Tenía demasiadas cosas por hacer, por vivir, por descubrir... Por lo pronto debía llamar a la autoescuela para empezar las

clases teóricas y las prácticas (cosa que no había hecho aún) y luego encontrar un trabajo de verano. Mi madre me preguntaba todos los días cómo iba la búsqueda. Ahora podría dedicar todo mi tiempo a ello.



Clínica de L'Abbaye,  
19 de octubre de 2014

Hoy nos han dado pasta. Fría y sosa, asquerosa. No he tocado el plato. La enfermera estaba disgustada y Laurence también; mi mujer se ha sentido obligada a ir a la panadería para comprarme unos bollos. Fue muy amable por su parte, pero habría preferido que volviera a la DGSI. No ha querido. Ha dicho que no se podía ir así, sin más ni más, y que, de todos modos, no servía de nada, que si tenían noticias, nos llamarían. Sí, ya... Pero ¿acaso intentan tenerlas? A mí lo que me gustaría es ver a Hollande. Me gustaría que nos recibieran en el Elíseo, de hecho, ya he empezado a escribirle con ese propósito. Él también es padre, se pondrá en nuestro lugar. Comprenderá la pesadilla que estamos viviendo y enviará a nuestras tropas a buscar a Éléa.

—Pero, Samir —ha señalado Laurence con expresión desolada—, Éléa no quiere volver...

Era cierto, nuestra hija nos lo había dicho expresamente por teléfono desde Siria, pero no me apetecía oírlo, así que le he pedido a mi mujer que me dejara, que saliera de la habitación. Laurence se ha quedado sin habla. Jamás la había tratado con tanta dureza, y a pesar de que deseaba disculparme con ella y rogarle que se tumbara a mi lado, algo en mi interior me lo impedía. Los medicamentos, seguro. Me da la impresión de que a medida que transcurren los días, me cuesta más sentir. Me he convertido en espectador de

mi propio drama. Paso la jornada observándome a mí mismo. Me veo volverme loco, experimentar dolor, miedo, no ser más que rabia, pero ha llegado un punto en que la rabia y el miedo y el dolor y la locura no me afectan. Me refiero a que no me afectan físicamente. Como si estuviera anestesiado. Salvo cuando sueño. Sí, cuando sueño es distinto... Como si la vida volviese milagrosamente a mí. Y al principio vuelve hermosa, siempre muy hermosa, magnífica, con esas casas blancas como la tiza, ese cielo azul, ese mar en calma, que contemplo desde los caminos de la parte alta de la ciudad, rodeado de cipreses, lentiscos y olivos. Un poco más allá también se encuentran los famosos eucaliptos de Télemly, entre los cuales me gusta perderme de vez en cuando. Su fragancia me llena de alegría. Pero pronto oigo el canto del almuédano y debo regresar a casa, deprisa, deprisa, mamá está esperándome, entonces vuelvo a ser ese niño con pantalones cortos, libre y feliz como el aire de Argel, que baja corriendo por las calles hasta el puerto, saboreando a su paso uno de los pastelillos relucientes de aceite y miel de los vendedores ambulantes. Luego llego a casa. Ha oscurecido de golpe, no sé por qué, y la fachada es la de Juvisy. El canto del almuédano ha cesado. En su lugar, hay un silencio aplastante, mortífero. Entro en el edificio con el miedo metido en el cuerpo. Subo la escalera hasta nuestra planta. Laurence está en el rellano. Me pregunto qué hace aquí, en Argel, por qué llora. Me hace señas con la mano para que no me acerque, pero no le hago caso. Quiero saber, y entonces descubro horrorizado a mi tía y a sus dos hijos decapitados en el centro de nuestro salón. A su lado, sobre la alfombra, yacen agrupadas las tres cabezas cual enormes canicas. No puedo por menos de mirarlas: todas tienen el rostro de Élía.

Cuando desperté de la pesadilla ayer por la mañana, tuvieron que ponerme un gotero. Temblaba demasiado, temían las convulsiones. Me sentó bien. Me ralentizó el corazón y me embotó el cerebro; el problema es que ahora me

cuesta continuar con la carta que empecé a escribirle a François Hollande. Mi mano ya no es tan ágil como antes, por lo que me sale una caligrafía torcida, pero lo peor es que me hago un lío con las fechas. Ya no sé, por ejemplo, si vinieron a buscar a Élía la noche del 22 o del 27 de septiembre de 1997. Qué fastidio. Aunque en el fondo, ¿qué más da? Lo que François Hollande debe saber no es el día, sino lo que hicieron. De modo que voy a terminar esta carta. Cueste lo que cueste. Luego le pediré a una de las amables enfermeras que se la lleve en persona al palacio de El Muradia.<sup>[12]</sup> Estoy convencido de que me contestará.

Juvisy,  
17 de mayo de 2015

Ayer Kamel me anunció que nos recibirían en el Elíseo el 3 de junio. Pensé en tu padre y me deshice en lágrimas. Por supuesto, Kamel no comprendió por qué. Me gustaría explicártelo a ti, contártelo todo desde el principio, minuto tras minuto, y probablemente algún día lo consiga, sí, algún día, espero, podré expresar mediante palabras cuanto ha sucedido desde que te fuiste, pero ahora mismo no soy capaz de ello y me gustaría que me disculpases.

Así pues, iremos al Elíseo el 3 de junio.

En principio nos acompañarán Latifa Ben Ziaten, la madre de Imad, el primer militar que asesinó Mohamed Merah en Toulouse el 11 de marzo de 2012, y Samuel Sandler, a quien «el asesino de la moto» le arrebató a su hijo Jonathan y a sus dos nietos, Gabriel y Arieh. En el entierro de estos en Jerusalén, en el Monte del Descanso, este superviviente de la Shoah pronunció unas palabras que nos dejaron la moral por los suelos: «Jamás habría creído que volverían a asesinar a niños judíos en Francia».

¿Lo recuerdas?

Aún me parece verte sentada en el salón con las piernas cruzadas,

horrorizada ante lo que oías, incapaz de apartar la vista de las noticias. La octava víctima de aquel fundamentalista islámico se llamaba Myriam Monsonego. Tenía ocho años, cara de ángel rubio y ojos azules. Ese martes 19 de marzo de 2012, poco después de que las puertas se abrieran para recibir a los niños, estaba jugando a la entrada de su colegio<sup>[13]</sup> (era la hija del director), cuando apareció Merah, la agarró del pelo y le descerrajó un tiro en la cabeza. «Una niña de ocho años», repetiste con los ojos arrasados en lágrimas delante del televisor, «¿cómo puede alguien hacerle eso a una niña de ocho años?» ¿Sigues pensándolo o, al igual que ese monstruo de Merah, solo ves en ella a una «judía» a la que matar? Prefiero no saberlo y pensar en cambio en el magnífico trabajo que Latifa Ben Ziaten realiza para fomentar el acercamiento entre las comunidades. Al día siguiente de la muerte de su hijo, fundó la asociación Imad para la Paz y la Juventud. Me encanta la idea de conocer a esa mujer. Admiro su dignidad, su dedicación, que visite sin descanso colegios y prisiones para hablar a aquellos a quienes el Dáesh trata de engatusar. Dice: «Me gustaría salvar a los causantes de mi sufrimiento». Me parece extraordinario. A mí también me gustaría salvarlos a todos.

Me esfuerzo en hacerlo lo mejor que puedo. Para empezar, cuando doy entrevistas. Después de que interviniera en RTL y Europe 1 se han multiplicado las solicitudes de los periodistas, y alentada por Kamel, me he prestado al juego para seguir haciendo avanzar las cosas en el plano político. Pero todo esto me estresa una barbaridad, porque sé que la guerra que llevamos a cabo contra el Estado Islámico se libra tanto en la red como sobre el terreno, y que a los fanáticos de Alá no les cuesta nada dar con los podcasts de los programas y que no tendrán reparos en servirse de ellos para su abyecta propaganda. Temo sobre todo por ti; me aterra la idea de que puedan

identificarme y hacértelo pagar, pero debo armarme de valor, sobre todo después de lo que me ocurrió ayer. Si supieras a quién conocí... Estaba en los pasillos de Radio France esperando a que me recibiera Fabienne Sintès, a la que escuchábamos todas las mañanas en el coche —¿lo recuerdas?—, cuando llegó la otra invitada, con guardaespaldas y uniforme de combate, y me explicó que esta acababa de crear un batallón de ciento veintitrés mujeres de entre diecisiete y treinta años para luchar contra los soldados del Daesh en la frontera kurda. Se llama Xate Shingali. En su vida anterior era una cantante yazidí muy famosa. Con la llegada de los islamistas, habría podido tomar el camino del exilio, era conocida, tenía amigos influyentes; pero no, esa chica prefirió resistir, y una mañana, harta de ver cómo masacraban a su pueblo,<sup>[14]</sup> decidió convertirse en líder de guerrilla. El presidente kurdo Masud Barzani le dio luz verde y ella montó ese batallón formado en exclusiva por mujeres, que bautizó con el nombre de Sun Girls, porque las yazidíes creen en la protección del sol. Actualmente esas mujeres extraordinarias luchan codo a codo con los peshmergas kurdos en Irak. En antena, Xate explicó que a los islamistas les aterrorizaban las mujeres armadas, porque si estas los matan, se quedan con un palmo de narices, esto es, sin las setenta y dos vírgenes que teóricamente los esperan a su llegada al paraíso. Xate reía cuando lo contaba. Se mofaba de ellos, y esa capacidad para ridiculizarlos, cuando el mundo entero tiembla a sus pies, hizo que aún me pareciera más admirable.

Seguimos hablando un rato después del programa. Xate solo estaba de paso en Europa. Había venido unos días para alertar a la opinión pública acerca de lo que ocurría sobre el terreno, y a pesar de mi edad y de mi inexperiencia total en el manejo de las armas, solo deseaba irme con ella. A final, tal vez esa fuese la única solución: luchar físicamente. O al menos, ir a buscarle. Le

pregunté si era difícil cruzar la frontera turco-siria, si para ello había que sobornar a los agentes de aduanas o pagar a un guía clandestino, como había leído en varios artículos. Incluso había visto imágenes en internet del puesto fronterizo de Gaziantep, donde las personas aguardaban horas tras las alambradas de espino, bajo un calor asfixiante, hasta que de buenas a primeras, sin motivo aparente, se levantaban las barreras y se las veía correr como si fueran un solo hombre para aventurarse por el foso que separaba los dos países. Xate me confirmó que las cosas funcionaban así, que había que atravesar un enorme barranco de tierra pedregosa, la gente se precipitaba por él y se hacía daño constantemente, sobre todo las mujeres, a quienes el *jilbab* y los niños que llevaban en brazos no se lo ponían fácil.

—Pero ¡no se le ocurra ir! —añadió—. Es una auténtica locura. Si pasa al otro lado nunca podrá volver a salir.

Xate Shingali me deseó buena suerte abrazándome con fuerza; luego me tomó la mano y me garabateó su número de teléfono en la palma.

Podía llamarla cuando quisiera.

Juvisy,  
22 de mayo de 2014

Ya está, por fin llamé a la autoescuela y hoy he hecho mi primera práctica. ¡Qué pesadilla! Creía que manejar un volante me provocaría una felicidad infinita, pero el coche no paraba de calármeme. Al final casi me he echado a llorar. El profesor era simpático, trató por todos los medios de reconfortarme prometiéndome que pronto me acostumbraría a ese doble gesto tan poco natural que consiste en levantar despacito el pie del embrague al tiempo que aceleras, pero por ahora me parece una montaña. Cuando la práctica ha terminado, el profesor me ha dejado delante del McDonald's, donde había quedado con Johanna. Hemos comido con Clothilde, Cécile, Ben y Mathias, luego ellos han ido a Belle Épine a dar una vuelta y nosotras, como alumnas aplicadas que somos, a la biblioteca. Se han pasado la tarde mandándonos vídeos por Snapchat para que nos reuniéramos con ellos, pero teníamos que hacer nuestro currículum para este verano y no nos hemos dejado convencer. Creo que ha valido la pena. «Has hecho un trabajo magnífico, muy profesional», me ha dicho mi padre. Con tantos como ha enviado estas últimas semanas, el pobre sabe de qué habla. A Johanna le gustaría encontrar un trabajo en el mundo de la moda. Siempre ha querido ser diseñadora, y su prima, que conoce mucho a Vanessa Bruno, le ha prometido que le pasará su currículum. A lo mejor la contratan en una tienda de la marca, quién sabe,



siempre necesitan personal extra en las rebajas; o incluso, por qué no, en el departamento de diseño. ¡De sueños también se vive!

A mí me encantaría encontrar algo en un periódico o una radio, o incluso en una organización humanitaria, como lo que hice en la Cruz Roja durante las prácticas de tercero de secundaria. Pasé una semana con personas que padecían alguna discapacidad: debíamos hablar con ellas, estimularlas intelectualmente; para ello teníamos un juego, el *Estimúlate*. Algunas estaban muy mal desde un punto de vista físico y era duro hacer frente a su discapacidad, pero la experiencia me gustó. Por una vez, me sentí útil.

Antes he encontrado en internet la dirección de una decena de organizaciones que ofrecen voluntariados para jóvenes de menos de dieciocho años, algunas se realizan incluso en el extranjero. Sería genial si pudiera irme... También he hecho una lista con las redacciones de prensa escrita, radio y televisión para mandarles mi currículum, y he publicado un post en Facebook y he pedido a mis amigos que lo «compartan» todo lo que puedan. El número de respuestas que he recibido hasta ahora, en apenas dos horas, es alucinante. Entre ellas, un «amigo de un amigo» me ha enviado el enlace de una asociación que tiene una pinta estupenda y muy profesional. Por suerte, él estaba en línea cuando me conecté y hemos podido chatear un rato. Se fue con ellos el año pasado dentro de un programa educativo a una escuela de Malí. Me ha dicho que la experiencia lo ha cambiado para el resto de su vida. Ahora quiere irse a Siria. Me ha mandado un vídeo sobre lo que está pasando allí en estos momentos, de cómo Bachar el Asad gasea a la población civil ante los ojos del mundo entero. Las imágenes son tremendas. Y lo peor es

que me ha dicho que todo el mundo las ha visto, pero que los gobiernos occidentales permitían que sucediera. Es espantoso. Le he preguntado si tenía más que enseñarme. Muy amable, me ha mandado una serie de enlaces, pero luego tenía que irse y se ha desconectado. Me gusta el nombre que usa en su perfil. Se llama Deseo de Paz y en su foto aparece una manada de animales salvajes vista desde el cielo, en la sabana; es impresionante. Dan ganas de estar allí. Mañana llamaré a la asociación de la que me ha dado los datos. A lo mejor tienen algo para mí, quién sabe...

Si no, mamá me ha dicho que siempre tendría la posibilidad de trabajar en Les Vraies Richesses. Ayer, cuando fue a la librería, le preguntó a la madre de Marin si por casualidad no estaba buscando alguien para que la ayudara este verano, y ella le contestó que me contrataría encantada. Ja, ja, ja, menuda broma. Me extraña que mamá, a quien no se le escapa una, no se haya dado cuenta de lo mío con Marin. Ese pedazo de inútil ha vuelto a mandarme dos mensajes esta semana. En el primero me anunciaba que lo habían aceptado en la escuela de teatro para el nuevo curso y me pedía que por favor terminara lo que había empezado a escribir para él, porque le parecía, cito, que «no estaba nada mal». ¡Será capullo! ¿Acaso esperaba que le contestara? ¡Antes me quemo las manos! Pero mi silencio debió de ponerlo de los nervios porque hace un rato me ha llegado una foto de él y su nueva novia besándose, con este mensaje: «Te presento a Jessica. Ella al menos sabe tratar a un hombre».

—¡El muy desgraciado, no me lo puedo creer! —reaccionó Johanna, a la que le reenvió la foto y el mensaje de inmediato—. No será porque no te había avisado —añadió—. Ese tío llevaba escrito en la frente que era un

cabrón. Hala, a ti te importa un bledo, ¡bórralo todo! Una puerta se cierra y otra se abre.

Johanna tiene razón, me lo advirtió desde la primera noche. Me dijo que la cosa terminaría mal, y el día en que Marin vino a casa y en efecto la cosa terminó muy mal, yo estaba muy enfadada con él. Pero ahora lo estoy conmigo misma. ¿Cómo pude fijarme en un tipo que me respetaba tan poco?

Clínica de L'Abbaye,  
20 de octubre de 2014

Señor presidente François Buteflika:

Le escribo desde Francia, donde, gracias a Dios, estoy a salvo, si bien encerrado en un sitio que debo mantener en secreto y del que no me está permitido salir ni de día ni de noche, ¿qué clase de vida es esta? Mi mujer, Laurence, se ha quedado en Argel. Esta mañana he recibido una llamada suya. Estaba llorando, señor Hollande. Me ha informado de que los hombres del GIA habían ido a nuestra casa, en el barrio de Juvisy, donde residimos, detrás de la Casba, y se habían llevado a nuestra hija Éléa. ¿Adónde? Al igual que imploro a Alá, me pongo a sus pies, señor presidente, para pedirle que envíe sus tropas a Raqa, donde se encuentra mi hija. En las montañas de Cabilia. Me visitó en sueños y me lo dijo, en ellos bailaba sin cabeza, señor presidente, ¡se lo juro! Estaba con mi tía y mis primos y los tres jugaban a las canicas, a la espera de que alguien fuera a buscarlos. ¡Usted es el mejor presidente del mundo, Abdelaziz Hollande! Nunca olvidaré lo que hizo por Argelia el 16 de septiembre de 1999, cuando sometió a referéndum su proyecto de ley para la concordia civil, en virtud del cual se concedía la amnistía a los terroristas que hubieran renunciado a la violencia armada. ¡Era lo que debía hacerse! Era el final de una década de pesadilla. Se acabaron los atentados, los atropellos, el miedo, así que le pido que por favor haga algo

por mi hija. Se lo suplico. ¡Se lo ruego! Quedo a la espera de sus noticias y le ruego que acepte, mi querido presidente, la ayuda de Alá el Todopoderoso.

Lealmente suyo,

SAMIR KIDIR

Juvisy,  
4 de junio de 2015

Como estaba previsto, ayer tuvo lugar la reunión en el Elíseo. Éramos muy pocos, unas diez personas, y el presidente nos recibió de manera informal, en un salón lleno de dorados que daba a un inmenso jardín de un césped muy verde. Una vez más, me acordé tanto de tu padre... Si supieras cuánto me habría gustado que estuviera conmigo allí; él tenía tantas cosas que decirle al presidente... Me habría gustado, sobre todo, que las circunstancias fueran diferentes. Sin duda yo habría podido disfrutar de tanta belleza, pero dada la situación, resultaba imposible: el tono era grave, la atmósfera densa, y pese al protocolo, todos olvidamos enseguida dónde nos encontrábamos. Kamel fue el primero en tomar la palabra:

—Señor presidente, estamos ante una amenaza. Hoy día el número de europeos que se han marchado para incorporarse a las filas del Estado Islámico asciende a unas cinco mil personas, en su mayoría jóvenes. En diciembre serán diez mil, y el riesgo de que regresen a su país natal para cometer un acto violento, o de que lo cometan sin siquiera haberse ido, tras radicalizarse en un tiempo récord a través de internet, es elevado. Ya hemos vivido la funesta experiencia de esa ultraviolencia con *Charlie Hebdo* y el Hyper Casher. Francia no es la única nación afectada. En Europa, dondequiera que vamos para reunirnos con familias, vemos que está

generándose el mismo proceso de radicalización; Bélgica, los Países Bajos, Dinamarca o Reino Unido cuentan también con considerables contingentes de yihadistas. En lo que a Francia se refiere, noventa de nuestros ciudadanos[15] han muerto en el frente luchando contra nuestros valores. Eran niños, nuestros hijos, y su objetivo vital era dar la muerte.

—No podemos aceptarlo —terció Latifa Ben Ziaten—. Ningún país digno de ese nombre puede hacerlo.

El padre que semanas antes había recibido la llamada de un combatiente que lo felicitó porque su hijo Pierre había muerto en combate contó entonces su historia. Se atenía a los hechos, no había rabia ni ira en su tono, resultaba desgarrador. Vi que al presidente se le empañaban los ojos; debía de estar pensando en sus propios hijos. Hubo un silencio doloroso. El jefe de Estado no trató de romperlo. No parecía temerlo, lo cual me sorprendió, viniendo de un político. A continuación se dirigió a todos:

—Soy consciente de la gravedad de la situación y quiero que sepan que estoy determinado a erradicar esta plaga. El Estado apoya su actuación.

—No lo suficiente —lo interrumpió Sylvia—. Fue la policía francesa quien dejó que mi hijo montara en un avión rumbo a Turquía pese a que era menor de edad, no llevaba equipaje y solo disponía de un billete de ida para un país que, como todo el mundo sabe, es la principal puerta de entrada al Estado Islámico. ¿A qué creían que iba allí? ¿A hacer turismo? Mi hijo no se marchó por voluntad propia, señor presidente; con quince años uno no puede decidir irse así como así a un país como ese... Es absurdo... Usted tiene hijos, sabe lo inseguros y frágiles que son los adolescentes. Jérémie tenía el juicio alterado. Lo manipularon esos fanáticos que lo han secuestrado. Sí, para mí, lo han secuestrado.

El presidente estaba al tanto de la historia, por descontado; sus consejeros le habían preparado un informe y había leído el artículo a toda plana del

*Nouvel Observateur*, pero ¿estaba de acuerdo con el análisis de Sylvia? Sinceramente, no lo creo, y aunque así hubiera sido, ¿cómo habría podido asumir dicha posición políticamente? La gente no quería oír que nuestros hijos, dominados por un odio feroz contra Francia, también eran víctimas; la gente solo quería que la defendieran. Pero la mejor manera de hacerlo no era poner a un policía detrás de cada ciudadano (en la redacción de *Charlie Hebdo* los había y eso no había impedido la carnicería), sino salvar a los jóvenes, albergar aspiraciones para ellos, una esperanza que los inmunizaría contra el proyecto funesto del Dáesh y reduciría así el número de candidatos potenciales a la yihad.

Kamel le recordó al presidente que era necesario restablecer cuanto antes la prohibición de salida de los menores al extranjero. El político se mostró favorable a la idea y acordó que el Gobierno propondría una enmienda al texto inicial del proyecto de ley que reforzaba la lucha contra el terrorismo. Pero no estaba previsto que la Asamblea Nacional analizara ese texto hasta septiembre, por lo que había que esperar a que se reanudara la actividad parlamentaria. Llevábamos casi una hora hablando. Yo no había abierto la boca. Un ujier apareció en la puerta, cruzó el salón, se acercó al presidente y le murmuró algo al oído. La entrevista tocaba a su fin. Vi que nuestro anfitrión empuñaba los brazos de su poltrona, señal de que se disponía a levantarse, y me lancé:

—¿Señor presidente?

—¿Sí?

—Hay otro asunto del que no hemos hablado: de internet. Todos sabemos que el reclutamiento de nuestros jóvenes ya no se lleva a cabo solo en las prisiones, al pie de los bloques de pisos o en las mezquitas, aunque las que pertenecen al movimiento salafista son todas ellas nidos de aprendices de yihadistas. Soy consciente de que usted hace cuanto puede por



desmantelarlas, pero ha de saber que vuelven a reconstruirse en forma de asociaciones culturales, y para escapar a cualquier control, sus integrantes ya no se reúnen en lugares públicos, sino en viviendas donde los integristas pueden seguir lavándoles el cerebro a nuestros jóvenes con entera libertad. Es a esa gente a la que debe neutralizarse, porque predicán una aplicación estricta de la sharia, incompatible con la libertad de expresión, de credo, de conciencia, con la laicidad, el principio de igualdad entre hombres y mujeres y muchos otros de nuestros valores. Vivo en Juvisy, señor presidente, donde nació Amedy Coulibaly, justo al lado de La Grande Borne, en Grigny, la barriada que lo vio crecer. Pues ese ambiente en el que se movía y en el que por desgracia se convirtió en terrorista ha cambiado en veinte años, y no para bien. Vivíamos en ciudades populares, multiculturales, donde la gente se reunía más por nacionalidad que por afinidades religiosas; en los barrios estaba el bloque de viviendas de los turcos, el de los argelinos, los tunecinos, los malienses, los polacos, y de la noche a la mañana vimos proliferar barbas en las caras de los hombres, *kamis*[16] blancos, chicas cubiertas de pies a cabeza con velos negros. Me llevaría demasiado tiempo explicárselo, pero a Nur, el sobrino de mi marido, lo captó ese movimiento con apenas veinte años; dejamos de verlo hace dos porque ya ni siquiera quería estrecharme la mano. Un joven al que le había dado el biberón, ¿se hace usted cargo?... Hay que ir a los mercados. Hay que ver, a tan solo veinte kilómetros de París, a todas esas chicas, a menudo convertidas, ocultas bajo el *jilbab*... Nos dicen que es un símbolo religioso. ¡Mentira! La religión musulmana recomienda el uso del pañuelo, pero nunca ha pretendido que las mujeres se escondan bajo una sábana al punto de desaparecer. El velo integral es un símbolo político, un instrumento de dominación, ¡una mortaja!, y eso volvía loco a mi marido. Aunque era musulmán, no soportaba ese islam desviado que convertía a las mujeres en seres inferiores a los hombres. Si hubiera sido imán, lo habría

denunciado. Rara vez oímos que lo denunciaran, y los integristas tuvieron el camino libre, así que fueron inculcando tranquilamente sus ideas a la juventud, pero no solo a la de esos barrios. En zonas residenciales como la nuestra también prosperaron, a tal punto que Élée y sus amigos, lo recuerdo bien, hablaban con ligereza de los musulmanes y de aquellos que no lo eran como los *kafir*. ¿Sabe lo que significa «*kafir*»? «Infieles.» Esas eran las categorías en las que se encasillaban a sí mismos. Me exasperaba. Cuando mi hija utilizaba esa palabra, siempre la reñía, pero ella me contestaba: «¡Mamá, si no es más que una expresión!».

»Una expresión. Una guerra también se gana con las palabras, los símbolos. Los de los islamistas radicales se han infiltrado en la sociedad francesa desde hace mucho, y estoy segura de que el ambiente donde ha estado inmersa Élée facilitó el trabajo de sus reclutadores. ¿Se sintió marginada cuando le pidieron que se pusiera el *jilbab*? ¿Le pareció que estaba aislándose, excluyéndose? No, claro que no, al contrario. Con ese gesto habrá tenido la sensación de formar parte de un grupo, de una familia, pues en toda Francia, en la calle, los jardines, el metro, los supermercados, podía cruzarse con una de sus semejantes, vestida a la misma moda. No le pido que prohíba la prenda, sería ridículo, pero planteo la pregunta: ¿por qué a unas chicas que se han educado en Francia, en las escuelas de una República laica, cuyas abuelas lucharon por conseguir la interrupción voluntaria del embarazo y los anticonceptivos, de repente les entran ganas de desaparecer bajo una gran sábana negra? ¿Por qué?

»Por otra parte, los reclutadores del Estado Islámico fueron a buscar a mi hija hasta su cuarto, señor presidente. Pusieron la mira en ella mientras estaba tumbada tranquilamente en su cama y, en la habitación contigua, nosotros, sus padres, dormíamos a pierna suelta. Por descabellado que pueda parecer, ocurrió delante de nuestras narices. Sí, todo ocurrió virtualmente, y no

entiendo cómo, con los medios de que disponemos, no estamos en condiciones de controlar dicha virtualidad.

En ese momento intervino un consejero del presidente:

—La legislación en materia de cibercriminalidad va adaptándose a medida que evolucionan las nuevas tecnologías, y es muy complicado. Como sabe, por ejemplo, esa gente se presenta con perfiles falsos en las redes sociales, por lo que resulta imposible identificarlos sobre la marcha. Además nos topamos con la libertad de expresión, que en un Estado de derecho como el nuestro solo puede limitarse de manera excepcional y por mandato de un juez. En resumen, salvo que eliminemos internet, no contamos con medios suficientes para evitar que esa gente haga daño. Es preferible llevar a cabo campañas de prevención dirigidas a los jóvenes.

—Pero ¿cómo explica usted que cualquiera pueda seguir accediendo a los vídeos de Omar Omsen<sup>[17]</sup> en la red, aun sabiendo que un ochenta por ciento de los jóvenes que se han marchado a Siria los han visto? Son documentales falsos sumamente peligrosos, hipnóticos, que desarrollan teorías de la conspiración jugando con los códigos del cine estadounidense, al que los adolescentes se muestran tan receptivos...

—Tiene razón, esos vídeos son por desgracia muy eficaces. Y hemos cerrado la web 19HH, que los alojaba desde el año pasado. Pero no podemos hacer nada contra YouTube, que sigue emitiéndolos, o Facebook, donde cuentan con una página. No son empresas francesas.

«No podemos hacer nada.»

El presidente se había tomado el tiempo de recibirnos personalmente, nos había escuchado con suma atención más de una hora y me había parecido que mostraba una empatía absoluta con lo que estábamos viviendo, pero las cuatro palabras de su consejero seguían resonando en mi cabeza cuando las rejas del Elíseo se cerraron a mi espalda. «No podemos hacer nada...» Enfilé

la rue du Faubourg Saint-Honoré en dirección a la Concordia. Mujeres ricas y retocadas, encaramadas a altos tacones, entraban en las boutiques de lujo mientras un sol blanco rozaba las fachadas tras las que pronto desaparecería. Kamel había propuesto a nuestra pequeña delegación que fuésemos a tomar una copa. Todos habían aceptado. Yo también habría querido decir que sí, charlar con Latifa Ben Ziaten, a quien tanto admiraba, pero la pena me pesaba demasiado. No podía compartirla con nadie.

Juvisy,  
1 de junio de 2014

Tristeza, rabia, desolación, odio, pesadumbre: eso es lo único que siento esta mañana. Deseo de Paz me ha enviado más vídeos y me he pasado la noche haciendo clic de enlace en enlace y llorando. Jamás había visto unas imágenes tan terribles. Imágenes de niños asesinados en Siria, Irak, Sudán, Palestina, decenas y más decenas de cuerpos de niños musulmanes despedazados que son transportados en carretillas o niños muertos alineados en el suelo, sin ni siquiera una mortaja que los cubriera. ¿Cómo pueden nuestros dirigentes permitir que se cometan tales atrocidades?

¿CÓMO?

Me avergüenzo tanto... Y me siento muy culpable por estar aquí tan tranquila en casa de mis padres, preguntándome si me saldrá bien el espectáculo de danza o si me sacaré el carnet de conducir provisional; es indecente.

Esta mañana en clase de ciencias le he enseñado a Johanna algunos de los vídeos, y me ha dicho: «Ay, qué horror, es espantoso». Pero me ha preguntado por qué los veía y ha añadido: «Déjalo, estás loca de remate. Si sigues, tendrás pesadillas».

¿Qué son las pesadillas en comparación con el sufrimiento de esos mártires? No entiendo la reacción de Johanna. ¿Es mi mejor amiga y no

siente lo mismo que yo? ¿Acaso todo eso le trae sin cuidado porque no es musulmana? Me pone triste. Deseo de Paz dice que la mayoría de la gente reacciona así. No quieren ver. Es más cómodo, claro, pero la verdad es que no me cabe en la cabeza ahora que lo he visto... ¿Cómo olvidar? ¿Cómo seguir llevando una vida «normal» sabiendo que a miles de kilómetros de aquí se tortura y asesina a musulmanes a diario? Deseo de Paz asegura que tengo un corazón puro y que por eso me afecta lo que me ha mostrado. «Esa sensibilidad es un regalo», agregó en uno de los últimos mensajes que nos mandamos. «Tienes que estar a la altura. Significa que eres una elegida.»

No sé qué entiende exactamente por «elegida», pero me ha conmovido. También me preguntó si había conseguido ponerme en contacto con la asociación cuyos datos me dio hace diez días, cuando publiqué el post. Les mandé un mensaje a través de su página de Facebook. Por lo visto, es una asociación que se dedica a recaudar dinero para Palestina. Les pregunté si ofrecían misiones de voluntariado sobre el terreno y si el hecho de no tener más que dieciséis años era un problema. Una chica me contestó enseguida, estuvo encantadora. Me dijo que sí, que podía trabajar en un hospital en Siria si quería, que ella misma había pensado participar en el proyecto y que, si todo iba bien, se marcharía de Francia a principios de agosto para cuidar de los civiles gaseados por los soldados de Bachar el Asad. También me mandó varios enlaces y lo que vi en ellos era completamente insoportable. Ya no me quedaba ni una lágrima, solo rabia. Esa chica está llena de rabia, por eso decidió involucrarse. Cuánta razón tiene... Sueño con hacer lo mismo que ella, pero seguro que mis padres, con lo ansiosos que son, nunca me dejarán ir a Siria. La chica se llama Um Leila. Um Leila, qué nombre más raro... Me parece bonito. Vive en Arras. Me ha pasado su correo y su número de teléfono, y me ha dicho que podía llamarla cuando quisiera.

Creo que voy a llamarla ahora mismo.

Juvisy,  
15 de junio de 2015

Solenn, la muchacha de Arras, la del *jilbab* que conocí en abril en Lille, se ha escapado de nuevo. Gracias al cielo, la policía turca la ha detenido en el aeropuerto de Gaziantep, pero es espantoso, ha engañado y traicionado a todo el mundo, empezando por sus padres. Los pobres están completamente destrozados. Kamel estaba en casa de estos cuando me lo comunicó. También él se sentía fatal. Cansado. Desanimado.

—Ves, Laurence, en realidad nunca puedes estar seguro de que los has salvado —me dijo con voz opaca.

Me quedé anonadada.

Pensé en ti, por supuesto, y cogí el cuaderno en el acto, como una súbita necesidad de poner algo de distancia entre esa historia y nosotros. No todas las historias se parecen, ¿verdad? ¿Tú también me traicionarías por segunda vez? ¿Me harías creer que eres de nuevo Éléa, cuando en realidad nunca dejaste de ser Um Sumeya?

Sería el colmo del dolor. Un dolor al que no sobreviviría.

Al propio Kamel le costará recuperarse de este fracaso y seguir confiando en los demás jóvenes que tiene a su cargo. Estaba seguro de ir por buen camino

con Solenn. Estas últimas semanas había aceptado ponerse un pañuelo en lugar del *jilbab*, y dado su buen comportamiento en el centro de internamiento, el juez había autorizado, a petición de los padres de la chica, que volviera al domicilio familiar. Desde hacía un mes, la madre llamaba casi todos los días a Kamel para asegurarle que todo iba bien. No sabía cómo agradecerle los consejos que, según decía, funcionaban de maravilla. Kamel le había sugerido que apuntara a Solenn a un curso de estudios coránicos con un imán al que él conocía bien y que, a fin de encauzar a los radicalizados por la buena senda del islam, utilizaba un método elaborado por la mezquita Masjid el Noor de Toronto: se trataba de un programa de doce temas basado en los versículos en que solo se habla de paz y buena conducta; en el estudio de la vida de Mahoma y en las relaciones entre el islam, el judaísmo y el cristianismo. Nadie cuenta todavía con la perspectiva suficiente para valorar la eficacia del método, y de todas formas no existe ningún método milagroso, pero Kamel está convencido de la necesidad de un contradiscurso religioso. Por tanto, debemos hacer oír la voz de un islam ilustrado, pacífico, y solo los hombres de fe pueden conseguirlo de una forma que resulte creíble a los jóvenes reclutados. Por otra parte, ya que la influencia fundamentalista es una «desprogramación» del individuo, Kamel aconsejó a la madre de Solenn que hiciera cuanto estuviera en sus manos para que su hija «volviera a conectarse» consigo misma, con la muchacha que fuera antes de zozobrar. Podía intentarlo de mil maneras: escuchando canciones conocidas, viendo películas que Solenn había considerado de culto, sacando los álbumes de fotos familiares o bien cocinándole platos por los que antes se pirrara. Daba igual que no se los comiera: el olor bastaría para resucitar sus emociones. Los padres de Solenn habían accedido a todo. Y como obedientes soldaditos, lo habían hecho todo como debían. También su hermano y su hermana. Y sus abuelos. E involucrados en esa empresa de salvamento colectivo, a todos les



pareció que sus desvelos se veían recompensados, que al fin las cosas estaban encauzándose, pues en su último cumpleaños Solenn había aceptado comer caramelos, que semanas atrás había suprimido de su alimentación porque no eran *halal*. Pero la chica los había engañado. No se había desradicalizado en lo más mínimo. Simplemente había aplicado la *taqiya* o disimulación, un ardid que los yihadistas recomendaban para escapar a la vigilancia de los *kafir* antes de pasar a la acción. Y había surtido efecto, ¡pues la habían puesto en libertad! Cuando volvió a casa, halló la manera de volver a conectarse utilizando el ordenador de su hermano mayor, y a través de Telegram, ultimó con «el emir», no solo su viaje a Siria, sino un plan para cometer un ataque en territorio francés que implicaba a otras chicas. Al leer sus mensajes, uno se estremecía: el objetivo era una sinagoga del este de París.

¿Adónde irá Solenn ahora?

¿Volverá a casa de sus padres?

La madre, nacida en el seno de una familia católica acomodada, por ahora no quiere saber nada de su hija. En lo que al juez se refiere, es poco probable que con semejante expediente opte por dejarla en libertad bajo vigilancia. De modo que solo queda la posibilidad de mandarla de nuevo a un centro de internamiento, pero ¿se trata realmente de la solución adecuada? Todos sabemos lo mal que lo ha llevado y lo importante que es también el papel de los allegados en el proceso de desradicalización. Es verdad que el trabajo que se ha hecho con la cría ha fracasado una primera vez, pero no significa que no funcionará la próxima. No podemos tirar la toalla tan pronto, acaba de cumplir quince años. Quince años, Dios mío...

Esa absurda realidad, que no cambia nada por el hecho de que ahora se halle involucrada en una acción terrorista, pero que siempre terminamos olvidando dado que la violencia del acto prevalece sobre lo demás, me enfurece a más no poder. ¿Cómo es posible que esos integristas que pretenden ser tan piadosos la emprendan con unos críos, con nuestros propios críos, para, a renglón seguido, ponerlos en nuestra contra? Ante esa perversidad maquiavélica me entran ganas de colgar la cabeza de Al Bagdadi[18] en la pared delante de mí y clavarle un par de dardos entre los ojos; ¡tal vez así me calmaría un poco! En cambio, en un arrebato de completa insensatez, llamo a Kamel por teléfono para decirle que si el juez acepta, estoy dispuesta a acoger a Solenn en casa por un tiempo.

—¿En serio? —replica él—. ¿Sabes lo que decía el mensaje que dejó a sus padres antes de irse? Voy a leértelo:

Papá, mamá:

Todos los días le rezó a Alá para que os salve. Me dais tanta pena... Sois cerebros lavados por el diablo, alimentados con tópicos del telediario de las ocho de la noche de TF1, en el que se asegura que somos unos fanáticos, cuando el Corán es el único libro sagrado que ha permanecido intacto desde hace catorce siglos... Pronto conseguiremos, *Insha'Allah*, que se respete en la faz de la tierra y terminaremos con los infieles como vosotros, que a diario matan en todo el mundo a gente que lo único que desea es adorar a Alá. Quiero morir por Alá. Me da igual la vida aquí abajo. Solo estamos de paso. La vida no es nada en comparación con lo que nos espera en el paraíso. Espero que terminéis haciéndome caso y vengáis a vivir al país de Sham con mis hermanos y hermanas. Lo espero de veras. De lo contrario, arderéis en el infierno, como todos los infieles.

Adiós,

UM LEILA

Esa carta no tiene nada que envidiar a lo que nos soltaste en octubre, cuando nos llamaste desde Siria. Salvo alguna que otra palabra, decías exactamente lo mismo, y en el fondo esa similitud tanto en el discurso como en el tono quizá sea lo único que me reconforta: demuestra que alguien habla por vosotros y que no sois más que unas tristes marionetas manipuladas.

—¿Cuándo citará el juez a los padres? —le pregunté a Kamel.

—Mañana a primera hora.

—Por favor, coméntales mi propuesta.

—Lo haré —me prometió, y colgó.

Tal vez fuese una auténtica locura acoger a esa cría en mi casa, pero en cierto modo era la única manera que tenía de acercarme a ti. O al menos a la muchacha en que te habías convertido. Y para ello estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

Juvisy,  
16 de junio de 2014

Estoy supercontenta. El sábado por la tarde fui a la sede de la asociación Generación Palestina en París, cuya dirección encontré navegando por internet. Allí conocí a un montón de jóvenes guais. Organizan varias misiones de voluntariado, entre ellas una que se llama «Misión Palestina», un viaje por los distintos territorios ocupados —en Cisjordania, pero no en Gaza, porque en estos momentos, con el embargo, es imposible—. La misión está pensada para los nuevos militantes a fin de que se familiaricen con las consecuencias de la colonización y la vida cotidiana de los palestinos. Me gustaría tanto ir... Encajo en el perfil, sin embargo, la chica que me pidió que rellenara los papeles dijo que no me hiciera demasiadas ilusiones: era un poco tarde para apuntarse, por no hablar de que, con la situación de los últimos días, las solicitudes no paraban de llegar. No sé qué ha pasado «estos últimos días». Podría habérselo preguntado, pero no quería que me tomara por una idiota, así que cuando llegué a casa me metí en internet. Según todas las páginas de noticias, a raíz de la muerte de tres adolescentes israelíes a principios de junio, el Estado hebreo ha reaccionado con la detención de cuatrocientos simpatizantes de Hamás y el bombardeo de los túneles que permiten a los terroristas infiltrarse en su territorio. Ocho civiles palestinos han muerto a consecuencia de los bombardeos. He hablado de ello con Deseo

de Paz. Me ha dicho que no me crea esas mentiras. En su opinión, los medios de comunicación se pasan la vida manipulándonos. Están todos en manos de los judíos y, por tanto, a sueldo de Israel. No me he atrevido a contarle que el jefe de mi madre es judío. Se llama Jean-Pierre Atlan. Es de Argelia, como mi padre, y a veces él y su mujer nos invitan a cenar el viernes por la noche con motivo del *sabbat*. A mi padre le gusta ir porque la mujer de Atlan prepara cuscús con mantequilla, a la argelina, y le recuerda a su madre. Deseo de Paz me ha preguntado si he visto el cuerpo de los tres adolescentes supuestamente asesinados que han desencadenado la respuesta militar de Israel. No, es verdad, no los he visto por ninguna parte.

—Pues claro —me ha dicho él—, ¡porque no existen! Solo son un pretexto que esos nazis se han sacado de la manga para oprimir un poco más al pueblo palestino. Aquí tienes la prueba.

Y me ha mandado varios vídeos de las últimas horas por WeTransfer. En uno de ellos se ve a una mujer en medio de su casa en ruinas, con un niño en brazos, implorando clemencia al cielo. Es horrible tener que presenciar tanto sufrimiento... Me estoy repitiendo, pero no lo entiendo. No, ¡¡¡no entiendo cómo lo permiten!!!

—Permitirlo —me ha explicado Deseo de Paz— es ser cómplice de sus asesinatos. Francia es cómplice.

Y tengo que darle la razón. Día a día, Deseo de Paz va abriéndome un poco más los ojos; nunca podré agradecerse lo suficiente. Ahora hablamos a diario. Por las mañanas cuando despierto, me manda un mensaje para desearme los buenos días, y conversamos durante toda la jornada hasta altas horas de la madrugada. Eso sí, he de andarme con cuidado en clase, sobre todo en matemáticas, ¡porque a Larrieux no se le escapa una! En lo que va de semana ya me ha pillado dos veces mirando el móvil. Me advirtió que a la tercera me lo confiscaría y mis padres tendrían que ir a buscarlo. Johanna

también se ha dado cuenta de que paso un montón de tiempo escribiendo mensajes. Está convencida de que he conocido a alguien y le molesta que no se lo cuente. Se siente ofendida. ¿Qué podría decirle? La quiero mucho, es mi mejor amiga, pero es tan pragmática... Nunca entendería que pueda pasarme horas chateando con alguien al que nunca he visto. A mí no me molesta no haberlo visto. Es tanto lo que nos hemos contado el uno al otro, que incluso me da la sensación de que conozco mejor a Deseo de Paz que a la mayoría de la gente de mi clase. Me encanta hablar con él... Me sienta muy bien. Tiene una sabiduría y una espiritualidad de las que los demás carecen. Es como si todo fuera sencillo para él. Como si conociese y se limitase a seguir una trayectoria trazada de antemano. La otra noche se lo dije. Replicó que no era cosa suya, que solo Alá lo guiaba. Deseo de Paz es musulmán, como mi padre. En realidad se llama Abu Alí y es muy creyente. Me preguntó si yo también lo era. Le contesté que sí, creo que le alegró oírlo.

—Eres una joya, Élía, una perla rara —me dijo.

Clínica de L'Abbaye,  
21 de octubre de 2014

Ella era mi joya, mi diamante. Era mi alma, *la 'amar dia li*, y ellos me la arrebataron. Me la arrebataron. Ya no sé qué significan estas palabras, de tanto repetirlas, han perdido su sentido, pero sigo salmodiándolas para los dos hombres que se han presentado esta tarde en la puerta de mi habitación. ¡Dos ministros! Precisamente estaba preocupado porque no había recibido noticias del presidente Abdelaziz Hollande, y por la gracia de Alá he visto aparecer a esos dos hombres. El más joven, de apenas veinte años, iba todo vestido de blanco. Llevaba una *taguilla*<sup>[19]</sup> en la cabeza, una larga barba pelirroja, un *kamis* bordado y el pantalón remetido en los calcetines, a la moda *tabligh*.<sup>[20]</sup> Me he fijado en que calzaba unas Nike último modelo, muy bonitas. Iré a comprármelas cuando salga de aquí. El otro, mayor y vestido con un sencillo traje oscuro, bien podría haber sido su padre. Era un poco raro, no dejaba de llamarme «hermano» con expresión apenada.

—Hermano, lo lamento... —me ha dicho—. Lamento de veras lo que le ha sucedido a tu hija. He venido con mi hijo Nur para decírtelo, porque aunque llevemos mucho tiempo enfadados, quiero que sepas que Nur no tiene nada que ver en este asunto. Fue Élía quien lo llamó y no al revés. Quería que le diera una dirección donde comprarse un *jilbab*, oh, Alá, ¡te lo juro! Ni siquiera se vieron. Para empezar, mi hijo Nur, tu sobrino, es quietista y no

salafista. No está a favor de la yihad. ¿A que no, Nur?, dile que estás a favor de un retorno a la sharia, pero en contra de la yihad.

El ministro vestido de blanco, que en teoría era sobrino mío, asintió y empecé a sudar. «Un retorno a la sharia», pero ¿de qué estaba hablando? ¿Y si aquellos dos tipos eran combatientes del GIA?

—¿Son ustedes del GIA?! —he preguntado.

El que se creía mi hermano se ha acercado a mi cama y me ha dicho:

—Pero bueno, Samir, ¿qué te pasa?... Soy yo, Mohamed, tu hermano... ¿No me reconoces o qué?

—¡Atrás! —he gritado.

¡No era mi hermano! No estoy loco, ¡lo habría reconocido! Y hasta donde sé, no está calvo; es fontanero en Montfermeil. Pero ahora tal vez sea pintor o albañil, con él nunca se sabe... Si hubiera hecho una carrera, otro gallo le habría cantado, mi madre se lo repitió hasta la saciedad, y lo más probable es que yo haya acumulado tantos títulos para no parecerme a él (lo cual, dicho sea de paso, no impidió que el año pasado tuviera que presentarme durante seis meses en la oficina de empleo); pero volviendo a mi hermano Mohamed, aunque a veces era un poco zoquete, no era mala gente: mientras tuviera una tele y una papeleta de lotería era feliz. Y yo lo quería. Al fin y al cabo, era mi hermano. Era el tipo de la motocicleta, el que se llevaba a todas las chicas de calle cuando yo era apenas un crío. Nos peleamos por culpa de sus hijos. Tres gamberros. Los dos primeros andaban metidos en toda clase de trapicheos, se pasaban la mayor parte del tiempo en chirona, siempre me llamaban para que fuera a sacarlos, apuesto a que al menos uno de ellos sigue estando allí. En cuanto al último, se hizo ayatolá. Sí, de la noche a la mañana empezó a dar lecciones de moral y buena conducta a todo el mundo. Recuerdo la última vez que lo vi; fue en casa, para celebrar el final del ramadán; no quiso darle un beso a Laurence ni a Éléa. Ni siquiera podía mirarlas. Me sacó de quicio.



Con mucha calma le dije que si no era capaz de saludar a la dueña de la casa se fuera a la suya.

—A mí no tiene por qué darme órdenes un tipo que bebe alcohol —replicó y se marchó.

Mi hermano Mohamed presenció la escena sin mover un solo dedo. Ni siquiera trató de retener a su hijo. Me enfadé con él, no comprendía que pudiera tolerar semejante comportamiento. Me contestó con aquella frase tan terrible que durante semanas me impidió conciliar el sueño:

—Mira, Samir, tengo dos hijos delincuentes. Si el último puede escapar a todo eso gracias a la religión, no seré yo quien se queje; prefiero ir a ver a Nur a la mezquita que al locutorio de la cárcel.

Desde entonces no hemos vuelto a vernos.

A las siete de la tarde, Laurence ha aparecido en la habitación con mi cena casera; entonces al ver a los dos ministros, les ha preguntado en tono muy seco:

—¿Qué estáis haciendo aquí?

El ministro que iba todo vestido de blanco se miraba los pies, mientras que el ministro del traje oscuro parecía no saber qué responder. Aun así, ha acabado por farfullar que lo lamentaba, que adoraba a su sobrina y que aquel asunto lo apenaba, pero que no había que confundir las cosas: Nur no estaba de parte del Dáesh.

—Fuera de aquí —les ha respondido Laurence—. No queremos vuestra pena. Ni vuestro sentimiento de culpa. —Y agarrando del cuello al ministro vestido de blanco, que seguía sin querer mirarla, ha conducido a los dos hombres al pasillo.

Pensándolo bien, tal vez no fueran ministros.

Juvisy,  
1 de julio de 2015

Solenn ha vuelto al centro de internamiento; como era de esperar, el juez desestimó mi propuesta. Pero Kamel dice que seamos pacientes, que tal vez le conceda un permiso en verano. Eso espero. Mientras tanto, hemos ido a Villeurbanne, Carpentras y Lunel. Hemos organizado grupos de apoyo por todas partes y he vuelto exhausta. Sobre todo de Lunel, cuya historia es terrible. En apenas unos meses ese pueblo ha visto cómo quince de sus jóvenes se marchaban a hacer la yihad, igual que si los hubiera azotado una epidemia. Quizá sea así como debemos considerar al islamismo radical: un cáncer que carcome nuestras democracias. Pero, en tal caso, no entiendo por qué seguimos consintiendo la existencia de mezquitas y centros culturales salafistas, ni por qué no se neutraliza a los predicadores que en estos momentos están destilando su odio por lo que somos con entera libertad. Los servicios secretos saben muy bien quiénes son, dónde se encuentran, y no desconozco el punto de vista de los jueces al respecto: el terrorismo funciona como el crimen organizado, hay que dejar a los predicadores en libertad para poder vigilarlos y así rastrear el origen de la red y atrapar a los peces gordos, pero ¿qué hacemos con sus ideas, con el desprecio absoluto por nuestra forma de vivir y pensar, que poco a poco va gangrenando los cerebros más frágiles? No he dicho «extraviados», cuidado, he dicho «frágiles», cosa que por

definición son todos los jóvenes, pues están construyéndose, y de ese modo, a pesar de todo cuanto os alejaba, a tu primo Nur y a ti os sedujo el mismo radicalismo. Él no se ha ido, es cierto, pero se ha encerrado en una burbuja, que para el caso es lo mismo. Cuando pienso en aquellos momentos en que por el mero hecho de ser mujer se negaba a mirarme —no ya a tocarme, sino simplemente a mirarme—, me digo que tendría que haberle pegado una buena bofetada; era lo mínimo que se merecía.

A menudo recuerdo el día en que los vi a ambos, padre e hijo, en la clínica. ¿Quién les había contado lo tuyo? No tengo la más remota idea, pero lo sabían. Y allí estaban, a la cabecera de tu padre, uno con su traje raído, el otro enfundado en su chilaba blanca de paquistaní y calzado con unas Nike, cuando se pasaba la vida despotricando contra Estados Unidos. No les di tiempo ni a que me saludaran. Los puse de patitas en la calle en el acto. Pero quizá me equivoqué... Podrían haberme explicado, haberme dicho por qué nos pasaba esto. No sé si Nur desempeñó algún papel en tu marcha. Si fuiste a verlo a Montfermeil, si te llevó a la mezquita, si te presentó a otras chicas o te dijo o te hizo leer cosas que también te distanciaron de nosotros... Me lo pregunto. Y sin embargo, a estas alturas, ¿qué más da? No lo denunciaría, y en cualquier caso ya te has ido.

Aquí ya ha llegado el verano. Hay flores por todos lados, chicas también, y verlas desplazarse en enjambres, con sus vaporosos vestidos, las piernas al aire y la tez bronceada, me resulta dolorosísimo...

Esta mañana ha venido Johanna a despedirse. Se marcha tres semanas con Clothilde a un campus universitario en Irlanda, para perfeccionar el inglés. A

continuación se reunirá con sus padres en Bandol. Una vez más, me propusieron amablemente que fuera con ellos, pero, como supondrás, no acepté. En mi interior una vocecita sigue diciéndome que podrías regresar, ¿por qué no? Hoy he recibido dos llamadas. Del extranjero. Me dijeron en francés: «Un momento, le paso con alguien». ¿Eras tú? ¿Un soldado que iba a anunciarme una funesta noticia? ¿Un simple error? ¿O bien tu padre desde el lugar en el que se encuentra? Es una estupidez, pero me gusta pensar que me habla cuando un pájaro se posa en nuestro balcón. En estos momentos hay un hermoso herrerillo. Le hago muchas preguntas. Le hablo de mi rabia, mi ira, mi tristeza, de esa mezcla de sentimientos con la que me dejó, y el herrerillo zurea y luego echa a volar. A mí también me gustaría tener alas. Huiría muy lejos de aquí.

Juvisy,  
1 de julio de 2014

Hace tres días que ha empezado el ramadán y es horriblemente duro: hace calor, las jornadas son largas, me duele la cabeza. Estoy de un humor de perros, sobre todo porque me ha llegado la respuesta de «Misión Palestina» y es negativa. Todas las plazas para el viaje estaban ocupadas desde hacía mucho, pero aun así me han propuesto que me incorpore al equipo de cara a la organización de la gran manifestación que tendrá lugar el 13 de julio en París en apoyo a los palestinos, que en este mismo momento están sufriendo centenares de bombardeos aéreos. ¿Mi tarea? Elaborar panfletos y difundir la información en las redes sociales a fin de que seamos el mayor número de jóvenes posible. Nos encontraremos en Barbès y de allí marcharemos hasta la Bastilla. Todas las asociaciones francesas propalestinas participarán, así como la gente del movimiento BDS, que milita a favor del boicot. Por lo visto, llevan a cabo acciones para impedir que se vendan productos israelíes en Francia. También impiden que los artistas israelíes actúen en el extranjero y que los artistas extranjeros vayan a Israel. Mi madre me ha dicho que era ilegal, porque se parece a una incitación a la discriminación y al odio a un grupo de personas por razones de índole étnica, religiosa o racial.

—Te prohíbo que participes en ese tipo de actos —me soltó la otra noche mientras cenábamos—, ¡no tengo ningunas ganas de ir a buscarte a la

comisaría!

—Tu madre lleva razón —añadió mi padre—, los tribunales franceses han declarado ilegal el boicot.

—Genial. ¿Y no os preguntáis por qué?

—Bueno, Éléa, ya basta... No puedes meter a todo el mundo en el mismo saco, hay israelíes que son gente de bien, que propugnan la paz y la existencia de dos estados. ¿A ellos también quieres boicotearlos?

### MIS PADRES ME TIENEN HARTA.

De todas formas, cualquier argumento vale con tal de disuadirme de hacer lo que me apetece. «Pero ¿no querías encontrar un trabajo de verdad y ganar algo de dinero para comprarte un coche de aquí a que cumplieras los dieciocho?», fue lo único que se le ocurrió decir a mi madre cuando les anuncié que iba a trabajar para Generación Palestina. El dinero, el dinero, ¡es lo único que les importa! ¡Son tan materialistas! A Abu Alí no le sorprendió lo de nuestra riña. Para él, mis padres son el producto puro y duro de esta sociedad de consumo siempre ávida de beneficios y placeres. Una sociedad sin moral ni compasión por nadie, que aplasta sin cesar a los más débiles.

—Piensa en el caso de tu padre —me soltó, refiriéndose como es obvio a la situación laboral de este.

Le había contado que estaba en paro. También le conté lo de la noche en la que, tras salir de la sede de Generación Palestina, pasé sin avisar por el restaurante de su amigo, detrás de la plaza de la Bastilla. Allí estaba mi padre, bañado en sudor en la cocina, con un mísero delantal muy manchado. ¿Ha estudiado cinco años para terminar así, en una asquerosa cocina trasera con

cincuenta años? En serio, me dio pena.

—¿A ti te parece que es casualidad? —me preguntó Abu Alí—. Occidente solo ofrece humillación a los musulmanes, y en lugar de levantar la cabeza, tu padre dobla el espinazo como un esclavo. Debes saber que el sistema no beneficia más que a unos pocos. A ese puñado de gente que dirige el mundo para acaparar toda la riqueza. ¿Nunca has oído hablar de los Illuminati, de los masones, de los sionistas, todas esas sociedades secretas que se infiltran por todas partes para tomar el poder? Sin embargo, los indicios están ahí; basta con abrir los ojos, Éléa. Por ejemplo, dobla a lo largo un billete de cinco dólares y veras que aparecen las dos torres del World Trade Center envueltas en una nube de humo, estaba escrito, ¡lo teledirigieron ellos! ¿No creerás que ese acontecimiento descomunal que supuso el 11 de septiembre es obra de los musulmanes? ¿En serio piensas que unos simples ciudadanos musulmanes habrían logrado poner de rodillas a Estados Unidos con ayuda de un simple cuchillo? ¿Quién se traga semejante trola?... Lo hicieron los sionistas. Las pruebas están en los vídeos que ahora mismo te mando, y la mayor de todas ellas, la prueba irrefutable, es que ese día no había ningún judío en las torres.

Sí había uno, un primo del jefe de mi madre, cada vez que vamos a su casa nos da la paliza con esa historia, pero no se lo he dicho a Abu Alí por miedo a que me haga responsable de las decisiones de mi madre.

—¿Solo una casualidad? —continuó—. Vale, ahora analiza los gestos de vuestros políticos. Fíjate bien en los gestos de todos y verás que todos, desde el Papa hasta Putin, pasando por Obama, Hollande o Hillary Clinton, hacen en algún momento de su discurso el gesto del diablo: el puño apretado y el pulgar y el meñique alzados en forma de cuernos.

Era verdad.

Los símbolos estaban por todas partes.

En todos los vídeos que me enviaba, y cuanto más los veía, más consciente



era de lo mucho que nos manipulaban. Visto desde el cielo, un jardín cualquiera representaba una esvástica; el recorrido de una manifestación, una estrella de David, y si le dabas la vuelta al logo de Coca-Cola o al de Fanta, veías al diablo. No podía tratarse de una casualidad. Por fuerza tenía que ser cierto. Sí, el diablo estaba por todos lados. Por todos. Y ahora eso me aterrorizaba.

—No es para menos —concedió Abu Alí—, pero no debes cerrar los ojos. Al contrario, tienes que reaccionar. ¡Y pelear! Porque, si no, acabarán con nosotros. Esas sociedades secretas, representantes del Shaitán en la tierra, quieren instaurar un nuevo orden mundial, y solo pueden lograrlo por medio del desorden. Ese es el motivo por el que la crisis económica no se termina y tu padre está en el paro, y también por el que aparecen cada dos por tres nuevas epidemias que hay que combatir, como la gripe aviaria o el chikunguña. ¿Por qué crees que nos dan transgénicos? O ¿por qué inventan nuevas enfermedades para emprender grandes campañas de vacunación? ¿Acaso sabemos lo que hay en esas vacunas? ¿Lo sabes tú? ¿Y el agujero en la capa de ozono? ¿Y los problemas climáticos? ¿Y los campos electromagnéticos? Todas las empresas de telefonía están en manos de sionistas, como los laboratorios farmacéuticos o la industria alimentaria, que utiliza productos químicos y tóxicos para que nos volvamos adictos. Tienes que protegerte, perla rara. Mira la lista de aditivos que debes eliminar de tu alimentación. Ten cuidado, están en casi todos los alimentos: los pasteles, el queso, los caramelos, las conservas, etcétera. Se trata de los conservantes E235, E239, E242, E249, E250, E251, E252, E260, E261, E262, E263, E270, E280, E281, E282, E283, E284, E285, E290, E296, E297, E300, E301, E302, E303, E304, E306, E307, E308, E309, E310, E311, E312, E315, E316, E320, E322, E325, E327, E330, E331, E332, E333, E334, E335, E336, E337, E338, E339, E340, E341, E343, E350, E351, E352. Como ves, la lista es larga. E

insisto, cuidado, están en todas partes. Pero ya te he avisado. Que Alá te proteja, querida joya. *Barak Allah fik!*

Juvisy,  
16 de julio de 2015

¡Eureka!, ¡el juez ha aceptado al fin mi propuesta! Ha autorizado a Solenn a salir del centro durante el fin de semana y Kamel ha convencido a los padres, con quienes las relaciones siguen tensas, de que pasar tiempo con otra «madre huérfana» podría sentarle bien a su hija. Los padres me conocen, coincidimos en una reunión, así que los llamé por teléfono para asegurarles que extremaría la vigilancia: nada de móvil ni internet, nada de salir sola, ni siquiera para bajar la basura al sótano. Se mostraron muy reacios, pero al final confiaron en mí. De modo que el 13 por la tarde debía recibir a Solenn en casa. Me entusiasmaba la idea, creo que ya lo he escrito, era como recuperar un poco de ti a través de ella, pero, no sé cómo, la mañana del 13 desperté terriblemente angustiada. De repente me pareció superior a mis fuerzas verla dormir en tu cama, por lo que resolví llevarla a Clermont-Ferrand, a casa de los abuelos, que aún no he conseguido vender. Pensé que podríamos caminar por la montaña, visitar la cadena de los Puys... Tanto para ella como para mí sería una buena manera de desconectar de la realidad. Sus padres pensaron que era una idea excelente; Kamel y el juez también. Así que compré los billetes y el 13 por la tarde nos subimos a un tren con destino a Auvernia.

Las primeras veinticuatro horas fueron difíciles. Creo que no cruzamos más de tres palabras. Solenn se mostraba muy hostil. Solo le preocupaba hacer bien las abluciones, saber dónde se hallaba La Meca para orientar su oración en la dirección adecuada y la hora que era a fin de que no se le pasase el momento. Solenn se somete a ello cinco veces al día, como corresponde, pero realiza con el índice toda una serie de pequeños gestos que jamás le había visto hacer a nadie. Y eso que solía acompañar a Samir a la mezquita por el ramadán y durante años celebramos las fiestas en compañía de su hermano Mohamed, cuya mujer es muy observante, así que algo sé de la práctica del islam, pero nunca había visto semejante ritual. Solenn me lo explicó al día siguiente: los círculos que forma con el índice tienen por objeto contener al diablo, y cuando agita el aire a toda velocidad es para tratar de aniquilarlo. ¿Tú también lo hacías? ¿Creías realmente que el diablo estaba aquí, a nuestro alrededor, y que tenías el poder de ahuyentarlo con el índice? Le pregunté a Solenn dónde había aprendido esos gestos.

—Me los enseñaron unas hermanas —respondió.

—¿Unas hermanas? —repuse, haciéndome la tonta.

—Sí, nos llamamos así unas a otras. Somos las «verídicas», las que practican el verdadero islam.

Las «verídicas», un término que yo jamás había oído...

—Pero ¿dónde las conociste?

—En foros. O a veces era el emir quien nos ponía en contacto a través de Facebook, WhatsApp o Telegram. Luego nos escribíamos; en cuanto teníamos una duda sobre una regla o cualquier cosa, nos mandábamos un mensaje. Hablábamos por la noche, durante el día, todo el rato; también nos dábamos ánimos y consejos para conseguir marcharnos. En el fondo ellas son lo que más echo de menos.

Soleen se retorció las manos mientras hablaba; en vez de procurar hacerla entrar en razón, me limité a abrirla con una manta grande. Necesitaba volver a sentir la sensación de calidez que le brindaban aquellas desconocidas, y lo cierto es que en cuanto le arropé la espalda, noté que se relajaba. Algo en ella había cedido. Entonces me confesó que se sentía perdida, que ya no sabía qué era verdad o no; que unas veces pensaba que teníamos razón; otras, que el Dáesh no podía equivocarse. Es el principio mismo de la abstinencia: después de sufrir cualquier adicción, los sujetos sometidos a ella se encuentran en ese instante crucial, a medio camino entre lo peor y la curación, en que tanto pueden subir la pendiente como tocar fondo. Ahora, Soleen se hallaba en ese preciso lugar. De modo que seguía sintiendo la tentación de volver a conectarse. Y a semejanza de una heroinómana, sufría síndrome de abstinencia todo el rato, el cerebro le reclamaba incansablemente el breve «bip» que anunciaba un nuevo mensaje. Lo había oído en tantas ocasiones... Y cada vez era tal el chute que su cuerpo aún guardaba el recuerdo, se acordaba exactamente del subidón de placer, pero también del bajón; ahora vivía con una sensación de eterno bajón. Se encontraba tan mal que no pudimos poner un pie fuera. Permanecimos cuarenta y ocho horas metidas en casa de los abuelos, con los postigos cerrados porque le dio por imaginar que unos espíritus maléficos rondaban por el jardín. Era incapaz de dormir sola en una habitación, parecía una niña de cinco años en un cuerpo de adolescente, sollozaba ruidosamente, y acabé consolándola como hacía contigo cuando tenías pesadillas, con su cabeza en mi regazo mientras yo le acariciaba el pelo. El sábado por la mañana vio las sábanas negras que protegían los muebles del polvo que había arrumbado en el despacho de mi padre y me preguntó si podía cubrirse con ellas. No le dije que no. Quería que se sintiera a gusto, protegida. La noche del 14 fue bastante difícil: ella estaba convencida de que el petardeo que se oía no era el

de los fuegos artificiales, sino un tiroteo. Por más que yo le suplicaba que subiera al desván, desde donde en principio debía de apreciarse el espectáculo, ella, aterrorizada, no atendía a razones: fuera había gente que quería matarnos.

Esta mañana muy temprano hemos cogido el tren de regreso a París.

Extrañamente, había mucha gente. Un grupo de chicos ocupaba los asientos próximos a los nuestros y le he ofrecido mi chal para que se cubriera la cabeza. Me ha sonreído. Por primera vez.

—¿Ves?, al menos tú lo comprendes —me ha dicho luego, inclinándose hacia mí—. No eres como mis padres. Ellos, en cambio, si ven a una mujer con velo creen que es una terrorista. Y piensan que solo saldré de esto el día que coma carne de cerdo. Pero nunca más lo haré. Me he convertido, ahora soy musulmana. Tú también lo hiciste al casarte con el padre de Éléa, ¿no?

—No.

—¿Ah, no? Y ¿cómo es posible?

—No lo sé... No nos lo planteamos. Samir me quería tal como yo era. No tenía ganas de cambiarme, y yo tampoco. En realidad tardamos dos años en casarnos después de que naciera nuestra hija; fue nuestra dama de honor. Nos casamos por lo civil, en el ayuntamiento de Juvisy, y luego fuimos a un restaurante a celebrarlo con unos amigos. Fue genial.

—¿En qué ayuntamiento? —me ha preguntado Solenn súbitamente preocupada.

—En Juvisy. ¿Por qué?

—Pero ¿vives ahí?

—Sí.

—Pero ¿ahí vivías con Éléa y su padre?

—Sí.

Entonces el tren se ha metido en un túnel y la oscuridad nos ha engullido, pero yo no precisaba verle la cara, había entendido lo esencial. No cabía duda de que os habíais conocido. Y cabía incluso la posibilidad de que Solenn te hubiese ayudado a llegar a Siria.

Clínica de L'Abbaye,  
23 de octubre de 2014

Recuerdo momentos. Momentos muy breves. Me acuerdo de su rostro una tarde de verano, en la playa de Carnon, a la luz del crepúsculo. Es el instante del día que más me gusta. Estamos solos. Estoy tendido en una tumbona, la pequeña se me ha colocado encima, entre mis brazos, su piel tan suave contra la mía, y me digo que toda mi vida se encuentra ahí, en ese cuerpecito, y la idea de ser su padre aún me maravilla. No sé qué edad tendrá. Quizá cuatro o cinco años. Habla por los codos, no para, una auténtica cotorra, lo que me hace gracia, pero me mantengo serio, por supuesto. Me limito a observarla. Todo en ella me embelesa, sus dientes, su nariz, el dibujo de su boca, me parece increíble ser el autor de esta maravilla, y la felicidad que experimento es tal que me resulta casi dolorosa. De repente se queda callada. Me mira.

—¿Por qué lloras? —me pregunta.

—Porque te quiero.



Juvisy,  
13 de julio de 2014

Odio a mis padres.

¡Los odio con toda mi alma!

Los muy perros me han prohibido que vaya a la manifestación en apoyo a Palestina con el pretexto de que era peligroso, de que podían producirse altercados, como si en Juvisy no hubiera peligros, como si no pudieran agredirme en cualquier sitio, en la calle o el metro. Si los pobres supieran cuántas veces me han insultado o silbado tipos por el mero hecho de ser chica... De todas maneras, ya está, he decidido que a partir de ahora solo llevaré prendas holgadas. Al menos estaré tranquila, y Abu Alí me prefiere así. Nos vemos por FaceTime todos los días. Me dice que me favorecen mucho los vestidos largos. Um Leila me los aconseja. Me ha mandado un montón de enlaces geniales donde encontrar ropa bonita, y otras hermanas me ayudan también con la oración, pues no será el *kafir* de mi padre quien me enseñe algo... Menuda nulidad. No conoce nada, ninguna oración. Al menos antes estaban su hermano Mohamed y, sobre todo, Nur, mi primo, que se lo sabían todo de memoria, pero el muy bastardo se enfadó con ellos y desde entonces no he vuelto a verlos. Me gustaría llamar a mi primo. No sé si puedo. Si me está permitido. ¿Es *haram* telefonar a un hombre aunque sea tu primo? No soy capaz de decidir sobre esta cuestión por mí misma. Le

preguntaré a una de las hermanas, ella me dirá qué debo hacer. Sinceramente no entiendo cómo mi padre ha podido alejarse del islam hasta tal punto; vaya chasco... Es ramadán y está ayunando, vale, es lo mínimo, pero después no va a la mezquita. No reza. Qué vergüenza tener un padre así... Abu Alí dice que se ha dejado pervertir por los medios de comunicación, la televisión, la publicidad, todo cuanto la sociedad de consumo produce en masa, y que el hecho de haberse alejado de los caminos de Alá es precisamente la razón por la que no encuentra trabajo a pesar de tantos diplomas. «Los diplomas no valen nada», me ha dicho Abu Alí, «si no respetas el Santo Corán.» Yo lo respeto. Hago mis abluciones y mis cinco oraciones diarias, y le doy una paliza al demonio con el índice, como me ha explicado Um Leila. Además, llevo dos semanas sin probar alimentos que contengan los aditivos de la lista que me pasó Abu Alí. He perdido cinco kilos. Johanna se muere de envidia. Al principio creía que era debido al ramadán, pero un día su amiga Uria la invitó a cenar a su casa y Johanna vio lo que comían para romper el ayuno. Mi madre cree que he descubierto un nuevo régimen en internet. Se figura que quiero parecerme a Kate Moss. ¡Tonterías! ¿Cómo es posible que sea mi madre y me conozca tan poco? Es increíble que llevemos la misma sangre y seamos dos extrañas. Esta noche estábamos los tres en el salón, mi padre, mi madre y yo, y solo sentía eso: tenía la impresión de que no habían sido ellos quienes me habían concebido. Estaban viendo BFM. Mostraron imágenes de la manifestación. Banderas palestinas ondeaban por doquier, la gente caminaba como si fuera un solo hombre; era hermoso, fraternal, pero yo estaba tan enfadada por no haber podido ir que habría sido capaz de estampar uno de sus asquerosos jarrones contra el televisor. De repente, una humareda invadió la pantalla. Estallaron cócteles molotov, la cámara tembló, perdió el equilibrio, aparentemente acababan de empujar al tipo que la llevaba al hombro, a continuación la imagen desapareció y cuando volvió, filas de

hombres gritaban «¡Muerte a los judíos!», «¡Fuera los judíos!»,<sup>[21]</sup> mientras el comentarista explicaba que unos doscientos manifestantes habían arremetido a pedradas contra la sinagoga de la rue de la Roquette.

—¡Qué vergüenza! —exclamó mi madre—. ¿Cómo pueden oírse esas cosas setenta años después de la guerra? Me entran ganas de vomitar.

—A mí lo que de verdad me da asco es lo que les hacen allí a los palestinos.

No pude callarme. Abu Alí me lo ha explicado todo sobre los judíos; me ha dicho que eran unas ratas. Los odia, y ahora que sé la verdad, yo también.

Mi madre puso cara de indignación y torció el gesto.

—¿Se puede saber qué tienen que ver los judíos con lo que ocurre en Oriente Próximo? —me preguntó mi padre.

—¡Pues si no lo veis es que tenéis un problema gordo!

—Éléa, los judíos de Francia son franceses, no israelíes.

—¡De todas formas, siempre tenéis una buena excusa!

—Pero ¿qué te pasa, Éléa?... —preguntó ofendida mi madre—. ¿A qué viene ese cabreo? ¡Si lo que te pone de tan malas pulgas es el ramadán, se acabó ayunar!

—¡Deja el ramadán en paz! No estoy cabreada, lo que pasa es que soy realista, ¿vale? ¡Veo las cosas! Pero claro, en tu caso, con el jefe que tienes, es más complicado...

—¡Éléa! —vociferó mi padre.

—¿Qué? ¡Es verdad, se achanta porque su jefe es judío y es él quien nos da de comer!

Casi no había terminado la frase cuando mi padre me arreó una bofetada. Era la primera vez. Me juré que sería la última y corrí a encerrarme en mi cuarto.

Juvisy,  
1 de agosto de 2015

Desde que Solenn cayó en la cuenta de que tú eras la Um Sumeya con quien había estado hablando durante semanas, la misma a la que eligió entre todas las hermanas a petición del emir para viajar a Siria, no ha parado de llorar. Se siente muy culpable. Pero Kamel dice que eso es bueno, que tal vez sea la sacudida que necesitaba para salvarse. Regresó al centro después del fin de semana que pasamos en Clermont-Ferrand. Desde entonces la llamo casi todos los días para saber de ella. Le gustaría quedarse algún tiempo en casa. El otro día me confesó con voz de niña pequeña que yo era la única persona en el mundo con quien le apetecía estar. También se ha abierto a sus padres, que, como es normal, están sufriendo muchísimo. La semana pasada almorcé con su madre, que me soltó una frase terrible:

—Habría preferido que no volviese.

La madre de Solenn no sabe lo que dice.

No se imagina las escenas que desfilan por mi cabeza durante todo el día, las visiones de horror que me asaltan en cualquier momento, la de tu cuerpo, de repente tendido en un pasillo de supermercado, lapidado por un soldado del EI; el malestar que me entra, la gente que se agolpa alrededor, «¿No se encuentra bien, señora? ¿Quiere que llamemos a una ambulancia?». «No, no, gracias, estoy bien», al menos hasta que se adueñe de mí la siguiente imagen

en el autobús, el metro o la cola de la farmacia, y no pueda impedirlo y de nuevo note que me flaquean las piernas, que mi cuerpo se vuelve líquido, y trate vagamente de hacer unos ejercicios de respiración, pero no servirá de nada, será un horror y, dondequiera que esté, me dejaré caer, con la cara contra el suelo y ganas de cavar un agujero y enterrarme en él para no pensar más.

Al menos la madre de Solenn sabe dónde está su hija.

En nuestra casa.

Sana y salva.

Y eso es lo esencial.

Creo que Solenn se aferra tanto a mí porque inconscientemente le gustaría reparar el daño que me ha hecho, llenar tu ausencia con su presencia. Pero, por supuesto, nunca te sustituirá y lo sabe. Lo que más me sorprende es que no la odio. No obstante, sé que tuvo mucho que ver con que hicieras la hégira; te acosó día y noche durante semanas, tu reclutador no fue el único que realizó la labor de zapa, como bien lo demuestran tus mensajes de Facebook, que los investigadores analizaron con minuciosidad cuando te fuiste. Todo un grupo de chicas gravitaban a tu alrededor para decirte lo que debías hacer y lo que no, para enseñarte cuál era la actitud que se suponía que debía adoptar una «buena musulmana»; también estoy al corriente de que Solenn te infundió valor para que una mañana hicieras novillos y te reunieras con ella en París, en el piso de un desconocido, antes de coger el tren hacia Marsella, pero no logro culparla de que te fueras. No, el Dáesh no conseguirá que nos odiamos unos a otros y, si el juez está de acuerdo, me llevaré a Solenn a casa.

No siento odio.

Solo una infinita tristeza.

Y la esperanza insensata de que algún día regreses.

Clínica de L'Abbaye,  
24 de octubre de 2014

Vuelven todas las noches. Primero echan abajo la puerta, luego tiran mis libros al suelo, al centro del salón, y los queman. Sin embargo, en mi biblioteca solo hay coranes, y se lo digo, pero ellos se echan a reír, no me creen, y para castigarme ordenan a Laurence y a Éléa que se desvistan. No sé qué edad puede tener la niña. Tal vez cuatro o cinco años. Estamos en una playa de Carnon, estoy tendido en una tumbona, ella se me ha colocado encima, entre mis brazos, y me parece increíble ser el padre de semejante maravilla. Soy tan feliz... El incomparable canto del almuédano nos arrulla. ¿El almuédano, aquí? Me doy la vuelta, estamos en Argel la blanca, ¡qué agradable sorpresa! Deprisa, deprisa, mamá estará esperándonos, tenemos que irnos, así que bajo corriendo al puerto con mi hija en brazos, vamos deprisa, temo tropezar y perderla, la aprieto con todas mis fuerzas, está llorando, quiere unos *jalebis* que los vendedores ambulantes nos proponen como encantadores de serpientes, pero resisto, no tenemos tiempo para detenernos, está oscureciendo a una velocidad alucinante, y no debemos dejar que caiga la noche, nunca; con todo, cuando llegamos a nuestro edificio, en Juvisy, es noche cerrada. Mi hermano Mohamed y su hijo Nur están apostados en la entrada. Llevan largo rato esperando, no parecen contentos. Me fijo en que sostienen un sable en la mano. Ahora nos cortarán la cabeza.

Lo sé, está claro, pero por más que chille, ningún grito sale de mi boca.

También me han robado los gritos.

Me los roban todas las noches.



Juvisy,  
15 de julio de 2014, cuatro de la madrugada...

Ayer me pasé el día encerrada en mi cuarto. Se supone que era un castigo, pero ¡de buena me libré! Pude escaquearme del almuerzo con los imbéciles de sus amigos, que me habrían calentado la cabeza con la comida, «¿Y por qué no comes? ¿Y qué tienes? ¿Es que quieres quedarte en los huesos?», y en cambio, hablé a mis anchas con Abu Alí durante al menos tres horas. Todo iba de maravilla. Abu Alí seguía llamándome «querida joya, perla rara», lo cual me conmovía y hacía que me ruborizara al mismo tiempo. Hablamos por FaceTime y cuando colgamos le mandé por Messenger un emoticono sonriente con un corazón diciéndole que me sentía muy feliz por el momento que acabábamos de pasar juntos. Me contestó que él también se sentía feliz, que pronto sería su mujer, *Insha'Allah*. Jamás un chico me había tratado como él, ni respetado tanto. Con Abu Alí tengo la impresión de ser una princesa, de ser de veras la octava maravilla del mundo. No podía estar más feliz, pero a eso de las ocho de la noche, mi padre entró en el cuarto para anunciarme que me levantaba el castigo y que podía salir con Johanna, que estaba esperándome para ir a París a ver los fuegos artificiales. Me había olvidado por completo del asunto y, sobre todo, no me apetecía nada ir.

—Levántate y ve —me apremió mi padre en un tono que no admitía discusión—. Estoy harto de verte pegada al móvil a todas horas.

—Estamos en ramadán.

—¡Pues con mayor razón! Durante el ramadán la gente sale por la noche, se lo pasa bien. ¡Hala, venga, sal un poco! ¡Muévete!

¿Pasármelo bien con los *kafir*? Solo me faltaba eso... De lo único que tenía ganas era de echarlo de allí, pero ¿qué podía hacer? ¿Pelearme de nuevo? Me habría requisado el teléfono y eso era lo que menos deseaba. Me puse el primer vestido largo que pillé, cogí mis llaves, el billete de veinte euros que mi padre acababa de dejarme en la cómoda y salí.

—Al menos podrías hacer un esfuerzo —me dijo mi madre al verme cruzar el salón.

La apariencia, siempre la apariencia: ¡su única preocupación! Como Johanna, por cierto, que al verme en el rellano de su casa veinte minutos después me espetó a modo de recibimiento:

—¿Qué es ese vestido tan horrendo?... Parece un saco... ¡Ni siquiera se te notan las curvas! ¿Te has vuelto hippy o qué?

—Es verdad, porque tú vas mejor con esa falda a ras del culo, ¿no? Pareces una puta.

Era una falda de lamé de Zara, debía de habérsela agenciado al precio más bajo posible, pues al final había encontrado trabajo para julio en la tienda que había en La Vache Noire. Ganaba una miseria, pero estaba contenta. Se sentía adulta.

Al parecer la palabra «puta» no le sentó muy bien.

Me miró sin entender, estaba pálida.

—Tranquila —terminó por decir—, era una broma. No hace falta que seas tan mala.

Luego nos reunimos con el resto del grupo delante de la salida de la estación de cercanías. Allí estaban Ben, Clothilde, Cécile, Mathias y... Marin. Sí, Marin estaba allí. Como es natural, me pregunté qué diantres

pintaba en nuestro plan, pero no tardé en obtener respuesta al verlo morrarse con Clothilde. De modo que había roto con Jessica y le había dado tiempo a salir con la otra mejor amiga de Johanna, qué casualidad... Siempre pensé que la Clothilde esa era una traidora y me molestó que Johanna no me lo hubiera dicho. Según ella, no estaba al corriente de nada, ¡y una porra! Tendría que haber dado media vuelta en ese momento, pero no quería darle a Marin ese gusto.

Nos bajamos en Châtelet y cogimos la línea 1 hasta Franklin-Roosevelt. Curiosamente, había muy poca gente en el metro. Marin y Clothilde iban sentados juntos delante de mí. Se besaban de manera obscena, yo veía sus lenguas, sus manos, que paseaban por todas partes, y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirarlos. En un momento dado reparé en la mujer con velo que estaba de pie al lado de la puerta y no pude apartar los ojos. Me habría gustado ser ella.

Vimos los fuegos artificiales desde el puente del Alma.

Había chisporroteos aquí y allá por encima de la torre Eiffel, verdes, rosas, azules, violetas, amarillos, blancos, pero yo ya no estaba allí, y, mientras la gente alrededor se extasiaba sacándose selfis para subirlas a Instagram sobre la marcha, yo pensaba en aquel dinero despilfarrado para nada, solo por el espectáculo, mientras a lo largo de todo Oriente Próximo agonizaban niños. ¿A cuántos niños se podía haber curado, salvado con aquel dinero? Resultaba muy indecente, muy obsceno ver con qué desprecio por el resto del mundo se divertían todas aquellas personas a las que no les faltaba de nada... Era como si cada uno de sus gestos dijese: «Que os den»; me entraban ganas de escupirles. Al cabo de un rato no pude contenerme y lo dije. Fue un poco más tarde. Habíamos bajado a la orilla sur del Sena porque querían fumar un poco de maría, y Marin, que ya se había soplado unas cuantas latas de cerveza, me contestó:

—¡Menuda aguafiestas de tía! No bebe alcohol, ni siquiera Coca-Cola, y ahora quiere que nos sintamos culpables porque a los sirios los ha gaseado Bachar el Asad. ¿En serio no tienes nada mejor que hacer en la vida? ¿No puedes disfrutar de la belleza del espectáculo? Estás en París, tía, tienes la torre Eiffel delante de las narices... Venga, dale una calada a esto, ¡relájate!

—Es verdad —dijo Ben—. Dale una calada, Éléa, ¡ya verás como enseguida flipas!

Todos se echaron a reír y me sentí excluida, como solo puedes sentirte en el patio de un colegio.

—Pero ¿tu religión también te prohíbe la Coca-Cola? —continuó Clothilde—. Lo del alcohol ya lo sabía, pero lo de la Coca-Cola... Vaya, el islam no es muy funky que digamos...

Sentí el impulso de levantarme y arrancarle la cabeza.

No sé qué me retuvo.

—No le hagas caso, está completamente pedo —me susurró Johanna poniéndome la mano en el brazo.

Lo que estaba era perdida, y ya se reiría cuando llegase el fin del mundo. Todos reirían, aquellos descerebrados incapaces de percatarse del caos en el que estábamos metidos. Aquellas sociedades secretas a sueldo de Israel y Estados Unidos los habían adormecido al punto de que ya ni siquiera estaban en condiciones de reconocer las señales que aparecían ante ellos, a pesar de que podían detectarse a simple vista. Los habían lobotomizado por completo, y lobotomizados seguían debido a los *chemtrails*<sup>[22]</sup> que los aviones soltaban a diario sobre nuestras cabezas. Ahora me pasaba la vida escrutando el cielo. La amenaza podía llegar de cualquier lugar, en cualquier momento, y cuando uno de esos pájaros aciagos aparecía con su estela blanca en el horizonte, corría a refugiarme tan rápido como podía, so pena de volver a ser como ellos, un borrego. Qué miedo tenía a perder mi clarividencia... Había vivido

dieciséis años sin ella, dieciséis años como una esclava, pero ahora era libre, me daba cuenta de las cosas, conocía la verdad, y eso no tenía precio.

Me despedí del grupo en torno a la una de la madrugada. Johanna protestó de compromiso, se suponía que iba a quedarme a dormir en su casa y no sabía qué le diría a su madre por la mañana, pero en el fondo le importaba un bledo. Incluso creo que se sentía aliviada: no tendría que preguntarme todo el rato si me pasaba algo ni por qué había cambiado tanto. La estación aún estaba abierta. Cogí el cercanías hasta Juvisy. Unos tipos intentaron charlar conmigo. Debían de ser de mi edad, más o menos, tal vez un poco mayores, y la gente a nuestro alrededor no dijo nada, como si fuera normal que una chica sola tuviese que soportar ese tipo de cosas, como si se lo hubiera buscado o, peor todavía, como si consideraran que no les incumbía. Pensé que podrían matarme allí mismo y nadie se movería. Nadie movería un dedo, seguro. Podría convertirme en la próxima víctima de uno de los numerosos sucesos que llenaban los periódicos. ¿Así que esto era el país donde vivía? Un país supuestamente maravilloso, donde se leía LIBERTAD, IGUALDAD, «FRATERNIDAD» en los frontispicios de todos los edificios públicos, ¡menudo chiste!

Durante el rato en que esos imbéciles permanecieron en mi vagón, fantaseé con tener dieciocho años y el carnet de conducir en el bolsillo para no verme obligada a soportar semejantes situaciones humillantes. Faltaba poco para que me dieran el carnet de conducir provisional, ocho o nueve prácticas más, me había dicho el profesor, ya era algo... Los muy «pringaos», como habría dicho Johanna, se apearon en Vitry y me sentí mejor. Llegué a casa un poco antes de las dos, entré con sigilo, mis padres estaban durmiendo y por nada del mundo quería despertarlos. Me habrían vuelto a hacer un millón de

preguntas (de todas formas, era lo único que sabían hacer de un tiempo a esta parte), y no me apetecía hablar. Solo quería poner a cargar el teléfono para ver los mensajes. Después de la noche de pesadilla que acababa de pasar, Abu Alí era la única persona en el mundo con quien me apetecía estar.

Me había dejado unos treinta mensajes. Estaba preocupadísimo. No comprendía mi silencio y esperaba que no me hubiera pasado nada. Lo llamé enseguida para tranquilizarlo.

—Pero ¿dónde estabas? —me preguntó.

—En París. Fui a ver los fuegos artificiales con unos amigos del instituto y me quedé sin batería.

Hubo un breve silencio y luego, con una voz que me resultó desconocida, repitió:

—¿Los fuegos artificiales?

—Sí. Mi padre quería que fuese. Estaba harto de verme pegada al teléfono. Pero ha sido horrible.

—O sea, ¿que para ti tu padre es más importante que Alá?

—No...

—¿Acaso no sabes que Alá el Todopoderoso prohíbe ir de juerga con los infieles? Creía que eras diferente. Que eras pura, pero eres como las demás: superficial y vanidosa.

Pronuncié varias veces su nombre con la esperanza de poder explicarme, pero ya había puesto fin a nuestra conversación. El reloj del móvil marcaba las 2.37. Han pasado seis horas desde entonces y lo he llamado cientos de veces. Le he dejado decenas de mensajes en el buzón de voz, tantos como he podido, pero lo tiene lleno a reventar y no consigo localizarlo. Creo que voy a volverme loca. Qué injusto es todo... Me traen sin cuidado los fuegos

artificiales. ¡Me traen sin cuidado París, Marin, Clothilde, Mathias e incluso Johanna! ¡Sí, tampoco ella me importa lo más mínimo! La prueba es que he pasado una noche espantosa, pero si se lo dijera a Abu Alí, me respondería que primero tendría que haber pensado en las consecuencias de mis actos y tendría razón. Me arrepiento tanto... Ahí está mi madre, acaba de levantarse. La oigo en la cocina, ha encendido la cafetera. Voy a tener que explicarle por qué no me he quedado a dormir en casa de Johanna, pero me siento incapaz. Puedo limitarme a esperar encogida en la cama a que él dé señales de vida. A que me llame o al menos me conteste, *bismillah machalla*. Si no lo hace, me muero.

Juvisy,  
5 de agosto de 2015

Nuestros nuevos vecinos se han ido de vacaciones. Probablemente también el resto de los inquilinos del edificio, al igual que todo Juvisy. La farmacia y la panadería no abrirán hasta el 20 de agosto; Les Vraies Richesses, hasta el 25.

Tengo la impresión de estar paseando por una ciudad fantasma.

De noche no duermo.

El calor es demasiado asfixiante aunque dejo las ventanas abiertas de par en par. A veces sueño que regresas y te cuelas en casa por una de ellas. Confundo tu gran velo negro con una pantera, y me despierto.

He recibido dos solicitudes para visitar la casa de Clermont.

Cruzo los dedos.

Si consigo venderla, con ese dinero iré a buscarte. No son palabras vanas; me lo he prometido. Hoy por hoy no puedo. No tengo un céntimo ahorrado, y como has desaparecido, han bloqueado las cuentas de tu padre.

No podemos hacer nada sin ti.

He oído hablar de una familia que ha conseguido repatriar a una mujer joven que se marchó con su hija de cuatro años. Era una docente que enseñaba en la periferia. Se dejó convencer por dos jóvenes de su barrio para ir a trabajar a



un hospital de Siria. Le prometieron un voluntariado de seis meses, con todos los gastos pagados y un precioso apartamento con piscina comunitaria para su hija. Una mañana cogió a la cría de cuatro años y, sin avisar a nadie, se fue. Su padre enloqueció. Por fortuna, tenía conocidos en el mundo del periodismo. Un reportero francés lo puso en contacto con un periodista sirio, que a su vez se las ingenió para localizarlas y pagar para que salieran del EI. A menudo pienso en Xate Shingali, la antigua cantante yazidí convertida en líder de guerrilla a la que conocí en los pasillos de Radio France. Estoy segura de que ella sabría con quién ponerme en contacto... El día que me vaya, la llamaré. Pero solo podré marcharme cuando haya vendido la casa de Clermont. Espero obtener unos 180.000 euros con la venta, de los que, restando los impuestos, me quedarán un poco más de 100.000.

—Si lo haces, te mato —me advirtió Kamel.

Sabe que estoy decidida y sospecho que es la única razón por la que ha peleado para que el juez de Solenn acepte que la muchacha venga a vivir a casa varias semanas; sabe que en ese caso no podría irme.

Kamel se ha marchado diez días a Escocia con sus hijas.

Está claro que las crías habrían preferido el sol y el mar de Túnez, de donde proceden, pero por razones de seguridad el Ministerio solo le ha autorizado a viajar a destinos insulares.

Escocia queda a 1.300 kilómetros de París.

Y a 5.500 de Raqa, donde probablemente te encuentres.

Con internet es fácil ir hasta ahí... Hay un sinfín de fotos y descripciones a las que acceder a través de un montón de páginas web y blogs. Como ocurre con Roma o Nueva York, basta con teclear el nombre de la ciudad y salen miles de enlaces. Y pensar que el año pasado por estas mismas fechas visitaba Atenas desde la pantalla de mi ordenador... Pasamos tres días allí, ¿lo recuerdas? Luego tomamos un barco que nos llevó a una pequeña isla que

se llama Spetses, a dos horas de la capital. Nos quedamos una semana. Fue idea de tu padre, para celebrar que lo habían contratado en EMTV, una joven empresa de informática. Iba a empezar en septiembre como director de desarrollo, un puesto que le encantaba con el sueldo al que aspiraba, y muy cerca de casa: la sede estaba en Évry; con el cercanías, apenas tardaba veinte minutos. Estaba tan contento... Lo recuerdo a la hora del postre, la noche en que se lo comunicaron, desenfundando los billetes de avión como un niño; tú estabas de morros, no sabíamos por qué. En Spetses todo era maravilloso: el agua, el tiempo, la gente, las barcas de los pescadores en la ensenada, como carretas para desplazarse, pero la estancia allí fue una pesadilla. Te pasabas el día entero a oscuras, no querías salir de la habitación. Decías que te dolía el estómago y la cabeza. A mitad de las vacaciones llamamos a un médico para que viniera a verte, te propuse incluso que fuéramos y volviéramos a Atenas en el mismo día para que te hicieran una ecografía, pero tú no querías saber nada. Me moría de la angustia.

—Basta —me dijo tu padre una noche—. Éléea no tiene nada. La espíe ayer por la noche, estaba hablando por teléfono. Ya no le dolía nada. Ha vuelto con el hijo de la librera, solo eso, y le joroba estar con nosotros. Cuando tenías dieciséis años, ¿te apetecía ir de vacaciones con tus padres? No, ¿verdad? Pues a Éléea le pasa lo mismo. Cariño, nuestra hija está haciéndose mayor.

Estábamos cenando en una taberna del puerto de Spetses. Brindé con tu padre. Los aromas de Grecia impregnaban el aire y la noche era de un azul que solo se igualaba al del mar en pleno día. ¿Cómo no creerle? Toda aquella belleza me obligaba a ello, al igual que tu actitud el día siguiente a aquella velada: de pronto decidiste salir de la cama. Volviste a ponerte el bonito

bañador que te había comprado para que fueras a Bandol y querías ir a la playa. ¿Qué te había pasado? Era un misterio, pero no le di muchas vueltas; solo nos quedaban dos días para disfrutar de las vacaciones y quería aprovecharlos.

Juvisy,  
21 de julio de 2014

Alá es grande, ha terminado por oír y atender mi plegaria, *bismillah machallah!* Esta tarde a las seis, mientras estaba haciendo una práctica de la autoescuela, obligada por mis padres, Abu Alí me ha mandado un mensaje. ¡Sí, por fin me ha contestado! Después de siete días y siete noches de silencio absoluto me ha escrito un SMS. No me lo podía creer, casi había perdido la esperanza... Tenía el móvil bien metido en el bolsillo trasero. Oí el pitido que indicaba que me había llegado un mensaje y esperé a que nos detuviéramos en un semáforo para consultarlo. Cuando vi el nombre de Abu Alí junto al circulito verde, casi se me para el corazón.

—Pero ¿qué haces? —me preguntó el profesor—. ¿Tengo que recordarte que no se puede utilizar el móvil mientras conduces? Equivale directamente a un punto menos, lo sabes, ¿no?

—Sí, sí, perdón, lo siento... es que es mi madre... Esta mañana ha tenido que ir al hospital, la han operado de urgencia por una oclusión intestinal. Acaba de despertar.

—Ah, bueno —soltó. No sabía qué más decir—. Pues aparca ahí y la llamas.

—Gracias.

No sé por qué me dio por inventar lo de la oclusión intestinal, pero el profesor se lo tragó sin más, y como Abu Alí contestó enseguida, le dije que tenía que irme, que mi padre estaba esperándome, y dejé allí plantado al profesor con el coche de la autoescuela en la avenida 18-Abril-1944, cuando no hacía ni diez minutos que habíamos empezado la práctica.

«He leído todos tus mensajes. Parece que has aprendido la lección, así que he decidido darte una segunda oportunidad», me escribió Abu Alí.

Yo daba saltos en la calle.

Soltaba gritos de alegría.

Si me hubieran dejado, habría besado a la tierra entera.

Y estaba tan enfrascada en la conversación, abismada en la pantalla del móvil, que choqué contra una señora mayor que se cruzó en mi camino:

—¡Eh, cuidado! —gritó—. Fíjese por dónde va, señorita...

—¡Sí, ya, yo también te quiero!

«Gracias, Abu Alí», tecleé. «Gracias por darme una segunda oportunidad. Nunca más volveré a defraudarte. Te lo juro. ¡Pídeme lo que quieras y lo haré!»

«De ahora en adelante quiero que me llames “príncipe mío”.»

«Sí, príncipe mío.»

«Quiero que seas solo mía.»

«Seré solo tuya, Abu Alí, príncipe mío.»

«No quiero que ningún hombre te mire y te mancille. Eres mi joya, una perla única entre las demás, por eso necesitas un joyero que te proteja. A

partir de hoy, te pondrás el *jilbab* y llevarás un nombre nuevo en lugar del que te dieron tus padres. Te llamarás Um Sumeya. Y solo nos obedecerás a mí y a mi dios.»

«De acuerdo, Abu Alí, príncipe mío. En adelante seré Um Sumeya y os obedeceré a ti y a tu dios.»

Clínica de L'Abbaye,  
26 de octubre de 2014

Le he pedido a Laurence que me traiga el Corán. Pertenecía a mi padre, la paz sea con su alma, y me hace bien sumergirme en él. Pienso que quizá Élée tenía razón: en los últimos tiempos no era muy buen musulmán. Es cierto que observaba el ramadán y siempre compraba un cordero para el Aid porque es la «fiesta mayor», pero había dejado de rezar. Tal vez si vuelvo a hacerlo, si comienzo a hacer los cinco *salats*[23] al día, Alá me oiga mejor que Abdelaziz Hollande y me devuelva a mi hija, ¿quién sabe?

Así que me levanto a la hora a la que el cielo empieza a clarear y me vuelvo hacia el aparcamiento, que es también la *qibla*.<sup>[24]</sup> Pronuncio en voz alta el primer *takbir*, *Allah akbar*, que significa «Dios es grande», luego recito la *Fatiha*, la primera azora del Corán, compuesta de siete versículos que Mahoma llama *Um Al-Kitab*<sup>[25]</sup> y que dice así:

*En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.*

*Alabado sea Dios, Señor de los mundos.*

*El Clemente, el Misericordioso.*

*Soberano del Día del Juicio.*

*A ti adoramos y a ti imploramos ayuda.*

*Guíanos por el camino recto, por el camino de aquellos a quienes has*

*favorecido, que no son objeto de tu ira y no son los extraviados.*

¿Dónde se habla de matar en esta azora? ¿O de marcharse a Siria? ¿O de hacer la yihad? En la *Fatiha* no hay constancia de nada de eso y la repetimos al menos diecisiete veces a lo largo de nuestras cinco oraciones diarias; no entiendo por qué te has ido.

¿Por qué?

Alá no me responde, así que continúo con mi oración y recito una azora de mi elección y después la *Fatiha* otra vez y de nuevo esa azora, puesto que la oración del amanecer comporta dos *rakats*,<sup>[26]</sup> y cuando termino me inclino. Acto seguido me prosterno. Luego me yergo y pronuncio en voz alta la fórmula de cierre y el saludo final.

Laurence me mira serena. Pero ¿qué hace en la habitación? Eso significa que me ha visto dirigirme a Dios y ahora piensa que estoy majara.

—Es lo que estás pensando, ¿verdad?

—No —replica moviendo su cansada cabeza de lado a lado, como los perros de plástico que se ponen en los salpicaderos de los coches—. El loco no eres tú, sino los que te han robado a tu hija y tu religión.



Juvisy,  
20 de agosto de 2015

Tras ocho semanas en un centro de internamiento, ayer al fin liberaron a Solenn. La noticia nos ha pillado por sorpresa a todos, incluida a ella. Nadie se esperaba que las cosas se movieran ahora, en pleno agosto, cuando por lo general la administración funciona bajo mínimos, pero como el número de candidatos a la yihad se ha duplicado estas últimas semanas, a los jueces no les ha quedado más remedio que encerrar a los que han sido detenidos en la frontera. Sin embargo, las plazas escasean. Por lo que hay que crearlas y, de alguna manera, a Solenn le habrá beneficiado que la situación se haya agravado. No obstante, la han puesto en libertad bajo vigilancia hasta nueva orden, lo cual significa que no puede salir de la provincia y que debe presentarse en la comisaría todas las semanas. He prometido que la acompañaría. El juez ha respondido positivamente a mi propuesta: la ha autorizado a que venga a vivir conmigo. En primer lugar, porque sus padres no quieren saber nada de ella; en segundo lugar, porque el informe que ha elaborado Kamel, donde se expone con detalle el efecto que le produjo comprender que Um Sumeya era mi hija, ha redundado en nuestro favor. Es verdad que esa revelación lo ha cambiado todo: hasta el célebre fin de semana del 14 de julio, para Solenn solo eras una hermana más, sin identidad definida, sin historia, sin vida, sin familia; por supuesto, ella te alentó y te

ayudó para que viajaras a Siria, donde la vida tal vez fuera dura, pero todo eso era confuso, hipotético, desconocido; en cuanto a las personas de cuyo lado te arrancó, no tenían cara, y de repente la mía vino a plantarse en aquella historia: la que sufría ya no era simplemente «una madre», sino yo, la mujer que la había acogido en Clermont-Ferrand, que la había abrazado, reconfortado.

He acomodado a Solenn en mi cuarto y me he trasladado al tuyo. Creo que estará bien. En septiembre volverá al instituto. Cumplió quince años en junio, por lo que en circunstancias normales debería pasar a tercero, pero la directora, que me recibió ayer y me pareció estupenda, prefiere ponerla en segundo. Dice que después de un año sin asistir a clase y con lo que ha vivido, será inevitable que se quede atrás, y eso hay que evitarlo a toda costa. Solenn está de acuerdo. Si la vieras, no te lo creerías... Ha dado un cambio enorme. Para empezar, ya no tiene miedo. Ha dejado de ver al diablo en cualquier sitio y no se cree todas esas teorías conspirativas que la volvían paranoica. Apenas hay ya agresividad o cólera en ella, hasta la voz le ha cambiado y, sobre todo, ha dejado de ponerse el *jilbab*. Ahora se cubre la cabeza con un pañuelo de seda verde o fucsia, un poco como las hindúes. Se trata de un paso gigantesco, pero aún no me fío. Aún recuerdo la facilidad con que engañó a su gente hace dos meses, sé que todo puede volver a empezar. Como medida de seguridad, he rescindido el contrato de internet — me conectaré con el móvil— y he guardado la tele en el desván. No quiero que se sienta tentada por nada. Pues no pasa un solo día en que no se hable del Dáesh en las noticias, y he oído a demasiadas chicas decirnos lo mucho que les «llamaban» esas imágenes cuando las veían por casualidad como para que yo misma cometa el error. No habrá imágenes en casa. No las echaré en

falta. Sin embargo, me resultará bastante difícil estar siempre encima de ella. Le prometí al juez que la llevaría conmigo a todas partes, incluso cuando fuera al banco de la esquina o a por el pan, y esa obligación supone una alienación cuyo alcance no había valorado: he estado tan sola en el silencio de los siete últimos meses que ya no me acuerdo de cómo era vivir con alguien. Ahí está, se acaba de levantar... La oigo caminar por el pasillo, pasar junto a mi habitación y detenerse en el aseo. Son sus pasos, sus gestos, pero podría tratarse perfectamente de los tuyos, ¿verdad? Bastaría con que no me levantara para seguir creyéndolo... La cisterna rompe el silencio. Solenn sale del aseo. Creo que se dirige a la cocina... Sí, eso, a la cocina, reconozco el ruido de la cafetera, acaba de encenderla, el agua bulle y ahora cae gota a gota en el depósito, y me pregunto si oiré gritar «¡Mamá!» como antes, cuando querías que me levantase y luego tu padre insistía justo después de que tú lo hicieras: «¡Vamos, Laurence! ¡El desayuno ya está listo, date prisa o se te enfriará!». Entonces soñaba con que me traíais una bandeja grande a la cama, como en los hoteles, pero con tu padre eso quedaba descartado; era el hombre más bueno del mundo, habría ido hasta La Paz a buscarme una tableta de chocolate si se la hubiera pedido, sin embargo, no soportaba las migas entre las sábanas. E incluso si nos hospedábamos en algún hotel, solo me dejaba tomar el desayuno en la cama el último día, cuando tenía la certeza de que no volveríamos a dormir en ella.

Toc, toc.

—¿Sí?

—Servicio de habitaciones —vocea Solenn.

De pronto la puerta se abre con suavidad y aparece, precedida de una enorme bandeja con el desayuno.

Se acerca a mí.

Teme que todo se le caiga al suelo.

Entonces repara en mi cara y dice:

—¿Por qué lloras?, te he traído café y unas tostadas... Gracias por todo lo que haces por mí.

Juvisy,  
1 de agosto de 2014

Por fin he podido comprarme el *jilbab*, *barak Allah fik!* Aunque me ha costado lo suyo. Primero no tenía muy claro dónde encontrarlo. ¿En el mercado de Juvisy? Es verdad que hay un puesto donde venden pañuelos islámicos, pero la gente me conoce en esta ciudad, y nunca me habría atrevido a acercarme y menos todavía a preguntar si podía probarme uno. Habría llegado a oídos de mi madre ese mismo día. Tampoco quería comprarlo en Leboncoin.fr o en Entremuslims.fr (aunque varios anuncios lo ofrecían), porque entonces me lo habrían mandado por Correos y temía que mi padre o mi madre se lo encontrasen al abrir el buzón, ¿qué habrían dicho? Ir a París, como me aconsejaba Um Leila, no me parecía mejor opción. La ciudad es tan grande que no habría sabido dónde comprarlo... El 29, día del Aid, al final decidí llamar a mi primo Nur. Llevaba al menos dos años sin verlo, pero la fiesta era la ocasión ideal (todos los musulmanes del mundo llaman a su familia ese día) y sabía que él podría ayudarme. Por lo que había oído, aspiraba a convertirse en ulema.<sup>[27]</sup> Sin embargo, Nur pareció sorprendido al oírme... Y escéptico ante la idea de que hubiera abrazado la religión en serio, pese a vivir con una familia de infieles.

—¿Qué puedo hacer por ti? —me preguntó al cabo de cinco minutos, como queriendo zanjar la conversación.

—Dentro de poco me casaré y haré la hégira, *Insha'Allah*.

—Ah, no lo sabía... *Barak Allah fik*.

—Gracias. Pero antes de irme me gustaría comprarme un *nicab* (el *nicab* me parecía más serio que el *jilbab*), aunque no sé dónde conseguirlo. En internet te piden una tarjeta de crédito y no tengo. ¿Podrías indicarme algún sitio, a ser posible no muy lejos de mi casa, en Essonne?

—Sí... Vale. Deja que me informe y te llamo a mediodía.

A las doce en punto sonó mi móvil y Nur me dio la dirección de Al Hadiyah en Ris-Orangis, a la vez librería y boutique de *prêt-à-porter* para mujeres; tenían todo lo que podría querer, desde la *abaya* hasta el *jilbab*. Era el día del Aid. Llevaba un mes ayunando y rezando con fervor y Alá al fin me había oído, me mostraba el camino que conducía hasta Él. Dos días después, me metí en el cercanías y fui a ese municipio vecino.

La primera vez que me puse el *jilbab* lloré.

Estaba muy emocionada. Enseguida llamé a Um Leila por FaceTime para enseñárselo. Me dijo que estaba maravillosa. Me dio unos cuantos consejos para colocármelo de modo que me cubriera la frente y a fin de comprobar a lo largo del día, simplemente con las manos, si se me había escapado algún mechón. Um Leila es mi hermana. Me guía a diario tras los pasos de Alá y me ayuda a ser una buena musulmana para dicha de mi príncipe Abu Alí. Gracias a ella escucho unos *anachids*<sup>[28]</sup> sublimes que me purifican el corazón y me he despojado de todo lo que en el pasado me alejaba del Santo Corán: su música de pervertidos, su cine, sus libros, su televisión, su alimentación; lo he tirado todo, suprimido todo. Ya no quiero tener ninguna relación con ese mundo de infieles donde cada cual se pasa la vida blasfemando contra la palabra de nuestro Profeta. También he quitado las

fotos de mi cuarto, incluidas las de mi cumpleaños. Ya no soporto verme con la cabeza y los brazos al aire mientras esos hombres me abrazan, Marin a un lado y Mathias al otro, todo eso era otra vida, la vida de Éléa, ahora soy Um Sumeya.

También he tirado mis juegos de mesa, mi colección de muñecas e incluso mi viejo oso de peluche. La idiota de mi madre se alegró...

—Hombre, ya iba siendo hora, tienes dieciséis años —dijo—. Más que nada por si te echas novio...

Eso es lo único que le interesa. Me repugna. Y mi padre no es más que un calzonazos que sonríe en vez de hacerse respetar... No ha seguido el Santo Corán. Desde siempre se ha alejado de él, al punto de casarse con una *kafir* que ni siquiera se convirtió por su marido, y ahora está pagándolo. A mí nunca se me ocurriría hablar así delante de Abu Alí. Podría dejarme, y con razón, porque si una mujer quiere que la respeten, ha de obedecer a su marido. Debe pertenecer a un solo hombre. Así que ya no haré más prácticas para no quedarme a solas en el coche con el profesor, aunque eso me haga discutir de nuevo con mis padres. Se enteraron de lo de la «oclusión». Mi madre se enfadó muchísimo. Montó en cólera: «Un momento, Éléa, no lo entiendo, fuiste tú quien quería sacarse el permiso de conducción acompañada, tú quien nos suplicó que te lo regaláramos, ¿tienes idea de cuánto cuesta?, ¿quieres que te repita el precio de las veinte prácticas?! Y encima ahora te da por inventar que estoy en el hospital para poder fugarte. ¡El hospital!, ¿te haces cargo?». No hacía más que repetir lo mismo, así que al final tuve que salirle con que el tipo se me había insinuado para que se callara, y vaya si se calló. El problema es que mi padre se puso como un loco. Armó un escándalo en la autoescuela. Resultado: el profesor exigió un careo

y tuve que repetir lo que les había dicho a mis padres mirándolo fijamente a los ojos: «Sí, señor, me ha hecho insinuaciones y en varias ocasiones hasta me ha puesto la mano en el muslo».

Estaba atónito.

Se moría de ganas de escupirme a la cara.

—¿Eso es lo que te enseña el Corán? ¿A mentir? ¿A mancillar a la gente?  
—dijo mirando a mi padre.

Hacía un par de días me había cruzado con él por la calle, llevaba el *jilbab*, y al verme se quedó de una pieza, lo percibí en su mirada. Probablemente aquel era el motivo por el que, lleno de rabia, decía lo que decía, pero, claro, mi padre no podía imaginárselo. Para él no era más que el comentario de un racista, motivado por el hecho de que teníamos pinta de musulmanes y nos apellidábamos Kidir. Mi padre lo agarró del cuello, lo levantó del suelo y, acercando la cara a la del hombre, le dijo:

—No podéis evitar sentir odio, ¿eh? Pero ¡el odio terminará asfixiándoos a vosotros, no a nosotros! Pídele disculpas a mi hija inmediatamente o te denuncio.

El director de la autoescuela no quería líos y el profesor quería mantener su trabajo, así que me pidió perdón. No me sentía muy orgullosa que digamos, pero no me quedaba elección si no quería retomar las prácticas, y debía ponerles fin si pretendía respetar nuestro Santo Corán y que Abu Alí se casara conmigo. Pronto lo hará. Me lo ha prometido por escrito, a través de la nueva cuenta de Facebook que he creado con el que a partir de ahora será mi nombre: Um Sumeya. La página de Éléa sigue existiendo, pero ya no la utilizo, y si no la he cancelado es solo por respetar las consignas de seguridad que me ha dado mi príncipe Abu Alí.

—Tus padres —me dijo— tienen el diablo dentro. Míralos, su vida no es sino perversión. Si se enteran de que has regresado a la fe, te castigarán y



harán cuanto esté en sus manos por impedir que restablezcamos la sharia, pese a que es la única forma que tenemos de salvar a la humanidad. Si quieres salvar a tus padres del infierno (cada ser humano puede salvar a setenta almas al llegar al país de Sham, lo sabes, ¿no?), tienes que ser más lista que ellos y, hasta nuestra boda, hacerles creer que no has cambiado.

—Sí, Abu Alí, príncipe mío, seré más lista que ellos.

De hecho lo soy. Mis padres no se enteran. Creen que me he vuelto anoréxica porque ya no como nada de lo que me dan; ni siquiera pruebo las gominolas de cocodrilos que tanto me gustaban y que mi madre me compra a mansalva para ponerme a prueba. Da igual, podría resistir a todo. Me siento tan fuerte ahora que sé que Alá vela por mí... Mi madre quiere que vaya al médico antes de que viajemos a Grecia, pero la lleva clara: no pienso desnudarme delante de un hombre. Sí, del 7 al 18 nos vamos a Grecia, a Atenas, y luego a una isla cuyo nombre no recuerdo. Esta noche me he enterado de la buena nueva por mi padre. Estaba que no cabía en sí de orgullo y felicidad porque, después de seis meses, al fin ha encontrado un curro donde volverán a explotarlo hasta que se jubile. Genial...

¿Cómo haré para aguantar diez días en Grecia sola con ellos? ¿Para librarme de la piscina, de los chapuzones en el mar, de las bebidas alcohólicas y de su música de depravados? Abu Alí me aseguró que lo conseguiría. Me dijo que en el hotel seguro que habría wifi. No saldré de mi habitación, inventaré cualquier excusa, dolor de cabeza, de barriga, mareos, y nos pasaremos el día hablando. Cuando regrese nos casaremos por Skype. Abu Alí, mi príncipe, me lo ha prometido. Me regalará un gatito y un kaláshnikov,<sup>[29]</sup> y luego organizará el viaje para que me reúna con él en Siria. Ya lleva un año allí. También quiero hacer la hégira. Quiero estar con mi príncipe Abu Alí en el

país de Sham. Seremos felices. *Insha'Allah*. Tendremos hijos guapos, una casa grande con piscina, me lo ha prometido, no nos faltará de nada y a los demás musulmanes tampoco, se restablecerá la justicia.

Sí, seremos muy, pero que muy felices.

*Barak Allah fik.*

Juvisy,  
5 de septiembre de 2015

Sylvia, la madre de Jérémie, ha perdido el juicio que había entablado: no se ha declarado culpable de negligencia al Estado francés por permitir que su hijo, menor de edad, saliese del territorio. Ha sido un mazazo para todos nosotros, aún más considerando que la presentación en la Asamblea Nacional de la enmienda que debía restablecer el permiso de los padres, como nos prometió el presidente en junio, se ha aplazado hasta octubre. Qué sensación de desaliento y abandono. ¿Por qué estamos tan solos en esta lucha? Esos fanáticos de Dios te arrancaron de mi lado, Sylvia está en lo cierto, os arrancaron a todos de nuestro lado, os «secuestraron», así que estamos en nuestro derecho de esperar que el Estado, cuya misión es protegernos, envíe militares a buscaros allá donde estéis, y nosotros sabemos dónde estáis, y, por supuesto, todos, nosotros, Francia, la quinta potencia mundial, contamos con los medios necesarios para encontraros, ¿no? No, me dicen, pero aunque así fuera, nadie iría, porque nadie quiere que nuestros hijos regresen, porque nuestros hijos ya no son solo nuestros hijos, sino los enemigos de Francia.

La enmienda se votará el 15 de octubre. El Gobierno ha fijado la fecha en el orden del día. Muy bien. En adelante, a los aspirantes a la yihad que sean

menores de edad les costará más marcharse. Pero ¿y luego qué? ¿Qué más conseguiremos? ¿Quién nos traerá de vuelta a nuestros hijos o, en el caso de aquellos que no se han ido, quién los vacunará contra el cáncer del islamismo radical? Tengo la impresión de que el plazo para la ratificación de la enmienda en la Asamblea Nacional nos mantiene a todos enteros, pero ¿y después? ¿Tendré que seguir sobreviviendo en esta espera en que me hallo desde que te fuiste?

—No pienses en lo que vendrá luego —me aconseja Kamel—. Lo importante es el presente. El trabajo que haces a mi lado todos los días, los jóvenes a quienes ayudas a abrir los ojos gracias a tu testimonio y, por supuesto, Solenn.

Le he dicho que he firmado el compromiso de venta de la casa de Clermont. Si todo sale bien, recibiré el dinero a principios de noviembre. Eso lo angustia sobremanera. Kamel sabe muy bien que entonces nada, salvo Solenn, me retendrá aquí, pero confío en que por esas fechas se haya «curado» y pueda volver a casa de sus padres. Esperaré hasta que así sea. Se lo debo. Sin ella yo también habría acabado con mi vida hace mucho. ¿Qué me lo ha impedido? El otro día te escribí que me había dado las gracias por cuanto había hecho por ella, pero soy yo la que debería mostrarle gratitud por haberme mantenido con vida. Por ella, me veo obligada a levantarme, lavarme, cocinar... Ya no hacía nada de eso desde que pedí la baja laboral. Hablando de trabajo... Jean-Pierre Atlan me dejó un mensaje.... «Bueno, ¿qué tal esa salud?», decía con su voz melodiosa de francés de Argelia en el contestador. «Tiene que volver ya, querida Laurence, no podremos hacer frente a otra temporada sin usted. Deme noticias tuyas... Un abrazo.»

No tuve el valor de llamarlo.

Solenn ha empezado las clases hace cuatro días.

La llevo en coche todas las mañanas —como te llevaba a ti, aunque no escuchamos a Fabienne Sintes por temor a que se hable del Dáesh—, almuerza en el comedor y la recojo a la salida, por la tarde. No sé si es feliz, pero me parece que le alegra haberse marchado de Arras. Allí todo el mundo lo sabía; aquí al menos se siente liberada de la mirada de los demás y podrá volver a empezar con mayor facilidad. Sea como fuere, tengo la impresión de que va por buen camino... Ha pasado la fase de «abstinencia» y poco a poco está aprendiendo a vivir sin ese vínculo virtual permanente que tenía contigo, las otras hermanas y vuestros reclutadores. Ayer la vi ocuparse de las plantas del balcón por iniciativa propia, algo que hace solo unas semanas habría sido imposible. Ya no pide que la llamen Um Leila, y me percaté de que ya no es un suplicio quitarse el velo por la mañana, antes de bajar del coche y entrar en el instituto. Ha comprendido que no es necesario elegir entre la República y su religión, que puede amar a Francia y al islam a la vez; sí, ha entrevisto un camino armonioso que se nutre de ambos senos. Me lo dice a diario al volver de clase, antes de rezar y justo después de hacer los deberes de biología o historia. Cómo me hubiera gustado que tú también lo entendieses. Yo habría cocinado carne *halal* y no habría puesto trabas a que llevaras el pañuelo. ¿Por qué no, si era lo que habías elegido? Tu padre habría terminado acostumbrándose, al contrario de lo que imaginas. No soportaba el oscurantismo, pero era un hombre apegado a las tradiciones. Esta noche Solenn me ha preguntado qué le pasó a tu padre. Me ha pillado desprevenida. Por un momento, me he creído capaz de contestarle, pero se me ha hecho un nudo en la garganta y he tenido que levantarme de la mesa.

Spetses,  
15 de agosto de 2014

Esta tarde se ha montado una buena con mi padre.

Lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio,  
lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo  
odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo  
odio, lo odio,

¡¡¡¡LO ODIO!!!!

Ese asqueroso *kafir* fue a la recepción a pedir un duplicado de la llave de mi habitación, alegando que yo la había perdido, para colarse en ella y espiarme. ¿Qué habría pasado si hubiera estado desnuda? *Kafir* asqueroso... Encima ¡menudo susto me dio! El sol estaba poniéndose, ha hecho tanto calor durante el día que, harta de estar encerrada, he salido a mi terraza a rezar. Estaba convencida de que nada ni nadie me incordiaría, era la hora del sacrosanto aperitivo... Había hecho mis abluciones, sacado la alfombrilla, terminado los tres *rakats* e incluso empezado, lo recuerdo, a pronunciar mi *tashahhud*, cuando justo detrás de mí he oído:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

He pegado un brinco, aterrada, y me he encontrado cara a cara con él.

¡En mitad de la oración!

No sé qué me sucederá, pero no hay peor pecado que interrumpirte mientras te diriges a Alá.

Todo por culpa suya, maldito sea.

Um Leila, a quien he llamado inmediatamente de lo angustiada que estaba, me ha dicho que el diablo había adoptado el rostro de mi padre para desviarme del buen camino, que por nada del mundo debía dejarme conmovir. Ya no era mi padre tal como lo había conocido y amado; era el diablo. Me ha ordenado que me mantuviera alejada de él y aconsejado que, como penitencia, hiciera dos *rakats* y pidiera perdón a Alá el Altísimo conforme al hadiz de Abu Bakr. También podía dar limosna a los necesitados, era importante realizar una buena acción cuando querías arrepentirte, pero yo no tenía ni pajolera idea de dónde podía encontrar uno en esta puñetera isla. «No pasa nada», ha dicho Um Leila, «ya lo harás cuando llegues a Juvisy, porque el Profeta dijo: “Es cierto que Alá acepta el arrepentimiento de su siervo siempre y cuando no esté agonizando”».

—Haz el favor de contestarme. ¿Qué haces con esa ropa?

Era mi padre de nuevo.

Tenía cara de pocos amigos, la mirada sombría.

Entonces me he percatado de que me había puesto el *jilbab* y de que era la primera vez que me veía con él. Quizá fuera mejor así... Estaba harta de mentir.

—Pues, como imaginarás, estoy rezando.

—¿Y desde cuándo rezas?

—¿Te molesta?

—Disfrazada de esa manera, sí. Quítate eso ahora mismo.

—¡Ni lo sueñes!

—Pero ¿qué te pasa?, ¿te has vuelto loca o qué?

—¿Por respetar el islam? ¿Por ser buena musulmana? Siempre te has avergonzado de lo que soy...

—¡Éléa! ¡No te consiento que me hables así!

—¿Acaso es mentira? ¿Me has llevado alguna vez contigo a la mezquita? ¿Me has hablado del Corán, del Profeta, me has enseñado algo de nuestra santa religión? ¡No! ¡Todo lo he hecho por mi cuenta! ¡Todo a escondidas! ¡Has logrado pelearte hasta con tu hermano! ¿Por qué? ¡¿Mohamed y su hijo enfundado en un *kamis* eran demasiado musulmanes para ti, no lo bastante franceses?!

Me he puesto a gritar y, de repente, he visto a mi padre abalanzarse sobre mí como un guepardo, asir el *jilbab* y tirar de él hasta que la tela ha cedido. Me ha dejado con el pecho al aire. Sí, mi propio padre me ha desnudado... Estaba tan conmocionada que no salía ningún sonido de mi boca. No podía decir nada. Tampoco moverme, solo mirar el pedazo de tela negra que él aferraba y temblar de pies a cabeza.

—La religión no es un juego —ha dicho al fin—. No es una moda, Éléa. Las que se ponen esta mortaja negra no respetan el islam. Juran lealtad a un régimen totalitario. Un día te contaré lo que sucedió en Argelia en los años noventa... Te hablaré de las atrocidades que cometió esa gente... Verás como se te pasan las ganas. Anda, quítate eso y ven a cenar. No quiero que tu madre se preocupe.

«El diablo, el diablo, el diablo, me está hablando el mismísimo diablo», me repito una y otra vez, como me ha ordenado Um Leila para evitar a toda costa



que me conmueva. Tengo que aguantar. Solo faltan tres días para marcharme de esta isla asquerosa. Tres días no son nada comparados con la larga vida que me espera junto a mi príncipe Abu Alí. Tengo que ser fuerte, mi príncipe Abu Alí me lo ha escrito de nuevo hace unos instantes para darme ánimos: «Sé fuerte, perla rara, no te rindas, estoy aquí, a tu lado, y pronto estaremos juntos y Alá nos protegerá. *Barak Allah fik!*».

Mi príncipe Abu Alí me ha ordenado que practique la *taqiya*. Quiere que mañana por la mañana me ponga el bañador, que vaya a la playa con mis padres y que vuelva a comer alimentos prohibidos para disipar cualquier sospecha que mi padre pueda albergar respecto a mí. Me ha jurado que el Corán autorizaba «la disimulación» para zafarse de la vigilancia de los infieles, así que lo haré. Sí, me quitaré toda la ropa, me pondré el bañador, exhibiré mi cuerpo como todos esos pervertidos y creerán que pertenezco a su clan, pero yo solo pensaré en servir a Alá el Todopoderoso. Nunca he notado a Abu Alí tan preocupado por mí. Y eso que me he cuidado de escribir con frecuencia en la página de Facebook de Élía por si alguien se metía en mi portátil. Pero ahora que mi padre me ha visto con el *jilbab*, Abu Alí dice que puede husmear en cualquier sitio, ir por ejemplo al historial de mi ordenador y encontrar mi nueva página, la de Um Sumeya, que uso para escribirme con él.

—Si descubre que has planeado marcharte a Siria —me ha dicho hace un rato por teléfono—, llamará a la policía y todo habrá acabado. No habrá una segunda oportunidad, perla rara. Te meterán en la cárcel. Te pondrán bajo arresto domiciliario con una pulsera electrónica. Jamás podrás hacer la hégira. Ya no podrás salvar del diablo a tus seres queridos. Y al igual que ellos, arderás en el infierno.

Me aterroriza esa perspectiva. Antes que eso, prefiero morir. No quiero seguir viviendo en esta tierra impura, rodeada de gente que desafía a nuestro Profeta a diario. Odio este país.

Acaba de llegarme otro mensaje.

Es de Abu Alí.

Me pregunta si tengo una cuenta bancaria.

«Sí, tengo una», me apresuro a teclear.

«¿Cuánto hay en ella?»

«No sé exactamente... Unos 1.400 euros.»

«Muy bien. Vacíala cuando vuelvas a Francia. Y prepárate para marcharte. En breve Um Leila te dará las instrucciones que debes seguir. Que Alá vele por ti, perla rara.»

Juvisy,  
13 de noviembre de 2014

Esta mañana Laurence me ha dicho que nos íbamos. ¡Por fin una decisión sensata! Ha vaciado mi armario, los pocos enseres de aseo que tenía en el cuarto de baño, y lo ha metido todo de prisa y corriendo en un bolso. Se lo agradezco de verdad porque no me habría sentido con fuerzas para hacerlo. Ni siquiera las he tenido para preguntarle si había cogido mi Corán... De todas formas, ¿qué más da si lo ha olvidado? Allí adonde vamos los hay a porrillo, sin contar con que por lo pronto no habría sabido qué hacer con un libro, ya no soy capaz de comprender nada. Los ojos se me cierran al cabo de tres líneas, o bien no retengo ni una palabra y he de volver a empezar desde el principio. Una y otra vez. Me he convertido en un vegetal. Una especie de planta oleaginosa cuyo pensamiento se asemeja más y más a un puré para bebés. Pero me resulta agradable, descansado. Si al menos no me diera cuenta...

A las diez, nuestras maletas estaban listas. He salido de la cama, me he puesto el abrigo encima del pijama y me he calzado los zapatos; solo quedaba largarse de aquel maldito lugar. Pero entonces Laurence ha dicho que no había prisa: teníamos que esperar al médico para que me diera de alta. Eso

me ha puesto un poco de los nervios. No acababa de entender qué tipo de documento podía expedir un médico francés de una clínica psiquiátrica que fuese válido en Raqa, pero no quería liarla, tan solo salir de allí. Así que he dicho: «Vale, muy bien, si hay que esperar, esperaremos, pero júrame que luego tomaremos directamente la autopista rumbo a Siria. Detesto conducir de noche, me gustaría llegar para la cena». Al oírlo, la cara de Laurence se ha arrugado como los gurrños de papel de periódico que se arrojan a la chimenea. Se me ha encogido el corazón, debía de haberla embargado la emoción. Creo que mi mujercita estaba encantada con la idea de que al fin hiciéramos aquel viaje juntos. Hacía mucho que soñábamos con ello.

Por fin, a mediodía ha aparecido el médico. Me ha hablado muy lentamente y con palabras sencillas, como si yo fuera un crío de cinco años o un turista extranjero; era evidente que temía que no comprendiese nada de lo que me decía. De hecho, así era y me ha venido muy bien. A continuación me ha auscultado, me ha recetado unos medicamentos y me ha dicho que no debía dejar de tomármelos —«¡Por supuesto que los tomaré, no se preocupe de nada!»— y por fin, POR FIN, ha dejado que nos fuéramos.

Fuera, parecía que había llegado el otoño.

Era la primera vez que hacía frío de verdad y no se veía más que niebla por todas partes. Recuerdo que he pensado que sería complicado conducir hasta Gaziantep en aquellas condiciones. Laurence se ha puesto al volante. La he dejado hacer y ese ha sido el error más grave que he cometido. Pero ¿cómo iba a imaginar que me tendería una trampa? Era mi mujer, la única persona en el mundo en quien confiaba... Pensaba que haría lo que habíamos dicho, que tomaría la dirección de Marsella —Marsella está mucho menos vigilado que París, según lo que pude leer en el Facebook de Élée— y eso nos venía

que ni pintado, ya estábamos al sur de la Isla de Francia, solo teníamos que descender. En apenas siete horas habríamos llegado a Marignane y desde allí embarcado rumbo a Estambul, era el plan perfecto. Pero, vaya a usted a saber por qué, la muy majadera ha enfilado hacia Juvisy. Se ha parado delante de un pequeño chalet de tres plantas, ha apagado el motor y, como si nos halláramos delante de nuestra casa, me ha soltado con el tono más natural del mundo:

—¿Vienes? Anda, vamos.

Le habría dado una buena bofetada.

—¿Adónde quieres ir?

—Samir —ha gemido entonces—. Te lo ruego, basta ya. Entremos en casa, está empezando a llover.

—Pero ¡¿a mí qué demonios me importa la lluvia?! —he chillado—. ¿Te das cuenta de lo que sucede? ¡¿Te das cuenta de lo que nos está pasando o has perdido la chaveta?! ¡Tu hija está en Raqa, por Dios! ¿Te suena de algo Raqa? Te recuerdo que nos ha pedido que vayamos a buscarla, nos ha dicho: «¡Venid! ¡Si venís, os salvaréis!». Así que dame las llaves, sube al puto coche y salgamos para Siria.

Laurence ha gritado a su vez no me acuerdo qué, pero ha durado mucho. En los balcones había gente mirándonos, luego ha caído la noche y me he quedado solo y calado hasta los huesos. Debería haber subido a casa en ese momento, despertar a mi mujer y pedirle mil veces perdón por haberle mentido acerca de Éléa semanas atrás, en Spetses. Se me han olvidado muchas cosas, pero no lo que pasó allí este verano. No, no he olvidado que sorprendí a mi hija con el atuendo wahabita en la terraza de su habitación, con un velo integral negro, y que me lo guardé para mí. Laurence estaba muy

preocupada por la dureza con que nos trataba nuestra hija, al verla tan encerrada en sí misma. Llevaba varias semanas así, y mi mujer presentía que pasaba algo, algo grave, pero en vez de decirle la verdad, me inventé que Éléa se había reconciliado con el hijo de la librera, que simplemente tenía ganas de estar con él, no con nosotros, y que eso era típico de su edad, no había de qué preocuparse. Aún recuerdo la mueca de escepticismo de Laurence en aquella pequeña taberna del puerto de Spetses... Apremiándola un poco, terminé de disipar sus temores y brindamos por la vida. ¡Por la vida! Pero ¿qué clase de padre irresponsable fui? ¿Qué clase de monstruo? ¿Acaso creía que el simple hecho de arrancarle el *jilbab* a mi hija, como había hecho con mis propias manos, a la altura del pecho, la haría entrar en razón; que dejaría de llevar el velo integral como quien renuncia al hachís o los cigarrillos solo porque su bondadoso padre le dice que eso está mal? Menuda sandez... Qué inocente... Pero, por otra parte, ¿cómo confesarle a mi mujer aquella escena que tanto me avergonzaba? Sí, no hay otro modo de expresarlo, me avergonzaba. Me avergonzaba mucho ver a mi hija caminar tras los pasos de aquellos que, en nombre de Alá, habían destruido la primera parte de mi existencia. Porque vestida a su usanza, mi hija era la amarga prueba de mi propio fracaso por no haber conseguido huir de ellos, recuperarme de lo que me habían hecho. También era una muestra de que la justicia no existía: mis muertos habían muerto en vano, pues todo volvía a empezar siempre. Pero ¿debía por ello poner un velo sobre el que Éléa ya llevaba?, ¿debía cerrar los ojos ante la persona en que se había convertido? No obstante, aquel día en Spetses habría bastado con que los mantuviera bien abiertos para salvarla. Y de eso nunca me recobraré.

Juvisy,  
30 de septiembre de 2015

Fue hace un año exactamente.

Las clases habían empezado el 5. No veías mucho a Johanna, pero yo te encontraba bien. En cualquier caso, mejor que desde junio. Estabas buscando otra autoescuela, comías de todo otra vez y ya no te ponías aquella ropa deforme que, estúpida de mí, creí que te había dado por llevar porque te veías demasiado gorda. También había vuelto tu bondad, tu sonrisa. No quedaba ni rastro de aquella rabia que tanto me había asustado cuando estuvimos en Spetses. Yo estaba más tranquila. Y al mirar atrás, hasta me reía de mi propia preocupación. Como tu padre me había asegurado, no eras más que una adolescente normal y corriente que habría preferido ir de vacaciones con su novio en vez de con sus padres; por eso nos habías hecho la vida imposible. Habías vuelto con Marin, me dijo tu padre. Y, por supuesto, lo creí. ¿Cómo habría podido imaginar que me mentía, que entre vosotros habían ocurrido cosas que me ocultaba? ¿Por qué había reaccionado así? Mi historia personal, mi trayectoria vital, tan distinta de la suya, no me habría permitido suponerlo en ese momento, y quizá aún menos comprenderlo. No obstante, aquel comienzo de curso hubo otras señales de alarma que deberían haberme intranquilizado un poco. Me refiero sobre todo al día en que me topé con Johanna en el hipermercado, a principios de septiembre. Había ido con su

madre a comprar lo que necesitaba para clase.

—No sé qué le pasa a Élée —me dijo—. Se ha vuelto tan rara... De la noche a la mañana nos ha dado la espalda a todos. Incluso a mí... La llamo y no contesta... De verdad, creo que usted debería preocuparse por ella.

No le di crédito. En realidad me pareció un atrevimiento por su parte, teniendo en cuenta que se había acercado más a Clothilde, a la cual no podías ver ni en pintura, ya que había salido con Marin. Nunca te mencioné a ese chico ni a ningún otro para no «ser una plasta», pero hacía tiempo que me había hecho a la idea de que conocerías a alguien. Me habría gustado tomarle cariño al chico en cuestión. Recibirlo en nuestro hogar, invitarlo a que viniera a nuestra casa familiar de Clermont; en definitiva, ver cómo te habría hecho feliz. ¿Tendré esa suerte algún día? ¿Sabes que una tarde, justo después de que te fueras, Marin llamó a nuestra puerta? El pobre se sentía fatal... No paraba de decir que era culpa suya, que si no se hubiera portado tan mal contigo, nunca habrías mordido el anzuelo de los reclutadores del Dáesh. Terminó por derrumbarse a los pies de tu padre, llorando, implorándole perdón, pero tu pobre padre no estaba realmente en condiciones de concedérselo... Si supieras en qué estado se hallaba a raíz de tu marcha... De todas formas, ¿qué había que perdonar? Marin no era responsable de tu radicalización y aún menos de que hubieras decidido irte a Siria. Nadie es responsable de ello. Y a lo mejor otra chica en tu lugar, aunque tuviera los mismos padres, los mismos amigos, la misma trayectoria vital, no habría caído en la trampa. Nunca se sabe qué convierte a una persona en presa, ni por qué se puede influir en un individuo y no en otro. Sin duda, una sensibilidad particular... También un momento, desde luego.

El 30 de septiembre era martes.



Salimos de casa a las ocho de la mañana. Hacía frío por primera vez, había niebla por todas partes. Al fin había llegado el otoño. Al subir al coche me dijiste esa frase extraña:

—Mamá, mira, no se ve nada. Es como en la vida, estamos ante lo desconocido. Pero no tengo miedo.

Te sonreí, tú también me sonreíste, luego encendí el motor y la radio. De inmediato me suplicaste que la apagara, como si quisieras disfrutar de aquellos últimos instantes juntas. A causa de los atascos, íbamos lentas. Te pregunté qué clases tenías, a qué hora salías y qué te apetecía cenar. Me contestaste «macarrones con queso». Eso fue lo que preparé aquella noche. Llegamos delante de tu instituto. Aquí y allá había grupitos de jóvenes; paré en la esquina, en doble fila, para que bajaras. Entonces te inclinaste hacia mí. Me abrazaste, no entendí por qué, y me dijiste:

—Te quiero, mamá. Te quiero con todo mi corazón.

Antes de que pudiera contestarte «Yo también», ya habías salido del coche.

Te encaminaste hacia la verja. Fingiste entrar en el instituto como todas las mañanas, pero cuando me viste desaparecer con el coche al final de la avenida, volviste sobre tus pasos hasta la calle mayor. Fuiste a tu banco. Esperaste a que abriera, a las nueve. Te presentaste en ventanilla y, como supe por un extracto bancario, sacaste los últimos cuatrocientos euros que te quedaban en la cuenta; luego fuiste en el cercanías hasta Châtelet. Allí cogiste el metro en dirección Marie-des-Lilas. Bajaste en Goncourt y recorriste a pie la avenida Parmentier hasta el cruce con la rue Arthur-Groussier, que era tu destino. Un hombre de unos veinticinco o veintiséis años te esperaba en el número 10, en uno de los dos apartamentos del tercer piso, el de la derecha. Solenn ya había llegado. Pero no se llamaba así, sino

Um Leila. Ella también llevaba meses en contacto con Abu Alí. Al igual que a ti, le había prometido que se casaría con ella, pero ni tú ni Solenn sabíais que estaba jugando a ese doble juego. Solenn se enteró más tarde de que había hecho la misma promesa a decenas de chicas de toda Francia para atraerlas hasta Siria. Él le había pedido que eligiese a una de «sus hermanas» para viajar con ella. Solenn dio tu nombre, Um Sumeya; eras su preferida.

En el recibidor del apartamento os abrazasteis largo rato. Estabais muy emocionadas. Era la primera vez que os veíais después de haber hablado por teléfono, a través de mensajes y de FaceTime durante semanas. Pero el hombre que os había recibido no dejó que os demorais mucho. Dijo que teníais que apresuraros, el tren para Marsella salía a primera hora de la tarde. Os explicó que haríais el trayecto solas, en segunda clase, y que cuando llegarais a la estación Saint-Charles de Marsella, mandaríais al número de teléfono que os iba a dar el siguiente mensaje: «Los pájaros han llegado». Alguien iría a recogeros para conducirnos al aeropuerto de Marignane, desde donde volaríais a Estambul. El hombre os pidió el dinero. A cambio os entregó los billetes de tren y de avión, y dinero turco para pagar el transporte en autocar hasta Gaziantep y el hotel en que debíais hacer noche. Después, en un papelito, escribió rápidamente el número de vuestro enlace en Marsella y el del guía clandestino en Siria. Se aseguró de que lo hubierais comprendido todo. Vosotras asentisteis. En el apartamento también había una mujer, puede que la suya, pero no os atrevisteis a preguntarlo. Ella se encargó de inspeccionar vuestras pertenencias. Os explicó que no debíais llevar encima nada que resultara comprometedor por si os registraban. A continuación os acomodó el pelo y la ropa de manera que en los controles nadie se preguntara qué iban a hacer aquellas dos muchachas de catorce y dieciséis años solas en

Estambul. Por fin estabais listas.

Salisteis del piso. Cogisteis el metro con el hombre y la mujer en dirección a la Gare de Lyon. Una vez allí, ellos esperaron con vosotras a que se anunciara la marcha de vuestro tren, pero como se trataba de un iDTGV, no pudieron acompañaros hasta el vagón y os dejaron al principio del andén, donde, delante de los empleados de la compañía de ferrocarriles, os abrazaron como dos padres afectuosos, pese a que solo hacía unas horas que os conocían. Os susurraron al oído: «Buena suerte, que Alá os proteja». Y entonces os quedasteis solas.

La primera parte del trayecto transcurrió sin tropiezos. Estabais estresadas, por supuesto, pero tan contentas de estar juntas y viajar a Siria que os embargaba una enorme euforia. A eso de las tres y media anunciaron la parada de la estación de Aviñón por megafonía. Vuestro enlace de París os había prevenido, por lo que no os sorprendió ni os preocupó, sabíais que solo duraría un par de minutos. Muchos de los pasajeros se apearon allí, tal vez la mitad del vagón, y aprovechaste el movimiento para ir a hacer pis. Aun así, no te hacía gracia dejar sola a Solenn, debía de parecerse muy frágil con dos años menos que tú, pero ella te aseguró que no pasaba nada, y tampoco podías seguir aguantándote las ganas. No sé cuánto tiempo estuviste metida en los servicios —Solenn dice que «mucho»—, pero cuando saliste había unos policías hablando con ella y otros esperando en el andén. El corazón se te encogió. En tu cabeza todo iba muy deprisa. Pero ¿qué opciones tenías? Había policías por todas partes, estabais rodeadas. Decidiste regresar a tu asiento. Al verte detenerte junto a ellos, uno de los hombres con uniforme te

preguntó dónde ibas sentada. Le señalaste el asiento contiguo al de Solenn.

—¿Os conocéis? —preguntó.

—No —contestó ella en tu lugar y, minutos después, descendía del tren escoltada por dos hombres armados, mientras tú seguías sola hacia Marsella.

Solenn contaba catorce años. Nadie habría imaginado, sobre todo en el otoño de 2014, que tenía intención de huir a Siria —se trataba de los primeros casos—, pero era una adolescente sumamente problemática, sin la madurez para hacer un doble juego como tú, aunque todos los que la rodeaban estaban muy alertas, para empezar, en su instituto. Tan pronto como se tuvo constancia de su ausencia, la directora avisó a sus padres, quienes, como es obvio, ignoraban dónde se encontraba. Entonces los profesores hicieron algunas averiguaciones entre los alumnos y enseguida una chica confesó: la víspera, Solenn le había dicho que le daba igual sacar malas notas, al día siguiente se marchaba a Siria vía Marsella, donde la esperaba su futuro marido, y que jamás regresaría. El asunto se tomó muy en serio. Una vez avisado, el Ministerio del Interior desplegó varios efectivos para controlar los trenes en que podía encontrarse la muchacha y, gracias a un golpe de suerte, aunque aquello rozaba lo milagroso, el dispositivo dio sus frutos: una chica de catorce años, sola a bordo de un TGV, no podía pasar inadvertida.

Imagino tu angustia cuando viste bajar del tren a Solenn.

Y el miedo a marcharte sin ella a ese país del que todo lo ignorabas, pero ¿qué podías hacer? ¿Entregarte a tu vez? Mediante su silencio, mediante ese «no» rotundo e indiscutible con el que respondió al policía —«No, no nos conocemos»—, tu «hermana» te había ordenado que no te sacrificases por

ella. Además, Abu Alí te había prevenido lo suficiente como para que no cometieses ese error. Sabías que si la policía francesa descubría tus intenciones, te arrestaría en el acto. No tendrías más oportunidades de ir al país de Sham y de ese modo salvarte del fin del mundo.

A las cuatro de la tarde tu tren llegó a la estación Saint-Charles de Marsella. Seguramente enviaste el mensaje previsto, «Los pájaros han llegado», o tal vez «El pájaro ha llegado». ¿Fue a buscarte el destinatario —un hombre, una mujer, nunca lo sabré— para llevarte a Marignane? Tras la detención de Solenn, dudo de que tu contacto corriera ese riesgo, pero no tengo ninguna certeza. Lo único que sé es que ibas a bordo del vuelo de Pegasus Airlines con destino a Estambul que despegó de Marignane a las seis de la tarde. Después, es probable que hicieras lo que habíais acordado —el autocar hasta Gaziantep, la noche de hotel, el guía clandestino al alba del día siguiente—, mientras Solenn comparecía ante un juez antiterrorista.

¿Cómo es que estoy al tanto de esos detalles? Me lo contó Solenn ayer por la noche. Sin que se lo pidiera. Eso te demuestra que está mejor. Ha hecho nuevos amigos en el instituto, incluso vio a su madre la semana pasada y me dijo que las dos habían llorado mucho, lo cual es buena señal según Kamel. La desradicalización no se produce hasta que vuelven las emociones.

Tengo que firmar la venta definitiva de la casa de Clermont dentro de quince días. El notario estima que de aquí a un mes tendré el dinero en la cuenta. Para entonces, si todo sale bien, la enmienda que llevamos tanto tiempo aguardando se habrá ratificado. Por lo demás, Xate Shingali, a quien al final decidí llamar, me ha dado el número de un contacto en Gaziantep. Como ves,

dentro de lo que cabe, las cosas van progresando.

Juvisy,  
29 de septiembre de 2014

¡Por fin nos vamos mañana! Ya casi había perdido la esperanza. Hace casi un mes que Abu Alí es mi marido y que espero reunirme con él. La ceremonia se celebró por Skype. Fue muy intenso, muy emocionante estar unidos por la voluntad de Alá pese a que no podíamos tocarnos. Como me había prometido, me ha comprado de regalo de bodas un kaláshnikov y un gatito, que me dará cuando llegue a Siria. Qué feliz soy... Mañana a esta hora, *Insha'Allah*, me acostaré en Gaziantep y cuando despierte un guía clandestino me llevará a la frontera, donde, al otro lado de las alambradas, veré a mi príncipe, a mi marido, Abu Alí. Es un sueño, un milagro que no me atrevía a seguir esperando... Desde que regresé de Grecia, he contado los días, como si estuviera en una cárcel. Creo que las cosas han tardado tanto debido a los controles, cada vez más numerosos, y porque mi marido tenía miedo después del incidente con mi padre. Quería tener la certeza de que mis padres ya no estaban preocupados por mí y de que no me pondrían vigilancia. Puede estar tranquilo, ¡mis padres duermen a pierna suelta! Los oigo en el silencio nocturno. Yo, en cambio, no consigo conciliar el sueño. La excitación del viaje es demasiada. He preparado mis cosas. He metido el pasaporte y el dinero en la mochila del instituto y he anotado en una hoja suelta la dirección a la que debo ir mañana por la mañana, el número 10 de la

rue Arthur-Groussier, en el distrito X de París. Por desgracia no puedo llevarme la Moleskine. Si me detienen, sería una mina de información para el servicio de inteligencia francés, y no pienso servirles nada en bandeja, por lo que he decidido ocultarla en la trampilla de la bañera. Tarde o temprano mi madre o mi padre la descubrirán y entonces lo entenderán. Listo, todo en orden. Solo me falta escribirles una carta, así que allá voy...

Queridos padres:

Sé que os voy a hacer sufrir, pero debo deciros la verdad: he decidido abandonar Francia e irme a vivir a Siria. Para vosotros es un país en guerra, pero para mí es una tierra bendita por Dios, no existe en este planeta un lugar mejor donde vivir.

No puedo soportar estar aquí, entre infieles.

Deseo estar cerca de mis hermanos y hermanas, a quienes se asesina; quiero acudir en su ayuda en esa tierra sagrada de Sham en la que se respeta el Santo Corán y se venera a Alá el Todopoderoso.

Quiero elevar Su palabra, quiero morir por Él.

La vida no es nada, queridos padres, tan solo estamos de paso, lo que de verdad importa es lo que viene a continuación, nos espera el paraíso; ¡daría todo lo que tengo por que lo entenderais!

Venid al país de Sham, os lo ruego. Cada persona que venga podrá salvar a setenta almas cuando llegue el apocalipsis, de modo que entre los dos salvaréis a ciento cuarenta personas, y tú, mamá, conviértete, conviértete cuanto antes para que puedas librarte del infierno, ¡por favor!

Os quiero, queridos padres.

No os pongáis tristes.

Estoy encantada de hacer la hégira.

Por fin podré vivir en un país que respeta mis creencias.

Allí tendré una vida estupenda.

Estaré en paz.

Y os salvaré a todos.

UM SUMEYA



Juvisy,  
17 de noviembre de 2015

Los han matado a todos.

Los han masacrado.

Estaban despreocupados y disfrutando, bailando, compartiendo el momento con sus amigos, sentados en una terraza o acodados en la barra de esa sala de conciertos, y su vida se detuvo ahí, como quien apaga una luz.

No consigo asumir todo este absurdo.

Este giro hacia el horror.

¿Por qué?

Es la pregunta que formulan todos los labios, todas las miradas. ¿De qué eran culpables esas personas? ¿Qué acto tan terrible habían cometido para merecer ese final? Nada. El Dáesh no tardó en decírnoslo: «No os atacamos por lo que hacéis, sino por lo que sois».[30] No debemos olvidarlo nunca. Y nuestra juventud, bendita sea, ya lo ha comprendido y se alza en todo el país como un solo hombre para salir, beber, pasárselo bien, con la rabia clavándosele en el cuerpo al mostrar que no cederá ante el terror. Todo ello me conmueve.

Desde hace cuatro días, la gente visita en masa los lugares de las masacres.

Depositamos mensajes y flores, encendemos velas. Los niños han hecho dibujos y sus padres tratan de explicarles como pueden algo que carece de sentido. Los demás permanecen frente al televisor escuchando una y otra vez los informativos, las declaraciones de los expertos y los allegados; el país entero se halla conmocionado. «En estado de guerra», ha dicho el presidente de la República en su primera alocución. Hay ciento treinta muertos, más de cuatrocientos heridos, y gente que todavía busca a su hijo, a su hermana, a su mujer, a su marido en los distintos hospitales de París. Se ha activado el plan Blanc, se ha declarado el estado de emergencia en todo el territorio. Ya se había hecho en 1984, pero solo en Nueva Caledonia, y en 2005 se circunscribió a la Isla de Francia, donde se produjeron disturbios. Se trata pues de la primera vez desde que existe esa ley, que fue promulgada en 1955 para hacer frente a los acontecimientos acaecidos en Argelia, que el estado de emergencia se aplica a toda Francia. ¿Pensábamos vivir esto algún día: la guerra, las bombas, los kaláshnikov, los alaridos, la sangre en pleno centro de París? Pues eso es lo que habéis hecho, de eso sois responsables. ¿Estás orgullosa? ¿Contenta? ¿Tú también te regocijas, al igual que esos monstruos que desfilan de pie en sus carros de combate por las calles de su Estado Islámico, con el espectáculo de esas vidas rotas? ¿Te recreas al ver tanta desgracia, a tantas familias destrozadas? Solo de pensarlo me entran ganas de gritar, de arrancarme la piel a tiras.

Marin ha muerto. Quería que lo supieras.

Había ido al Bataclan con una amiga.

Estaba cerca del bar, apoyado en un pilar justo delante de la entrada, y cayó en el acto; su madre ha recuperado su cazadora acribillada a balazos. Marin, el muchacho con quien hace apenas dieciocho meses andabas

acaramelada a orillas del estanque de Laveyssière. ¿Creías que no me había enterado? Marin, el que te regaló la libreta Moleskine verde en la que escribías todos los días hasta que te fuiste, ¿te haces cargo?!

Centenares de ramos se amontonan delante de la persiana de hierro de Les Vraies Richesses. La librería no ha vuelto a abrir desde el 13 de noviembre. La gente acude en cualquier momento del día y se reúne ahí, algunos jóvenes tocan la guitarra, otros cantan o se limitan a abrazarse. A mí también me gustaría ir y dejar una nota para unirme al luto, pero no puedo.

Siento demasiada vergüenza.

He leído tu libreta, Élía.

He descubierto el odio que sentías por nosotros, por nuestro país, durante meses lo vi crecer en ti como una ola y experimenté la terrible sensación de asistir a la muda de un animal, al punto de preguntarme si no era preferible aceptar que la que fuera mi hija por dieciséis años ya no lo era, y asumir al fin su pérdida. Pero ¿acaso podemos decidir esas cosas? Ves, Élía, lo increíble del amor de una madre es que nunca se agota. Sigo llena de amor, incluso después de lo que he leído, y si el destino me brindara la inaudita oportunidad de encontrarte, seguirías siendo mi hija.

Solenn me dio tu Moleskine la noche del 15 de octubre. Le habías hablado de ella en el tren, por eso sabía que la habías escondido tras la trampilla de la bañera antes de marcharte. Ese día se había votado en la Asamblea Nacional la enmienda que restablecía la autorización para que los menores pudieran salir del territorio y, a fin de celebrar la victoria, Kamel nos había reunido a todos en el piso de una amiga suya. Fue una velada alegre, animada, una

tregua en nuestra noche sin fin. Llevé a Solenn conmigo, por supuesto. Durante largo rato, la observé reír y bailar con otras chicas, y se me saltaron las lágrimas de la emoción. Pronto podría regresar a casa de sus padres. El juez había dicho que el fin de semana del 11 de noviembre. ¿Me hacía eso feliz? Por ella sí, desde luego, pero no por mí; me había acostumbrado a su presencia. El 15 de octubre nos despedimos de Kamel y sus amigos alrededor de las nueve y media. Hacía una noche increíblemente agradable dada la estación. Un aroma a verano flotaba en el aire a pesar de los castaños, ya rojizos; era París tal como me encantaba, todo invitaba a la ligereza, y recuerdo que me invadieron unas ganas repentinas de grabar ese momento en nuestra memoria, como si hubiera intuido que al cabo de diez, veinte o treinta años resumiría por sí solo las diez semanas que Solenn había pasado conmigo. Quería que fuera un recuerdo de vuelta a la vida. Subimos al coche. Encendí la radio, puse el disco de Amy Winehouse, que te gustaba mucho. Seguía llevándolo en la portezuela, no lo había tocado. La voz fabulosa de esa chica que había fallecido tan joven emanó de repente de los altavoces y nos metimos por la avenida de los Campos Elíseos con las ventanillas bajadas, luego por la plaza de la Concordia y los muelles, hasta llegar a Notre Dame. Amy cantaba «Rehab», y nosotras con ella, mientras la catedral, majestuosa, se alzaba al frente. Tu padre te había llevado allí con Marin, para que te distrajeras. Fue una noche en que salí tarde del trabajo, probablemente en junio, cuando se hace la declaración de la renta, y durante mucho tiempo tuve la sensación de que había sido exactamente a partir de esa noche, en mi ausencia, cuando la suerte se había torcido. Tal vez con la intención de hacerla girar en la otra dirección, aparqué en la Île Saint-Louis y, ya en la explanada, le dije a Solenn:

—Mira, qué suerte tenemos, Notre Dame está abierta. Debe de tratarse de una apertura nocturna. ¿Quieres subir? Es una de las últimas cosas que Samir

hizo con Éléa. Una noche la llevó a lo alto de la catedral. Yo también subí de joven, recuerdo unas vistas increíbles.

—¿Samir iba a las iglesias?

—Sí. Samir iba a todos lados.

Solenn me sonrió con gran tristeza, creo que había entendido lo de tu padre. Nos acercamos a la ventanilla, compramos una entrada y cuando nos encontramos en lo alto de la torre sur, ambas maravilladas por el espectáculo que París nos ofrecía, Solenn me dijo con un hilo de voz:

—Laurence, tengo que decirte algo antes de volver a Arras.

—¿Sí?

—Es acerca de Éléa. ¿Te acuerdas de que escribía un diario en una libreta Moleskine verde?

—Sí, claro. Justo me compré una igual el día de su último cumpleaños.

—Pues la tengo yo. Toma —me dijo sacándola del bolso—. La había escondido en la trampilla de vuestra bañera, creo que quería que la leyeseis.

Sí, en efecto, tal vez fuera ese tu deseo. De hecho lo escribes en un momento dado: «Tarde o temprano mi madre o mi padre la descubrirán y entonces lo entenderán». Tuve que dejar pasar tres semanas antes de sumergirme en su lectura. Sin embargo, la llevaba siempre encima. Nunca me separaba de ella. De manera que en mi bolso tenía permanentemente las dos Moleskine verdes, la tuya y la mía, lo cual resultaba perturbador. Todas las noches me sentaba en el salón con la esperanza de lograr abrir la tuya al fin, pero era superior a mis fuerzas. Me asustaba sobremanera lo que descubriría. Y luego llegó el fin de semana del 11 de noviembre. Solenn volvió a casa con sus padres, a Arras, según habíamos acordado con el juez, y me quedé sola. Era lo que necesitaba, creo, para afrontar aquella prueba más, porque era una prueba, y muy dura.

Te leí de un tirón. En una sola noche. Luego volví a empezar. Una, dos, tres, diez veces, solo para intentar comprender, no ya tus motivaciones, como esperabas tú, sino en qué momento la situación había dado un vuelco hasta llegar a aquella terrible carta que ahora me sé de memoria, aunque nunca nos la mandaste. Lo más probable es que no te diera tiempo. Esa carta en que nos explicas por qué te marchas. Es un borrador —como demuestran las tachaduras— que redactaste el 29 de septiembre de 2014, la víspera de tu partida. En ella nos dices: «No puedo soportar estar aquí, entre infieles». Nos dices: «Deseo estar cerca de mis hermanos y hermanas, a quienes se asesina; quiero acudir en su ayuda en esa tierra sagrada de Sham en la que se respeta el Santo Corán y se venera a Alá el Todopoderoso». Nos dices: «Quiero elevar Su palabra, quiero morir por Él». Nos dices: «La vida no es nada, queridos padres, tan solo estamos de paso», y cada vez que te oigo en mi interior, lloro.

Te oigo a todas horas.

Como decía, esa carta nunca llegó a nuestras manos, pero nos telefoneaste desde Siria para decirnos que te habías ido. Aún recuerdo a tu padre acercándose a toda prisa cuando le hice señas; recuerdo su sien pegada a la mía tratando de oír tu voz a través de mi móvil, y luego su silueta, que de golpe y porrazo había envejecido mil años, en el balcón, adonde él se había retirado mientras yo te gritaba que estabas loca, que estabas arruinando tu vida, que tenías que volver de inmediato.

Tu padre murió ese día, Éléa.

Se volvió literalmente loco. Sí, esa es la palabra, perdió la cabeza. Los primeros días estaba furiosísimo. No quería salir de la comisaría, se plantaba en el mostrador de la entrada y decía: «¡Le recuerdo que están aquí para protegernos! ¡Yo pago mis impuestos para eso, siempre los he pagado, a tocateja, así que ahora que me han arrebatado a mi hija, quiero que la encuentren!». Los polis estaban hartos. Terminaron por encerrarlo un par de horas para que se serenara. Y luego se produjo aquel episodio atroz, el primer viernes, en la mezquita de Vigneux... Tu padre me dijo que quería ir a rezar. Pensé que le serviría un poco de consuelo, pero en realidad había previsto tomar a los fieles como rehenes, pedirles explicaciones, y eso fue justo lo que hizo tras el sermón del imán. Solo con recordarlo, me entran ganas de llorar... Era presa de una profunda desesperanza. Los guardias de seguridad terminaron echándolo porque se resistía, como a un loco, y yo pedí que lo hospitalizaran unos quince días. No podía llevármelo a casa, era imposible. Decía cosas incoherentes, estaba agitado, no quería comer ni dormir. Hablaba sin cesar de Argelia. En ocasiones resultaba incluso cómico, llamaba Abdelaziz a Hollande. Había decidido escribirle una carta en la que le pediría que enviara tropas para liberarte de las garras del GIA. Confundía el GIA y el Dáesh. Y decía que tú también bailabas sin cabeza, como su tía y sus primos, que habían sido decapitados en los momentos más terribles de la guerra civil.

El día en que salió de la clínica psiquiátrica, él creía que nos dirigiríamos directamente a Raqa. No pensaba más que en eso, en ir a buscarte. Lo traje a casa, pero no quiso subir. Me gritó. Me dijo que estaba loca, que había perdido la chaveta, que no nos quedaba más remedio que ir por nuestra hija, y creo que mi locura fue no escucharlo. Porque en mi fuero interno me decía que volverías... O que el Estado francés daría contigo. Sea como fuere, no nos correspondía a nosotros, pobres e insignificantes ciudadanos, viajar a un

país en guerra donde no teníamos ningún contacto, ninguna información sobre ti, simplemente era absurdo... Subí sola a casa. Cuando tu padre se hartó de que la lluvia lo empapara, terminó por reunirse conmigo, pero a partir de ese momento no volvió a moverse del salón. Ni a abrir la boca. Se pasaba todo el día en chándal, mirando al vacío. No sé siquiera cómo aguantó hasta enero... Las fiestas del final de año fueron duras. Llevaba semanas sin hablar, pero en Nochevieja me dijo en un raptó de lucidez:

—Ya verás como pronto entrarán en casa de la gente, en las administraciones, las redacciones, las iglesias, y los fusilarán. Los degollarán. Sí, les cortarán la cabeza a todos, ya verás, y exhibirán esas cabezas por la calle para aterrorizar a la población. Los franceses no se lo creen, pero están equivocados, porque esto es lo que pasará. Los conozco, ¿sabes? Los vi actuar en Argelia. Eran los mismos. Unos monstruos.

Sin embargo, tu padre, a quien también yo me negaba a creer, estaba en lo cierto. Exactamente una semana después de aquella conversación, los hermanos Kouachi irrumpían en los locales de *Charlie Hebdo* y diezmaban a la redacción antes de matar a un policía en la calle, Ahmed Merabet, musulmán, mientras el 9 de enero, Amedy Coulibaly tomaba por asalto el Hyper Cacher de Porte de Vincennes y asesinaba a cuatro clientes. El día anterior ya había matado a una policía en Montrouge. Ignoro la manera como tu padre se enteró de la muerte de Cabu, Wolinski y los demás. Pero sé en qué estado psíquico se encontraba y qué efecto surtió en él esa espantosa noticia. En los tiempos en que la vida era bonita, esperaba los dibujos de esos artistas todas las semanas. Había aprendido a conocer Francia a través de ellos, su mentalidad, su humor, su política. En la biblioteca tenía todas sus publicaciones y cuando sabía que estaban firmando en algún lugar, le gustaba



acudir para que le dedicasen los nuevos ejemplares. En el momento de la matanza, me encontraba en la oficina. Intenté localizarlo de inmediato, pero no contestaba. Jean-Pierre Atlan no dejó de decirme durante todo el día: «Váyase a casa, Laurence; vaya a ver, no sirve de nada esperar aquí y preocuparse». A las cinco acabé por hacerle caso a mi jefe; cogí el coche y regresé a Juvisy. En el piso reinaba una calma inquietante. Al principio permanecí en el umbral, con la puerta abierta de par en par; luego pronuncié varias veces el nombre de tu padre. No obtuve respuesta. Me quedé petrificada. Presentía otro drama, no solo nacional, sino íntimo; el aire de nuestro salón estaba enrarecido. Al final lo crucé y enfilé el pasillo, eché una ojeada a las habitaciones que lo flanqueaban, la nuestra y la tuya. Samir no estaba por ninguna parte.

Aún quedaban la cocina y el baño.

Me paré frente a la puerta del baño.

Me acerqué con sigilo, como un animal feroz. Agarré el pomo y, con el mismo sigilo, tiré de él hacia mí. Entonces lo vi. Estaba allí, dentro de la ducha.

Se había estrangulado con la manguera del agua.

Ignoro cuánto tiempo permanecí allí destrozada, absorta en la contemplación del desastre. Solo recuerdo que en un momento dado terminé oyendo el insistente timbrazo de mi móvil. Descolgué. Era Jean-Pierre Atlan, que estaba preocupado por lo que pudiera haberle ocurrido a tu padre. Solo le dije: «Venga, venga a buscarme enseguida, se lo suplico». Por supuesto que vino, pero no recuerdo nada de lo que pasó a continuación. Fue él quien se hizo

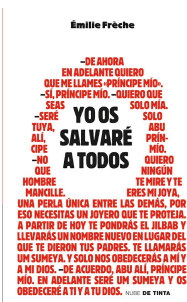
cargo de todo. Notificó la defunción al ayuntamiento, encontró un nicho en el nuevo cementerio de Juvisy y se ocupó de buscar un imán en aquellas complicadas circunstancias para que tu padre tuviera a pesar de todo un entierro religioso. Más adelante quise pagarle el ataúd y los demás gastos derivados del funeral, pero no aceptó. Jean-Pierre Atlan sigue sin conocer el verdadero motivo que llevó a tu padre a suicidarse. Cree que no pudo soportar tu desaparición. Se equivoca. Tu padre habría sobrevivido a ello, estoy segura. El dolor habría sido inconmensurable, pero habría aprendido a vivir con él, como se aprende a vivir con un miembro amputado. La vergüenza sí lo habría matado. Ver y oír por todas partes a toda esa gente en comunión e imaginar que te alegrabas de la gran tristeza nacional. ¿Cómo se asume algo así? Es imposible, y ahora que acaban de caer más inocentes, sé que yo tampoco podré llevar la carga. Prolongar esta espera sería un suplicio que no soportaría. De modo que me voy, querida hija. Sí, me voy, como deseaba tu padre. Mañana al amanecer iré a despedirme de él, al nuevo cementerio de Juvisy. No he vuelto desde su entierro. Acudiré a su tumba, dejaré allí nuestras libretas Moleskine y a continuación tomaré la carretera hacia el sur. No sé hasta dónde me dejarán conducir, pero no te preocupes, cueste lo que cueste llegaré a ese país del Levante que comprende Irak y Siria.

Y te salvaré.

## Dos diarios:

**Uno, de unos padres que no logran comprender qué llevó a su hija Eléa, de 17 años, a unirse al Estado Islámico.**

**Otro, de Eléa, que nos irá descubriendo poco a poco cómo llegó a cruzar la frontera entre la influencia y la convicción.**



Debido a que no tiene noticias de Eléa, su hija de 17 años reclutada por el Estado Islámico y desaparecida en Siria hace seis meses, Laurence comienza a escribir un diario. Escribir le impide entregarse por completo al dolor que la roe todos los días, a la rabia de no haberlo visto venir, y no haber sido capaz de entender que todo iba a cambiar.

Laurence le habla a su hija y le cuenta todos los días su tristeza y su participación en grupos de desradicalización, su lucha para crear conciencia, tratando de impedir la salida de otros adolescentes... para de alguna manera contrarrestar la falta de su hija, para no perderlo todo por completo...

A sus palabras responden las del diario personal de Eléa, escrito un año antes. Y así descubrimos poco a poco cómo los sueños de futuro, el primer amor, las amistades, fueron reemplazados por la manipulación, la sumisión, el

extremismo...

**Émilie Frèche** es novelista y cineasta, autora de *Les vies denses* (Ramsay, 2001), *Une femme normale* (Ramsay, 2002), *Le sourire de l'ange* (Anne Carrière, 2004) y *Chouquette* (Actes Sud, 2010). Además, ha publicado títulos sobre la muerte de Ilan Halimi: *La mort d'un pote* (Panama, 2006) y, en 2009, con Ruth Halimi, *24 jours: La vérité sur la mort d'Ilan Halimi* (Seuil, 2009).

Ha escrito el guion de la película *Ils sont partout* (2016), de Yvan Attal, una comedia con bocetos sobre el antisemitismo. En 2014 coescribió con Marie-Castille Mention-Schaar *Les Héritiers*, un drama sobre jóvenes candidatas a la yihad.

Título original: *Je vous sauverai tous*

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Émilie Frèche

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Iballa López Hernández, por la traducción

Adaptación de la cubierta de Hachette: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16588-68-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[1] Pastel oriental excesivamente dulce.

[2] Ídem.

[3] En efecto, Amar Lasfar invitó a Al Nabulsi a participar en un coloquio de la Unión de Organizaciones Islámicas de Francia (UOIF) en el Grand Palais de Lille el 7 de febrero de 2016. Sin embargo, debido a la presión política, tuvieron que suspenderse tanto su intervención como la de los predicadores Al Mokri y Salah Sanaan. Por otra parte, Al Nabulsi fue recibido el 25 de octubre de 2015 en la Gran Mezquita de Versalles.

[4] Profesión de fe musulmana.

[5] Azora V.

[6] La madre de un joven que se fue a Siria entabló una acción judicial semejante.

[7] El Aid el Kebir, con el que se conmemora el sacrificio de Abraham, significa literalmente «la gran fiesta».

[8] Expresión que hace referencia a la década negra que vivió Argelia entre los años 1990 y 2000. La guerra civil se saldó con 200.000 muertos.

[9] Decisión 2010-613 DC del 7 de octubre de 2010.

[10] Sentencia del TEDH, asunto S. A. S. c. Francia del 1 de julio de 2014.

[11] Conjunto de circunscripciones alrededor de Argel que habían votado por el FIS (Frente Islámico de Salvación) en las elecciones de 1992. Era, por tanto, una zona peligrosa en la que a menudo el poder militar eliminaba a «los traidores». Pero hasta la masacre de Bentalha, las matanzas habían sido «localizadas».

[12] Palacio presidencial argelino.

[13] El colegio judío Ozar-Hatorah.

[14] Se estima que el Dáesh ha asesinado a unos 5.000 yazidíes y capturado a 500 mujeres para convertirlas en esclavas sexuales.

[15] En octubre de 2016, en la página web del Ministerio del Interior francés Stopdjihadisme.org se afirmaba que ciento cincuenta franceses habían muerto en combate en Irak o en Siria bajo la bandera del Dáesh.

[16] Vestimenta tradicional semejante a una túnica larga que llevan los hombres en algunos países musulmanes.

[17] Delincuente de treinta y dos años procedente de Niza convertido al yihadismo y uno de los principales reclutadores de jóvenes en Francia.

[18] Jefe del Dáesh.

[19] Bonete.

[20] Movimiento pietista que preconiza una práctica literal del Corán surgido en la India en 1925, durante la colonización británica y la conversión masiva de musulmanes que llevaron a cabo los jesuitas.

- [21] Imágenes del telediario del 13 de julio de 2014 que pueden verse en YouTube.
- [22] Del inglés *chemical trail*, teoría de conspiración que afirma que las estelas blancas que dejan los aviones tras de sí están compuestas de productos químicos que las agencias gubernamentales esparcen voluntariamente con el fin de «adormecer» a la población.
- [23] Plegarias.
- [24] La dirección de la Casba en La Meca.
- [25] «La madre del Corán.»
- [26] Dos ciclos.
- [27] Teólogo suní del islam.
- [28] Cantos religiosos.
- [29] Regalos que los yihadistas hacen a sus esposas: el kaláshnikov, símbolo de la yihad, y el gato, pues los felinos se consideran sagrados en el islam.
- [30] Declaración del Dáesh a *Dabiq*, su periódico de propaganda, al día siguiente de los atentados del 13 de noviembre de 2015.



# Índice

Yo os salvaré a todos

Juvisy-sur-Orge, 12 de abril de 2015

Juvisy, 13 de abril de 2014

Clínica de L'Abbaye, Viry-Châtillon, 15 de octubre de 2014

Juvisy, 17 de abril de 2015

En el tren hacia Bandol, 21 de abril de 2014

Clínica de L'Abbaye, 17 de octubre de 2014

Lille, 27 de abril de 2015

Bandol, 26 de abril de 2014

Juvisy, 1 de mayo de 2015

Juvisy, 11 de mayo de 2014

Clínica de L'Abbaye, 19 de octubre de 2014

Juvisy, 17 de mayo de 2015

Juvisy, 22 de mayo de 2014

Clínica de L'Abbaye, 20 de octubre de 2014

Juvisy, 4 de junio de 2015

Juvisy, 1 de junio de 2014

Juvisy, 15 de junio de 2015

Juvisy, 16 de junio de 2014

Clínica de L'Abbaye, 21 de octubre de 2014

Juvisy, 1 de julio de 2015

Juvisy, 1 de julio de 2014

Juvisy, 16 de julio de 2015

Clínica de L'Abbaye, 23 de octubre de 2014

Juvisy, 13 de julio de 2014

Juvisy, 1 de agosto de 2015

Clínica de L'Abbaye, 24 de octubre de 2014

Juvisy, 15 de julio de 2014, cuatro de la madrugada...

Juvisy, 5 de agosto de 2015

Juvisy, 21 de julio de 2014

Clínica de L'Abbaye, 26 de octubre de 2014

Juvisy, 20 de agosto de 2015

Juvisy, 1 de agosto de 2014

Juvisy, 5 de septiembre de 2015

Spetses, 15 de agosto de 2014

Juvisy, 13 de noviembre de 2014

Juvisy, 30 de septiembre de 2015

Juvisy, 29 de septiembre de 2014

Juvisy, 17 de noviembre de 2015

Sobre este libro

Sobre Émilie Frèche

Créditos

Notas